

COLECCIÓN UNIVERSAL

Cristóbal de Villalón

—

VIAJE DE TURQUÍA

TOMO II

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

Viaje de Turquía

atribuido a

CRISTÓBAL DE VILLALÓN

Edición y prólogo de
Antonio G. Solalinde

TOMO II



MADRID-BARCELONA
MCMXIX

VIAJE DE TURQUÍA

TOMO II

EL NAUFRAGIO

PEDRO.—Ya no tengo memoria en dónde quedó la plática principal.

MATA.—Yo sí. Cuando en Santa Laura el prior os dijo que si queráis ir a trabajar con los hermanos, y respondistes que erais casado.

PEDRO.—Gran deseo es el que Mátalas Callando tiene de saber, pues tiene tanta atención al cuento. Yo determiné, harto falto de paciencia y desesperado de verme traer de Anás a Caifás, de no me descubrir más a ningún hombre ni por pensamiento; sino, pues sabía ya tan bien todas sus ceremonias y vida frairesca, que aquel que vino conmigo los dos días me había enseñado, estarme en cada monesterio los tres días que los otros peregrinos estaban por huéspedes, y hacerles entender que era tan buen fraire como ellos todos; cuanto más que sabía ciertos psalmos en griego, de coro, y otras cosillas, con las cuales los espantaba y me llamaban “didascalos”, que quiere decir doctor; todo el pan que podía ahorrar escondido lo guar-

daba para tener que comer en el bosque cuando me quisiese ir a estar algún día para detenerme más, por si acaso en aquel tiempo pasase algún navío que me llevase. Salí de aquel monesterio con otro fraire de guía, y fuí a otro que se llama Agio Pablo, donde me estuve mis tres días y cantaba con ellos en el coro, y no se contentaban poco, y la comida era como las pasadas. Acabados mis tres días fuí al monesterio Rúsicó, que es de rusios, cierta gente que confina con los tártaros, y está subjeta a la Iglesia griega, y estuve los mismos, y fuí a Sant Gerónimó, donde pasé un grandísimo trago; porque estaban unos turcos que habían aportado allí, y preguntáronme dónde era, y dije que del Chio; y acertó que el uno era de allá, renegado, y luego me preguntó cuyo hijo y en qué calle, y yo en mi vida había estado allá; pero Dios me dió tal gracia, que estuve hablando con él más de una hora, dando razón a cuanto me preguntaba sin discrepar ni ser tomado en mentira, y aun oían la plática otros dos fraires naturales de allá.

MATA.—Eso no me lo engargaréis con una cuchar. ¿Qué razón podíais vos dar de lo que nunca vistes?

PEDRO.—Andad vos como yo por el mundo y sabreislo. Dábale a todo respuestas comunes; a lo que me preguntó cuyo hijo era, dije que de Verni, que es nombre que muchos le tienen, y si me preguntaba de cuál, decía que del viejo; ¿y cómo está Fulanó?, es muerto; el otro, no está allí; Fulano, está malo; el Tal armó una barca cargada de li-

mones para Constantinópla; y otras cosas así; ¿pareceos que me podía eximir?, y aun os prometo que quedó bien satisfecho.

MATA.—Parésceme que no les faltaba razón a los que decían que teníais demonio, porque tales cosas aun el diablo no las urdiera.

PEDRO.—Pues hombre que había ya sido dos meses o cerca fraire, ¿no queréis que urda cosas que el diablo no baste? El último monesterio adonde fuí se llamaba Seró Potami, estando en el cual dos días, en vísperas vi entrar un marinero griego, y preguntéle dónde venía, y díjome que de la isla de Lemno, y tornaba allá. Como no vía la hora de salir de allí, que se me acababa la candelá, díjele si desde allí podían ir al Chio, que me iría con él; díjome que muy bien. Igualeme en medio escudo, y embarqueme con mi compañero, y de aquel monesterio donde yo salí se embarcaron seis fraires, los cuales metieron harto bastimento, principalmente vino. Comenzamos de alzar vela y navegar, y era cuasi noche y dieciséis de hebreró. Comenzó a avivar el viento y dije al patrón del navío: "Mirad, señor, que es invierno y la noche larga, y el navío, pequeño; mejor será que nos quedemos aquí esta noche, porque el viento refresca y podrá ser que nos veamos en aprieto." Como iban él y los fraires bebiendo y borracheando lo que habían metido, no hicieron caso ninguno de lo que yo decía; antes se reyeron, y cuasi todos beódos; a las once de la noche alborotóse la mar, no así como quiera, sino la más brava y hinchada

que en mi vida la vi; los marineros, parte por lo poco que sabían, parte por el vino, perdieron el tino de tal manera, que no sabían dónde se estaban y no hacían sino vomitar. Quiso Dios que cayeron en la cuenta que echásemos en la mar todo cuanto llevábamos para alivianar el navío; esforzando más el viento llevónos el árbol y antena con sus velas; ya era el día y halláronse menos borrachos, pero perdidos; comenzó de divisarse tierra, y no sabían qué era. Unos decían que Salonique, otros que Lemno, otros que Monte Sancto; yo reconocí, como había estado otra vez allí, que era el Sciatho, y díjeselo; mas ya desesperados, viendo que íbamos a dar en unas peñas, dijeron: "Agora, por Dios verdadero, nos ahogamos todos; señores, ¿qué haremos sin vela ni nada?" Dejó el patrón el timón ya por desesperado, y hincáronse de rodillas y comenzaron de invocar a Sant Nicolás, y tornaron a preguntarme a mí: "¿Qué haremos?" Respondí con enojo: "Na mas pari o diavolos olus: Que nos lleven todos los diablos", y salto donde estaba un pedazo de vela viejo, y hago de dos pedazos una vela chica, y pongo en cruz dos varas largas que acerté a hallar, y díjeles: "Tened aquí, tirá destas cuerdas, y tirando llamad cuantos santos quisiéredes; no penséis que los sanctos os ayudarán si vos no os ayudáis también." Comenzó de caminar nuestro navío con aquel trinquete, como la fuerza del viento era tan grande, que cada hora serían bien tres leguas; y fuénos la vida que durase la fortuna, porque si

estonces cesara y nos quedábamos en calma, todos perescíamos de hambre, porque estábamos en medio del golfo, y el bizcocho todo había ido a la mar por salvar las vidas, y no podíamos caminar sin viento. Llegamos a distancia de tierra por tres ó cuatro leguas, y allí avivó de tal modo el viento, que nos llevó el trinquete, que del todo desesperó a todos. Dijo el patrón: "Señores, todo el mundo se encomiende a Dios, porque nuestro navío va a dar en aquellas peñas, adónde todos peresceremos." Y comenzó de mantener cuanto podía el navío, que ni anduviese atrás ni adelante, y decía: "Si alguno tiene dineros, délos a estos marineros, que saben muy bien nadar, que por ventura se salvará y hará algún bien por el ánima." Yo les dije, aunque ciertamente no faltaban una docena y dos de ducados, que no tenía blanca; mas aunque la tuviese, ¿qué se me daba a mí, perdiéndome yo, que también la mar se sorbiera el dinero? En esto quiso Dios que nos acercamos a tierra mucho más; y con la grandísima furia que la mar tenía no se pudo dejar de dar al través en aquella isla, y fué nos llevando la mar; y cómo yo me vi cuasi en tierra, sin saber nadar, acudiciéme a saltar, y si no me sacaran dos marineros, yo me quedaba allí; los demás no quisieron saltar por el peligro, y ensoberbecióse la mar más y dió con el navío más de un cuarto de legua fuera del agua, junto a una ermita de Nuestra Señora que allí estaba, y asentad está por cabecera entre todas las mercedes que de Dios he rescibido; que aquei

isla del Schiatho, donde dimos al través, tiene de cerco treinta y cinco leguas, y en ninguna parte de todas ellas podíamos dar al través que no peresciéramos todos, porque es por todas partes peña viva, sino adonde dimos, que había un río pequeño que daba en la mar y era arena todo, y allí embocó el navío, que no sería de ancho cient pasos.

JUAN.—¿Qué llamáis dar al través? ¿Por ventura es lo que dice Sant Pablo padescer naufragio?

PEDRO.—Eso mesmo; y este fué tal, que a la mañana, que la mar había sosegado, el navío estaba hasta medio enterrado en el arena. Cayó aquella noche una nieve de media vara en alto, y todos nos acogimos a la ermita, que estaba llena de unos cepos muy grandes de tea, la cual se embarca desde allí para llevar a Sidero Capsía, donde se hacen el oro y plata.

JUAN.—¿Pues qué, tanto camino tenfais aventajado en tanto tiempo que no salfais desa Sidero Capsia?

OTRA VEZ EN LA ISLA DE SKIATHOS

PEDRO.—¿Nos tengo dicho que me volvió la fortuna a la isla donde dejé al sastre, que en mes y medio, con cuanto había caminado y trabajado, no me hallé haber aventajado una legua? Ciento y cincuenta leguas que a pie, cargado de alforjas, había caminado en mes y medio, torné en una no-

che y un día hacia atrás, con otras tantas más de ródeo, de tal manera, que en cincuenta días no me hallé más de cient leguas de Constantinopla. El frío que aquella noche hacía no se puede aquí escribir; pero tomóme tan falto de ropa, que no tenía sino estameña acuestas, porque una ropa morada que la Soltana me había dado, que traía debajo el hábito, con sus martas, troqué en Monte Sancto con aquel fraire que habló por mí, a una túnica vieja llena de piojos que tenía al rincón.

MATA.—¿A qué propósito el truco del topo?

PEDRO.—Porque como iba por aquellas espesuras, alguna mata o retama me asía de la estameña y llevábame un jirón, y por allí se parecía luego lo azul y podía ser descubierto, porque no era cosa decente a fraire.

MATA.—¿Y en aquella ermita no podíais encender buen fuego con aquellas teas y calentaros? No fuera mucho con esa poca ropa y con el frío que hacía quedaros allí.

PEDRO.—Los marineros y los otros fraires eran tan scrupulosos, que no osaban llegar a tomar de la teda, diciendo ser sacrilegio, y como ellos no saltaron en la mar como yo, no estaban mojados, y mediano fuego les bastaba, al cual yo no me osaba llegar por no arremangar para calentarme, y ser conocido por las calzas que debajo traía, y camisa, que no era de fraire.

MATA.—¿No podíais tomar juntamente con el hábito todos los demás vestidos de fraires al principio?

PEDRO.—Como yo nunca me había huído otra vez, y el espía mengaño, que dijo bastar aquello, no curé más de echarme el hábito sobre la ropa que yo me tenía; si yo fuera plático como agora, campoco saliera en hábito que fuesen menester tantas hipocresías ni no comiesen carne; en hábito de turco me podía venir cantando.

JUAN.—O de judío.

PEDRO.—También, pero es peligroso; que en pudiéndole coger en descampado le roban y le matan por hacerlo. Si no fuera por el peligro que había, siendo tomado, de ser turco, mejor hábito de todos era el turquesco.

MATA.—¿Qué remedio tuvistes aquella noche?

PEDRO.—Pesábame de haber escapado tan grande peligro y morir muerte tan rabiosa. Como la compañía toda se durmió junto al fuego, yo tomé una hachuela y hice pedazos un cepo de aquellos, y desnudéme y mudé camisa, y hago un fuego tan grande, que quería quemarse la ermita, y con todo no bastaba a tornar en mí. Cuando los otros despertaron, dijeron: “Verdaderamente, éste es diablo, y no es posible ser cristiano, pues tan poco temor ha tenido de Dios en hurtar lo ajeno aunque peresciera.” Dijo otro: “¿Nos acordáis cuando hoy, en la mayor fortuna de la mar, dijo que nos llevasen todos los diablos, y otras veinte cosas que le hemos visto hacer?” Yo estaba tal, que no se me daba nada ser descubierto, por no morir así, y no se me dió tampoco de lo que decían. Otro día vinieron allí dos clérigos de la tierra, que

para dar gracias a Dios habíamos llamado que diesen misa, los cuales cerraron la iglesia, poniendo por grandísimo escrúpulo la noche que allí habíamos dormido, y nos hicieron dormir otras dos noches fuera. Los marineros se fueron a dormir al navío, y a mí y el compañero no nos dejaron entrar por el pecado pasado, y fué necesario dormir debajo de un árbol aquella noche.

MATA.—¿Con toda la nieve y frialdad?

PEDRO.—Y aun hielo hartó.

MATA.—¿Y no os vais adonde sirváis a Dios de tal manera que venialmente no le ofendáis, habiendo rescibido tan particulares mercedes?

PEDRO.—Plegue a él que conforme al deseo que yo de servirle tengo me ayude, para que lo haga. Como estaba el navío enterrado en la arena, los marineros quisieron sacarle y forzaronme que les ayudase, pues también había yo venido dentro, y no osé hacer otra cosa porque eran muchos y cierto me mataran. Comencé con gran fatiga de cavar y hacer lo que me mandaban; entraron todos en una barca para ir a buscar una áncora que se les había caído en la mar, que ya sabían donde estaba, y mandaron que entre tanto yo y mi compañero cavásemos. Como yo vi el laberinto tan grande y la poca gente que éramos para ello, pregunté a uno de la tierra que descargaba allí tea cuánto había de allí al primer lugar y cuál era el camino, y mostrómelo; dije a mi compañero si sería para seguirme y llevaría yo nuestra alforja y nos les huyésemos. Era un viejo enjuto que caminaba

más que yo, y dijo de sí. Voy donde estaba el hato y húrtoles un pedacillo de bizcocho y tomé mi alforja, y metímonos por el bosque, yendo con harto más miedo dellos que de los turcos; y quiso Dios que llegamos a una aldea, y en la taberna almorzaban unos griegos, y convidáronnos a pan y buen vino, con lo cual Dios sabe el refrigerio que hubimos, y contamos nuestra desventura y pedimos consejo de lo que haríamos para ir a Chío. Dijéronnos que diez leguas de allí, aunque por grandes montañas, estaba el puerto de mar, donde muchas veces había navíos en que pudiésemos ir, y si queríamos nos darían un mozo, que por un real no más nos enseñaría todo aquel camino. Respondíles, agradesciéndoselo mucho, que era muy contento dello, aunque lo dejase de comer, y fuimos aquel día tres leguas, y hallamos una "metoxia" de un monasterio de Monte Sancto, en la cual nos recibieron aquella noche, como dijo Vasco Figueira, "muyto" contra su voluntad. Todavía hubo pan y vino y sendos huevos, que fué la mayor comida que había fasta allí habido; y a la mañana dijéronnos que fuésemos presto, porque la nieve estaba helada, y si ablandaba no era posible pasar. Caminamos con nuestro mozo para hacer seis leguas de sierra despo-blada que nos faltaban, y caminamos las tres lo mejor del mundo por sobre la nieve; mas estando en medio el camino en un altísimo monte vino una niebla que nos enternesció la nieve, y no po-

díamos ir atrás ni adelante; cayendo y levantando, quiso Dios que anduviésemos una legua más, y topamos en un valle una casilla pequeña, donde había dos moradores que labraban ciertas viñas, y diéronnos pan y vino, vinagre y unas nueces y higos, que yo dudo si en el mundo, cuan grande es, las hay mejores, de lo cual hinchimos bien los estómagos; y el mozo determinó de que caminásemos adelante, y yo bien quisiera quedarme allí; en fin, las dos leguas que restaban se caminaron en medio día, con la nieve siempre hasta los muslos, cayendo de cuatro en cuatro pasos, y acabándose cierto la paciencia, que era de lo que más me pesaba; tuvimos consejo mi compañero y yo que valía más ser esclavos que no padecer de aquella manera; y Dios lo permitía así, quizá que se le hacía mayor servicio de serlo; por tanto, en llegando a la villa, preguntásemos por el gobernador turco y le dijésemos cómo éramos dos esclavos de Zinán Bajá y nos habíamos huído, por tanto nos volviese a nuestro dueño, que todo lo hacía cada cien palos y no padecer tantas muertes como habíamos pasado; y lo que más me incitaba para ello era ver que, pues Dios no quería que pasásemos adelante, señal era que se servía más de que volviésemos a Constantinopla, que aun los pecados que en el cautiverio se habían de pasar no debían de ser acabados de purgar; ya llegábamos con esta fatiga al pueblo, y entrando queríamos pre-

guntar por casa del "baivoda", y vi a deshora en una botiquilla el sastrecillo que había llevádome allí desde la Caballa.

MATA.—¿Era ese el pueblo donde el mercader os había dicho que os llevaban engañado y que os fuéseis de allí, que estaba en un alto?

PEDRO.—El mismo.

MATA.—Yo digo que, aunque la paciencia se os acababa, si entonces os moríais estábais bien con Dios, porque muy grandes requiebros y favores son esos que os daba.

PEDRO.—Como yo vi mi sastre, arremetí para abrazarle con grande alegría, y estuve en su botica un grande rato, y dile cuenta de todo lo pasado, y él me dijo que por amor de Dios me fuese de allí, porque él se estaba bien, y buscase una posada y no le hablase como que le conocía. Yo le rogué que me tuviese allí escondido, pues yo tenía qué gastar, que aún duraban los dineros, gracias a Dios. Dijo que en ninguna manera lo haría; por tanto, que luego me saliese de su botica. Viéndome perdido, preguntéle dónde vivía el gobernador. Díjome que para qué le quería. Yo le descubrí el consejo que habíamos tomado de querer más ser cautivos que morir muertas rabiosas. Dijo que para qué queríamos levantar la liebre ni desesperarnos ansí. Digo: "Por ver que en el mundo no hay fe ni verdad; que yo pensaba haber topado la libertad en veros; mas agora que os veo olvidado de el bien que os hice y

los dineros que os di, yo determino que tan ingrato hombre no viva en el mundo, y pues no habéis querido encubrirme, iremos juntos a Constantinopla, porque yo diré que vos me sacastes, pues sois espía, y vengarme he de vuestra ingratitud, que en fin a mí menester me han y tengo muchos amigos, que no seré muy mal tratado; y quedad con Dios de aquí a que el gobernador envíe por vos; y íbame a salir; él, muy turbado, viendo ya la muerte al ojo, arremetió conmigo para no me dejar salir, y echóseme a los pies puestas las manos, rogándome que por amor de Dios le perdona-se, y que él se determinaba de tenerme allí y darme de comer hasta que hubiese navíos donde fuese a mi placer, y échaba por rogador a mi compañero. Comenzó a puerta cerrada, que hacia frío, a encender fuego, que estaba bien proveído de leña, y descalzarme y hacerme regalos. Yo le aseguré y dije que le ponía por juez de la razón que yo tenía, y si podía darme libertad ¿por qué lo había de dejar? Y si quería venirse conmigo, le daría más que ganase en toda su vida. Allí estuve y no le dejaba gastar ocho días, fasta que entraron las Carnestolendas, y los de la tierra que iban a cortar ropas y nos vían allí, como no salíamos de casa, comenzaron a murmurar y sospechar lo que era, y avisaron al sastre que se apartase de nuestra compañía si no quería que sus días fuesen pocos. El les respondió que éramos muy buenos religiosos, y si no salíamos era

porque, habiendo dado al través el día de la gran fortuna, estábamos desnudos y mojados; no contentos con esto, vinieron, para más de veras tentar, los clérigos del pueblo, y como que venían a visitar, rogáronme que fuésemos el primer día de Cuaresma a la iglesia a ayudarles a los oficios. Yo respondí que era sacerdote y letrado, y quería hacerles este servicio al pueblo de confesarlos todos y decir la misa mayor el día de Cuaresma. Como me vieron hablar tan bien y tan osadamente su lengua, creyéronlo, y dijeron, porque era cosa de mucha ganancia lo que aquel día se ofrece, que la misa no era menester, que allí estaba el cura, mas que el confesar, ellos lo aceptaban. Yo dije que no quería sino todo, y la ganancia daría yo al cura. No aprovechó, que aún pensaban que le había de sisar, y rogáronme que confesase mucha gente del pueblo honrada, aunque por tentar creo que; yo concedí lo que me demandaban, y aquella noche el sastrecillo me dijo: "Yo prometo, si acertáis a confesarlos, la ganancia será bien grande"; bien quisiera yo deshacer la rueda, aunque me parecía que, según son de idiotas, lo supiera hacer. Y avisáronme que para el segundo día de Cuaresma yo estuviese a punto para ello, y el primer día era de ayuno fasta la noche, que no se podía comer; y yo determiné que nos bajásemos con un pan a la mar y un pañizuelo de higos y nueces, diciendo que íbamos a traer ostras para la noche, y teníamos muchos

griegos que querían cenar con el padre confesor; y en la mar metíme entre unas peñas, y representándoseme dónde estaba y cómo y los trabajos pasados, no pude estar sin llorar, y de tal manera vino el ímpetu de las lágrimas a los ojos, que no las podía restañar, sino que parecían dos fuentes; quedé el más consolado del mundo de puro desconsolado, y otro tanto creo hizo mi compañero, que entrambos nos escondimos a espulgarnos, que había razonables días que no lo habíamos hecho.

MATA.—¡Hi de puta, cuál estaría la túnica que os trocó el otro a la ropa!

PEDRO.—Esa yo no la espulgué, porque tenía tanta cantidad que no aprovechara matar un celemín. Los ojos tenía quebrados y deslumbra-dos de mirar si parecía algún navío donde me meter, como no fuese a Constantinopla, para huír de aquellas calumnias que la gente de aquel pueblo me traía. Como fuese tarde y no parecía nada, fuímonos al pueblo que esperaban para cenar, con la determinación de por no ser descubierta confesar y hacer lo que me mandaran.

JUAN.—¡Buena conciencia era esa! Mejor fuera descubriros que cometer tal error.

PEDRO.—¿No miráis la hipocresía española?

MATA.—Ruin sea yo si no creo que lo hiciera mejor que vos. Yo al menos antes confesara veinte pueblos que volver a Constantinopla; mas si después fuera sabido, era el peligro.

PEDRO.—¿Qué peligro? Tornaba a ser esclavo.

MATA.—No digo sino por haber hecho aquello.

PEDRO.—Siendo esclavo no estimara cuantos griegos ni judíos había en lo que huello; antes si cogiera alguno dellos le moliera a palos y me saliera con ello, no me la fueran a pagar al otro mundo los que me descubrieran.

JUAN.—Como no teniais ya más que perder, yo lo creo.

PEDRO.—Hízolo Dios mejor, que cenamos bien, aunque de cuaresma, temprano, y pusiéronme en cabecera de mesa para el bendecir del comer y beber.

JUAN.—¿No es todo uno?

PEDRO.—No, que primero se bendice la mesa; después cada uno que tiene de beber la primera vez dice con la copa en la mano: “Eflogison efflogimene.” “Echad la bendición, padre bendito.” Estonces él comienza, entre tanto que el otro bebe, a decir aquella su común oración: “Agios o Theos os”, y otro tanto a cuantos bebieren las primeras veces, aunque haya mill de mesa.

MATA.—Trabajo es. ¿Y si no hay fraire ni clérigo?

PEDRO.—Ellos entre sí la gente vulgar, y aun cuando el fraire o clérigo bebe, también echan los otros la bendición. Y acabada la cena, vimos despuntar dos velas por detrás de una montaña y acercáronse, y eran dos navíos cargados de trigo que venían a tomar allí bastimento para pasar

adelante. Como yo los vi, Dios sabe lo que me holgué, y luego los patrones subieron al pueblo a comprar lo que les faltaba; y yo le hice al uno llamar en secreto, y preguntéle adónde iba. Díjome que a la isla de Metellin, a buscar naves de venecianos que venían a buscar trigo, y si no las hallaban allí, que pasarían al Chío. Pidíles de merced que nos llevasen allá, pagándoles su trabajo.

JUAN.—¿Eran cristianos o turcos?

PEDRO.—Cristianos. ¡Ojalá fueran turcos! No querían, por más ruegos, hacerlo; porque cuantos marineros hay tienen esta superstición, que todo el mundo no se lo desencalabazará, acá y allá en toda la mar: que cuando llevan fraires o clérigos dentro el navío, todas las fortunas son por ellos.

JUAN.—Callad, no digáis eso.

PEDRO.—Dios no me remedie si no es tan verdad como os lo digo; y no así como quiera, sino en toda la mar cuan espaciosa es; y aun en Barcelona ha ménester más favor un fraire para embarcarse que cient legos; y si es clérigo o fraire, sin que tenga favor, así se puede ahorcar que no le llevarán si no los engaña con vestirse en hábito de soldado.

JUAN.—La cosa más nueva oyo que jamás oí.

PEDRO.—Preguntádselo a cuantos han estado en la mar y saben destas cosas. Fué tanta la importunación y ruegos, que lo concedió el uno,

y díjome que me embarcase luego, porque se partirían a media noche. Yo compré de presto una sartaza de aquellos higos buenos, que pesaría media arroba, y obra de un celemín de nueces y pan; y en anocheciendo bajamos a la mar y embarcámonos, y a media noche comenzamos de caminar. Habiendo andado como tres leguas, llegaron dos galeras de turcos, que iban en seguimiento de los navíos, y mandaron amainar.

JUAN.—¿Qué es amainar?

PEDRO.—Quitar las velas para que no camine más; y saltan dentro de nuestros navíos, y prenden los patrones dellos y pónenlos al remo, y llevábannos a todos.

MATA.—¿Pues cómo o por qué? ¿No había amistad con los turcos?

PEDRO.—Sí; pero había premática que nadie sacase trigo para llevar a vender, y para eso estaban aquellas dos galeras. Considerad lo que podía el pobre Pedro de Urdimalas sentir. Yo luego hice de las tripas corazón, y como me vi cobré ánimo. Y en verdad que el capitán turco y muchos de los suyos me conocían bien en Constantinopla; pero no en aquel hábito. Yo les dije: “Señores: yo conozco que estos pobres cristianos han pecado contra el mandado de nuestro Gran Señor; pero, en fin, la pobreza incita a los hombres muchas veces a hacer lo que no deben. Obligados sois en vuestra ley a tener misericordia y no hacer mal a nadie. Bien tengo entendido que

tomarnos a todos podéis lícitamente, y hacer lo que fuéredes servidos; pero también sé que, idos en Constantinopla, ningún interese se os sigue, porque habéis de dar por cuenta todo lo que los patrones confesaren que traían en sus navíos, y la gente; de manera que solamente os habéis vosotros dello el hacer mal y pensar que el Gran Turco rescibe servicio, y no por eso se le acuerda de vosotros. No sabéis en lo que os habéis de ver. Pidos por merced que, dandos con qué hagais un par de ropas de grana, los dejéis ir, y aquello os ganaréis, y ternos heis a todos como vuestros esclavos." Respondióme sabrosamente que por haberlo tan bien dicho determinaban dejarlos; pero que el dinero que daban era poco. Yo repliqué que no era sino muy mucho para ellos, pues daban lo que tenían todo y eran pobres. Yo lo hice en fin por cincuenta ducados, que no pensaron los otros pobres se hiciera con mil, y soltáronnos y dejáronnos ir. Luego vinieron a mí los patrones entrambos, y me lo agradecieron como era razón.

MATA.—¡Mirad cuánto hace hacer bien sin mirar a quién! Tan esclavos eran esos, si vos no os hallábais allí, como vos lo habíais sido.

PEDRO.—Eso bien lo podéis creer.

JUAN.—De allí adelante bien os trataran en sus navíos.

PEDRO.—Muy bien si durara; mas aina me dieran el pago si Dios no me tuviera de su mano.

MATA.—¿También deshicistes la amistad, como con los turcos y judíos solíais hacer?

EN LEMNOS

PEDRO.—Y aun más de veras, porque no hubiera sido la riña de palabra. Caminamos por nuestra mar adelante con razonable viento, y ya que estábamos junto a Metellin, donde iban, revolvió un viento contrario y dió con nosotros en la isla de Lemno, no con menor fortuna que la pasada. Tuvieron consejo para ver cómo podrían salvar las vidas, que se veían ir todos a perescer. Dijeron que si no echaban los fraires en la mar no cesarían jamás, porque no hallaban causa otra por donde se moviese semejante fortuna. Ya todos muy determinados de lo hacer, inspiró Dios en los patrones, y dijeron: “Por el bien que nos han hecho, mátelos Dios, y no nosotros; ya no se excusa que no demos al través. Cuando si Dios quisiere nos vamos de aquí, los dejaremos y no irán con nosotros; y en esto la mar echó fuera nuestros navíos, y quiso Dios que no peligraron cosa ninguna, mas de quedar en seco. La fortuna duró ocho días, en los cuales, con mucho mayor frío, nos hicieron dormir fuera de los navíos, y aun ojalá hubiera alguna mata adonde nos acoger o pan siquiera que comer. Esta isla es muy abundantísima de pan y vino y ganado; pero de árboles no, porque es toda páramo; no tiene en

veinte leguas al derredor más de un olmo, que está junto a una fuente.

MATA.—¿Pues con qué se calientan?

PEDRO.—Por mar traen la leña de otra parte, y los sarmientos que de las viñas tienen y algunas ailagas. El viento que hacía, cierzo que acá llamáis, era terrible, y a que no se podía resistir, porque si no es un rimero de piedras que los pastores tenían hecho para ponerse detrás dellas, ninguna otra pared, árbol ni mata había allí. Hartos de pacer yerba, nos metíamos a espulgarnos, y lavamos nuestras camisas y zara güelles; y después de seco, cuando fuí por ello, vilo tan manchado como si no lo hubiera lavado, y no sabía qué pudiese ser, pues yo bien lo había fregado, y hallé que eran muchos millones de rebaños de piojos, que, como no se había echado agua caliente, cuando estaban las camisas mojadas no se parecían, pero con el sol habían revivido.

MATA.—Grande crueldad era la de aquellos perros, que así se pueden llamar, y el trabajo de no comer sino yerba, no menor.

PEDRO.—Cuanto más que como era mes de hebrero había pocas y pequeñas, y como la hambre acusaba, comiendo de prisa y no advirtiendo, topaba con alguna que amargaba, otra que espinaba y otra que abrasaba la boca.

JUAN.—¿Pues no había pueblos en esa isla?

PEDRO.—Sí; había más de treinta, a cuatro le-

guas de distancia; pero no osaba apartarme de los navíos, por saber cuándo se iban, que las cosas de mar son inciertas. Dentro de un instante se alza la mar, y se amansa; y quería probar a ver si usaran de misericordia; ya como la fortuna fué adelante, determinaron los patrones de irse al primer pueblo a borrachear, y nosotros fuímonos tras ellos, por comprar pan que comer. Y era tanto el frío, que, con caminar medio corriendo y cargado, no sentía miembro de todo el cuerpo, y los ojos estaban que no los podía menear, cuasi como paralítico. Llegados al pueblo, en la primera casa dél estaban borracheando muchos griegos en un desposorio, y como yo preguntase si hallaría por los dineros un poco de pan, ellos nos hicieron, movidos a compasión, sentar, y como era cuaresma no tenían sino habas remojadas y pasas; y como vieron que no podía tomar el pan con las manos, mandaron sacar a la mesa un poco de fuego, y al primer bocado que comí, luego el escanciador me dió una copa de aguardiente, que aunque en mi vida lo había bebido, me supo tan bien, que no fué menester más brasero, y quedé todo confortado.

MATA.—¿Aguardiente a comer? ¿A qué propósito?

PEDRO.—Tan usado es en todas las comidas de conversación en Grecia y toda Turquía el beber dos o tres veces, las primeras de aguardiente, que lo llaman "raqui", como acá vino blanco.

JUAN.—¿No los abrasa los hígados y boca?

PEDRO.—No, porque lo tienen en costumbre, y tampoco es lo primero que es demasiado de fuerte, sino lo segundo que llaman.

JUAN.—¿Hácenlo a falta de vino blanco?

PEDRO.—No, por cierto, que no falta malvasía y moscatel de Candía; antes tienen más blanco que tinto; sino porque la mayor honra que en tales tiempos hay es el que primero se emborracha y se cae a la otra parte dormido; y como medio en ayunas, con los primeros bocados, beben el “raqui”, luego los comienza a derribar; y aun las mujeres turcas y griegas, cuando entre sí hacen fiestas, luego anda por alto el “raqui”.

MATA.—¿Tan gente bebedora es la griega?

PEDRO.—Como los alemanes y más. Salvo que en esto difieren, que los alemanes beberán pocas veces y un cangilón cada vez; mas los griegos, aunque beben mucho, comen muy poco y beben tras cada bocado con pequeñita taza. Podéis creer que de como el que escancia toma la copa en la mano, aunque no sean más de tres de mesa, hasta que se vayan, que no cesará la copa ni pondrá los pies en el suelo aunque dure la comida deciséis horas, como suele.

MATA.—¿Qué, deciséis horas una sola comida? Pues aunque tuviesen todos los manjares que hay en el mundo bastaban tres.

PEDRO.—Por no tener manjares muchos son largas, que si los tuviesen presto se enhadarían.

Con un platico de acitunas y un tarazón de pescado salado, crudo, entre diez, hay buena comida; y antes que se acabe beberán cada seis veces; luego, si hay huevos con cada sendos asados, tardándolos en comer dos horas, beberán otras tantas veces.

MATA.—¿Pues en qué tardan tanto?

PEDRO.—Como no va nadie tras ellos y son tan habladores, que con el huevo o la taza en la mano contará uno un cuento y escuchará cuatro.

MATA.—¿Parleros son al comer como vizcaínos?

PEDRO.—Con mucha más crianza, que esos parlan siempre a troche moche y ninguno calla, sino todos hablan; mas los griegos, en hablando uno, todos callan, y le están escuchando con tanta atención que ternían por muy mala crianza comer entre tanto; y no os maravilléis de deciséis horas, porque si es algo de arte el convite, será manteniendo tela dos días con sus noches; agora sacan un palmo de longaniza; de aquí a un hora ostras, que es la cosa que más comen; tras éstas, un poco de hinojo cocido con garbanzos o espinacas; de allí a cuatro horas un pedacillo de queso; luego sendas sardinas; si es día de carne, un poco de cecina cruda, y desta manera alargan el convite cuanto quieren.

MATA.—¿Cómo pueden resistir?

PEDRO.—Yos lo diré: uno duerme a este lado, otro a estotro; cuando despiertan comen y levántanse; otros que van a mear o hacer de sus per-

sonas, y ansí anda la rueda y nunca para el golondrino.

MATA.—¿Qué llaman golondrino?

PEDRO.—Unos barriles de estaño que en toda Grecia usan por jarros, hechos al torno, muy galanes, de dos asas, que se dan en dotes, y la que lleva cuatro no es de las menos ricas.

MATA.—¿Qué fué del convite de la isla de Lemno?

PEDRO.—El desposado luego me trajo emprentado un grande jarro de vino de una pipa que había comenzado, y pan no faltaba; comí fasto que me harté y contéles el cómo había dado a través, y compré en el pueblo una docena de panes; y dije a mi compañero que nos volviésemos a estar junto a los navíos aunque peresciésemos de frío, porque si se iban sin nosotros no teníamos qué comer y en mill años no hallaríamos quién nos llevase. Partímonos a media noche, consolados con el comer y desconsolados de no haber, con el frío que hacía, donde meter la cabeza que se defendiese del aire, y metímonos junto a un arroyo que bajaba a la mar, algo hondo, de donde atalayábamos los navíos cuando aparejaban de irse. Como no cesaba la fortuna, los marineros, desesperados, determinaron de irse de allí, porque había nueva de cosarios, adonde la ventura los llevase, y comenzaron a sacar las ánforas. Fuimos presto a que nos tomasen, y echaronnos con el diablo. Yo comencé de aprovechar-

me del hábito que traía, que hasta allí no lo había hecho.

JUAN.—¿Cómo aprovechar? ¿No habíais sido dos meses fraire?

PEDRO.—Digo a ser importuno, y pedir por amor de Dios.

MATA.—También las mata Pedro algunas veces callando.

JUAN.—Sí, que Ebro lleva la fama y Duero el agua.

PEDRO.—Ya como no aprovechaba nada y se partían, dije que no quería ir con ellos; pero por el bien que a los patrones había hecho les rogaba que mescuchasen dos palabras. Respondieron que no había qué, porque ellos ya no iban al Chío, sino a buscar naves de cristianos de acá a quien vender su trigo, y que si fueran al Chío holgaran de llevarme. Tanto los importuné, que saltaron en un batel a ver qué secreto les quería decir. Y tómolos detrás de un peñasco y digo: “Señores, la causa porque no queréis que vaya con vosotros es por ser fraires; pues sabed que ni lo soy ni aun querría, sino somos dos españoles que venimos desta y desta manera, y para que lo creáis...”; arremangué el hábito y mostréle el jubón y la camisa labrada de oro, que junta con las carnes traía, y unas muy buenas calzas negras que debajo de estos borceguilazos traía. “Y en lo que decís que vais a buscar naos de cristianos, eso mismo busco yo. Hoy podéis redimir dos

cautivos; mirad lo que hacéis." Enternescióseles algo el corazón y dijeron: "¿Por qué no lo habíais dicho hasta agora?" Díjeles que porque sabía que todos los griegos prendían los cautivos que se huían y no los querían encubrir. Tomáronme entonces de buena gana y metiéronme en sus navíos, y dijeron que no me descubriese a ningún marinero, y caminamos con tanta fortuna que me holgara de haberme quedado en tierra, porque comenzó a entrar tanta agua dentro, que no lo podíamos agotar. Llegamos en Metellin, en un puerto que llaman Sigre, adonde pensaban hallar naos, y como no hubiese ninguna pasaron con toda su fortuna al Chío.

MATA.—¿No podían esperar en aquel puerto a que pasase la fortuna?

EN CHIOS

PEDRO.—Había gran miedo de infinitos cosas que por allí andan; y también la fortuna, aunque grande, era favorable en llevar hacia allá. A media noche fué Dios servido, con grandísimo peligro, que llegamos en el Delfín, que es un muy buen puerto de la misma isla del Chío, seguros de la mar, mas no de los cosarios, que hay más por allí que en todo el mundo, porque no hay pueblo que lo defienda, y de allí a la cibdad son siete leguas. Rogué a los patrones que nos echasen en tierra, y eché mano a la bolsa y diles obra de un ducado que bebiesen aquel día por amor

de mí. Y no le queriendo tomar, les dije que bien podían, porque ido yo a la cibdad sería más rico que ellos. Tomáronlo y avisáronme que, por cuanto había tantos cosarios por allí que tenían emboscadas hechas en el bosque por donde yo había de ir para coger la gente que pasase, mirase mucho cómo iba. Yo fuí por un camino orillas del mar, más escabroso y montañoso que en Monte Sancto había visto, y de tanto peligro de los cosarios que había dos meses que de la cibdad nadie osaba ir por él; y aún os digo más que cuando llegamos al pueblo todos nos dijeron que diésemos gracias a Dios por todos los peligros de que nos había sacado, y más por aquel, que era mayor y más cierto que todos, porque en más de un año no pasó nadie que no fuese muerto o preso.

MATA.—¿Y allí estábais en tierra de cristianos seguros?

PEDRO.—No mucho, porque aunque es de cristianos, y los mejores que hay de aquí allá, cada día hay muchos turcos que contratan con ellos, y si fuesen conocidos los cautivos que han huído se los harán luego dar a sus patrones; porque, en fin, aunque están por sí, son sujetos al turco y le dan parias cada un año.

JUAN.—¿Adónde cae esa isla?

PEDRO.—Cien leguas más acá de Constantinopla y otras tantas de Chipre, y las mismas del Cairo y Alejandría y Candía; a todas éstas está en igual distancia, y cincuenta leguas de Rodas.

Es escala de todas las naves que van y vienen desde Sicilia, Esclabonia, Venecia y Constantino-
pia al Cairo y Alejandría.

MATA.—¿Qué llamáis escala?

PEDRO.—Que pasan por allí y son obligadas a pagar un tanto, y allí toman cuanto bastimento han menester y compran y venden, que la cibdad es de muchos mercaderes.

JUAN.—¿Qué ¿tan grande es la isla?

PEDRO.—Tiene treinta y seis leguas al de-
rredor.

JUAN.—¿Cuya es?

PEDRO.—Como Venecia, es señoría por sí, y ríjese por siete señores que cada año son elegidos.

JUAN.—¿De qué nación son?

PEDRO.—Todos ginoveses, gentiles hombres que llaman, de casas las principales de Génova, y hablan griego y italiano. Solía esta isla ser de Génova en el tiempo que mandaban gran parte del mundo, y aun agora le conosce esta superioridad, que la cibdad nombra estos siete señores y Génova los confirma.

JUAN.—¿Hay más de una cibdad?

PEDRO.—No; mas villas y pueblos más de ciento.

JUAN.—¿Qué, tan grande es la cibdad?

PEDRO.—De la mesma manera que Burgos, y más galana; no solamente la cibdad, pero toda la isla es un jardín, que tengo para mí ser un paraíso terrenal. Podrá prover a toda España

de naranjas y limón y cidras, y no así como quiera, sino que todo lo de la vera de Plasencia y Valencia puede callar con ello. Entrando un día en un jardín os prometo que vi tantas caídas que de solas ellas podían cargar una nao, y así valen en Constantinopla y toda Turquía muy baratas por la grandísima abundancia. La gente en sí está sujeta a la Iglesia romana, y entrado dentro, en el traje y usos, no diréis sino que estáis dentro de Génova; mas difieren en bondad, porque, aunque los ginoveses son razonable gente, éstos son la mejor y más caritativa que hay de aquí a allá. Aunque saben que serían castigados y quizá destruídos del turco por encubrir cautivos que se huyen, por estar la más cercana tierra de cristianos, no los dejarán de acoger y regalar, y dándoles bastimento necesario los meten en una de las naves que pasan para que vengan seguros. Tienen fuera de la cibdad un monesterio, que se llama Sancto Sidero, en el cual hay un fraire no más, y allí hacen que estén los que se huyen todos escondidos, y del público erario mantienen un hombre que tenga cuenta de llevarles cada día pan y vino, carne, pescado y queso lo necesario, y el que estando yo allí lo hacía se llamaba mastre Pedro el Bombardero.

JUAN.—¿Qué tributo pagan esos al Gran Turco?

PEDRO.—Catorce mill ducados le dan cada año, y están por suyos con tal que no pueda en toda la isla vivir ningún turco; sino como venecianos,

están amigos con todos, y resciben a cuantos pasan sin mirar quién sea, y tratan con todos.

JUAN.—Estos dineros ¿cómo se pagan? ¿De algún repartimiento?

PEDRO.—No, sino Dios los paga por ellos, sin que les cueste blanca.

MATA.—¿Cómo es eso?

PEDRO.—Hay un pedazo de terreno, que será cuatro leguas escasas, donde se hace el almástica, y de allí salen cada año 15 o 20 mill ducados para pagar sus tributos.

MATA.—¿Qué es almástica? ¿Cómo es?

JUAN.—¿Nunca habéis visto uno como encienso, sino que es más blanco, que hay en las boticas?

PEDRO.—Es una goma que llora el lentisco, como el pino termentina.

MATA.—Pues desos acá hay hartos; mas no veo que se haga nada dellos, sino mondar los dientes.

PEDRO.—También hay allá hartos, que no lo traen en lo que mucho se engrandesce la potencia del Criador, que en solamente aquel pedazo que mira derecho a medio día se hace, de tal manera que en toda la isla, aunque está llena de aquellos árboles, no hay señal della. Y más os digo, que si este árbol que trae almástica le quitan de aquí y le pasan dos pies más adelante o atrás de donde comienza el término de las cuatro leguas, no traerá más señal de almástica; y

al contrario, tomando un salvaje, que nunca la tuvo, y trasplantándole allí dentro, la trae como los otros.

MATA.—Increíble cosa me contáis.

PEDRO.—Podéisla creer, como creis que Dios está en el cielo; porque lo he visto con estos ojos muy muchas veces.

MATA.—¿Y cómo lo hacen?

PEDRO.—El pueblo como por veredas es obligado a labrarlo y tener el suelo limpio como el ojo, porque cuando lloran los árboles y cae no se ensucie; todos los árboles están sajados y por allí sale, y ningún particular lo puede tomar para vender, so pena de la vida, sino la misma señoría lo mete en unas cajas y da con parte dello a Génova y otra parte a Constantinopla; y tienen otra premática que no se puede vender cada caja, que ellos llaman, menos de cient ducados, sino que antes la derramen en la mar y la pierdan toda.

JUAN.—¿Pues no la hay en otra parte?

PEDRO.—Agora no, ni se escribe que la haya habido, sino allí y en Egipto; mas agora no parece la otra, antes el Gran Señor ha procurado lo más del mundo en todas las partes de su imperio probar a poner los árboles sacados de allí, y jamás aprovecha.

JUAN.—¿Qué tiene de aprovechar, si en la misma isla aun no basta fuera de aquel término?

MATA.—¿De qué sirve?

PEDRO.—De muchas cosas: en medicina, y a muchos mandan los médicos mascarla para desflemar, y siempre se está junta, y por eso se llama almástica, porque masticar es mascar. Los turcos, como la tienen fresca, la usan mucho para limpiar los dientes, que los deja blancos y limpios.

MATA.—Ya la he visto; agora cayo en la cuenta; un oidor, nuestro vecino, la mascaba cada día.

JUAN.—Esa mesma es. ¿Y cómo llegastes en la cibdad? ¿Seríais el bien venido?

PEDRO.—Llegar me dejaron a la puerta, mas no entrar dentro.

MATA.—¿Por qué?

PEDRO.—Por la grande diligencia que tienen de que los que vienen de parte donde hay pestilencia no comuniquen con ellos y se la peguen; y como yo no pude negar dónde venía, mandáronme ir a Sancto Sidero, y allí envió la señoría uno de los siete que me preguntase quién era y qué quería; y como le conté el caso, díjome que me estuviese quedo en aquel monesterio y allí se me sería dado recado de todo lo necesario; mas de una cosa me advertía de parte de la señoría: que no saliese adonde fuese visto de algún turco; porque si me conocían y me demandaban no podían dejar de darme, pues por un hombre no tenía de perderse toda la isla. Llamábase éste Nicolao Grimaldo.

JUAN.—¿Qué quiere decir Grimaldo?

PEDRO.—Es nombre de una casa de ginoveses

antiguos. Hay tres casas principales en Chio: Muneses, Grimaldos, Garribaldos. Para aquella noche no faltó de cenar, porque mi compañero tenía allí un cirujano catalán pariente, que se llamaba mase Pedro, hombre valeroso ansi en su arte como por su persona, bien amigo de amigos, y, lo que mejor, tenía bien quisto en toda la cibdad. Yo rogué a uno de aquellos señores que me llamasen allí a uno de los del año pasado que la Señoría había enviado por embajador a Constantinopla, para que le quería hablar, el cual a la hora vino.

JUAN.—¿Qué tanto es el monesterio de la cibdad?

PEDRO.—Un tiro de ballesta; y conoscióme, aunque no a “prima facie”; porque estando yo en Constantinopla camarero de Zinán Bajá, todos los negociantes habían de entrar por mi mano; y como arriba dije, procuraba siempre destar bien con todos, y cuando venían negocios de cristianos yo me les aficionaba, deseando que todos alcanzansen lo que deseaban. Cada vez que aquel embajador quería hablar con mi amo le hacía entrar. Allende desto, como yo era intérprete de todos los negocios de cristianos, llevaba una carta de la Señoría de Chio para Zinán Bajá, y no iba escrita con aquella crianza y solemnidad que a tal persona se requería; y ciertamente, si yo la leyera como iba, él no negociara nada de lo que quería.

MATA.—¿Pues allá se mira en eso?

PEDRO.—Mejor que acá. En el sobreescrito le llamaban capitán general, que es cosa que ellos estiman en poco, sino almirante de la mar, que en su lengua se dice “beglerbei”; tratábanle de señoría, y habíanle de llamar excelencia; y esto de cuatro en cuatro palabras. Como yo vi la carta, con deseo que alcanzasen lo que pidían, leíla a mi propósito, supliendo, como yo sabía tan bien sus costumbres, de manera que quedé muy contento y hubo consejo conmigo de lo que había de hacer, y le hice despachar como quería, avisándole que otra vez usasen de más crianza con aquellos Bajás; y él quedó con toda la obligación posible, así por el buen despacho como por la brevedad del negociar; y como me vió y nos hablamos, fué a la cibdad, y juntada la señoría les dijo quien yo era y lo que había hecho por ellos, y que me podrían llamar liberador de la patria, y como a tal me hiciesen el tratamiento. De tal manera lo cumplieron, que en veintiocho días que allí estuve fuí el más regalado de presentes de todo el mundo, tanto que no consentían que comiese otro pan sino rosquillas. Podía mantener treinta compañeros con lo que allí me sobraba. Mandaron también, para más me hacer fiesta, que los siete señores se repartiesen, de manera que cada día uno fuese a estar conmigo en el monesterio a mantenerme conversación. Pues de damas, como era cuaresma, que iban a

las estaciones, tampoco faltó. Allí hallé un mercader que iba en Constantinopla, el cual llevaba comisión de un caballero de los principales de España para que me rescatase, y pídile dineros y no me dió más de cinco escudos y otros tantos en ropa para vestirme a mí y a mi compañero.

MATA.—¿Pues qué vestidos hicistes con cinco escudos dos compañeros?

PEDRO.—Buenos, a la marineresca; que claro es que no habían de hacerse de carmesí.

MATA.—¿Y en hábito de fraires os festejaban las damas?

PEDRO.—Al principio sí; porque un día, el segundo que llegamos, yo estaba al sol tras una pared, y llegaron cuatro señoras principales en riqueza y hermosura, y como vieron a mi compañero, fueron a besarle la mano. El, de vergüenza, huyó y no se la dió, sino escondióse. Quedaron las señoras muy escandalizadas, y como yo las sentí, salí, y vílas santiguándose. Preguntéles en griego que de qué se maravillaban. Dijo una no sé cuasi, que no le alcanzaba un huelgo a otro: “Estaba aquí un fraire y quisimos besar la mano y huyó; creemos que no debe de ser digno que se la besemos.” Digo: “No se maravillan vuestras mercedes deso, que no es sacerdote; yo lo soy.” En el punto que lo dije, arremetieron a porfía sobre cuál ganaría primero los perdones. Yo a todas se la di liberalmente, y

a cada una echaba la bendición, con la cual pensaban ir santificadas, como lo contaron en la cibdad. Ya andaba el rumor que se habían escapado dos cristianos en hábito de fraires y estaban en Sancto Sidero. Halláronse tan corridas, que fueron otro día allá, y cuando yo salí a saludarlas y darles la mano, una llevaba un pali- llo, con que me dió un golpe al tiempo que extendí la mano, y armóse grande conversación sobre que yo no tenía ojos de fraire; y ningún día faltaron de allí adelante que no fuesen a visitarme con mill presentes y a danzar. Al cabo de un mes, partíase una nave cargada de trigo, y el capitán della era cibdadano, y había también otros doce cristianos que se habían dellos rescatado, dellos huído, y mandóle la señoría que nos trajese allí hasta Sicilia, dándoles a todos bizcocho y queso, pero a mí no nada, sino mandaron al capitán que no solamente me diese su mesa, mas que me hiciese todos los regalos que pudiese, haciendo cuenta que traía a uno de los siete señores del Chio; y ansi me embarqué y fuimos a un pueblo de Troya, allí cerca, que se llama Smirne, de donde fué Homero, a acabar de cargar trigo la nave para partirnos.

HACIA ITALIA

JUAN.—¿De Troya, la mesma de quien escriben los poetas?

PEDRO.—De la mesma.

MATA.—¿Pues aún es viva la cibdad de Troya?

PEDRO.—No había cibdad que se llamase Troya, sino todo un reino, como si dijésemos España o Francia; que la cibdad principal se llamaba el Ilio, y había otras muchas, entre las cuales fuí a ver una que se llama Pergamo, de donde fué natural el Galeno, que está en pie y tiene dos mill vecinos; pedazos de edificios antiguos hay muchos; pueblos, muy muchos, pero no como Pergamo, ni donde parezca rastro de lo pasado. Los turcos, cuando ven edificios viejos, los llaman “esqui Estambol, la vieja Constantinopla”, y para los edificios que el Gran Turco hace en Constantinopla llevan cuanta piedra hallan en estas antiguallas.

JUAN.—¿Era buena tierra aquélla?

PEDRO.—Una de las muy buenas que he visto, abundosa de pan, vino, carne, y ganado, y lo que demás quisiéredes.

JUAN.—Y qué, ¿aquella es la cibdad de Troya?

PEDRO.—Todo lo demás que oyéredes es fábula.

MATA.—¿No decían que tenía tantas leguas de cerco?

PEDRO.—Es verdad que Troya tiene más de cient leguas de cerco; ¿mas en qué seso cabe que había de haber cibdad que tuviese esto? Solamente el Ileo era la más populosa cibdad y cabeza del reino, y cae en la Asia Menor, y Abido es una ciudad de Troya que la batía la mar, enfrente de Sexto.

MATA.—En fin, eso lleva camino, y hase de dar crédito al que lo ha visto, y no a poetas que se traen el nombre consigo. Y, porque viene a propósito, quiero preguntar de Atenas si la vistes.

PEDRO.—Muy bien.

MATA.—¿Y es como decía, o como Troya? ¿O no hay agora nada?

PEDRO.—La cibdad está en pie, no como solía, sino como Pergamo; de hasta dos mill casas, mas labradas no a la antigua, sino pobremente, como a la morisca.

JUAN.—¿Y hay todavía escuelas?

PEDRO.—Ni en Atenas ni en toda Grecia hay escuela ni rastro de haber habido letras entre los griegos, sino la gente más bárbara que pienso haber habido en el mundo. El más prudente de todos es como el menos de tierra de Sayago. La mayor escuela que hay es como acá los sacristanes de las aldeas, que enseñan leer y dos nominativos; ansí, los clérigos que tienen iglesia, tienen encomendados muchachos que, después que les han enseñado un poco leer y escribir, les muestran cuatro palabras de gramática griega y no más, porque tampoco ellos lo saben.

MATA.—¿Hay alguna diferencia entre griego y gramática griega?

PEDRO.—Griego es su propia lengua que hablan comúnmente, y gramática es su latín griego, como lo que está en los libros.

JUAN.—¿Hay mucha diferencia entre lo uno y lo otro?

PEDRO.—Como entre la lengua italiana y la latina. En el tiempo del florecer de los romanos la lengua común que en toda Italia se hablaba era latina, y esa es la que Cicerón sin estudiar supo, y el vulgo todo de los romanos la hablaba. Vino después a barbarizarse y corromperse, y quedó ésta, que tiene los mismos vocablos latinos, mas no es latina, y así solían llamarse los italianos latinos. En el tiempo de Demóstenes y Eschines, Homero y Galeno y Platón y los demás, en Grecia se hablaba el buen griego, y después vino a barbarizarse y corrompióse de tal manera que no la saben; y guardan los mismos vocablos, salvo que no saben la gramática, sino que no adjetivan. En lo demás, sacados de dos docenas de vocablos bárbaros que ellos usan, todos los demás son griegos. Dirá el buen griego latino: “blepo en aantropon”, “veo un hombre”; dirá el vulgar: “blepo en antropo”. Veis aquí los mismos vocablos sin adjetivar.

JUAN.—De manera que solamente en la congruidad del hablar difieren, que es la gramática. Pregunto: Uno que acá ha estudiado griego, como vos hicistes antes que os fueseis, ¿entenderse ha con los que hablan allá?

PEDRO.—No es mala la pregunta. Sabed que no, ni él a ellos ni ellos a él; porque primeramente ellos no le entienden, por no saber gramática, y tampoco él sabe hablar, porque acá no se hace

caso sino de entender los libros; ni éstos entenderán a los otros, porque como no adjetivan y mezclan algunos vocablos bárbaros, parésceles algarabía, y también como no tienen uso del hablar griego, acá no abundan de vocablos. Eso mesmo es en la italiana, que los latinos que desde acá van, si no lo deprenden no lo entienden, no obstante que algunas palabras les son claras; ni los italianos que no han estudiado entienden sino qualque palabra latina. Bien es verdad que el que sabe el griego vulgar depende más en un año que uno de nosotros en veinte, porque ya se tiene la abundancia de vocablos en la cabeza, y no ha menester más de componerlos como han destar. También el que sabe la gramática deprenderá más presto vulgar que el que no la sabe, por la costumbre que ya tiene de la pronunciación. Yo por mí digo que, sin estudiarla más de como fuí de acá, por deprender la vulgar me hallé que cada vez que quiero hablar griego latín lo hago también como lo vulgar.

MATA.—Debéis de saber tan poco de uno como de otro.

PEDRO.—De todas las cosas sé poco; mas estad satisfecho que hay pocos en Grecia que hablen más elegante y cortesanamente su propia lengua que yo, ni aun mejor pronunciada.

MATA.—El pronunciar es lo de menos.

PEDRO.—No puedo dejar de daros a entender por solo eso la grandísima falta que todos los

bárbaros d'España tienen en lo que más hace al caso en todas las lenguas.

MATA.—¿Qué, el pronunciar?

PEDRO.—¡Si vieseis los letrados que acá presumen, idos en Italia, donde es la policía del hablar, dar que reír a todos cuantos hay, pronunciando siempre *n* donde ha de haber *m*, *b* por *v* y *v* por *b*, comiéndose siempre las postreras letras! Ninguna cosa hay en que más se manifieste la barbarie y poco saber que en el pronunciar, de lo cual los padres tienen grandísima culpa y los maestros más. Veréis el italiano decir cuatro palabras de latín grosero tan bien dichas que aunque el español hable como Cicerón parece todo caçefatones; en respecto dél más valen cuatro palabras bien sabidas que cuanto supo Salomón mal sabido. Una cosa quiero que sepáis de mí, como de quien sabe seis lenguas, que ninguna cosa hay para entender las lenguas y ser entendido más necesaria y que más importe que la pronunciación, porque en todas las lenguas hay vocablos que pronunciados de una manera tienen una significación y de otra manera otra, y si queréis decir cesta, diréis ballesta. Tome uno de vosotros en la cabeza seis vocablos griegos, mal pronunciados, y preguntéselos a un griego qué quieren decir y verá que no le entiende. La mayor dificultad que para la lengua griega tuve fué el olvidar la mala pronunciación que de acá llevé, y sabía hablar elegantemente y no me entendían; después, hablando grosero y bien pronunciado, era entendi-

do. Hay en ello otra cosa que más importa y es que si pasando por un reino sabiendo aquella lengua queréis pasar como hombre del reino, a dos palabras, aunque sepáis muy bien la lengua, sois tomado con el hurto en las manos. Estos son primores que no se habían de tratar con gente como vosotros, que nunca supo salir detrás los tizones, mas yo querría que salieseis y veríais

MATA.—Yo me doy por vencido en eso que decís todo, sin salir, porque a tan clara razón no hay qué replicar.

PEDRO.—Si las primeras palabras que a uno enseñan de latín o griego se las hiciesen pronunciar bien, sin que supiese más hasta que aquellas pronunciase, todos sabrían lo que saben bien sabido; pero tienen una buena cosa los maestros de España: que no quieren que los discípulos sean menos asnos que ellos, y los discípulos también tienen otra: que se contentan con saber tanto como sus maestros y no ser mayores asnos que ellos; y con esto se concierta muy bien la música barbaresca.

JUAN.—Cuestión es y muy antigua, principalmente en España, que tenéis los médicos contra nosotros los teólogos quereros hacer que sabéis más filosofía y latín y griego que nosotros. Cosas son por cierto que poco nos importan, porque sabemos lógica, latín y griego demasadamente; ¿para qué?

PEDRO.—En eso yo concedo que tenéis mucha.

razón, porque para entender los libros en que estudiáis poca necesidad hay de letras humanas.

JUAN.—¿Qué libros? ¿Sancto Tomás, Escoto y esos Gabrieles y todos los más escolásticos? ¿Parésceos mala teología la desos?

PEDRO.—No por cierto, sino muy sancta y buena; pero mucho me contenta a mí la de Cristo, que es el Testamento Nuevo, y en fin, lo positivo, principalmente para predicadores.

JUAN.—¿Y esos no lo saben?

PEDRO.—No sé; al menos no lo muestran en los púlpitos.

JUAN.—¿Cómo lo veis vos?

PEDRO.—Soy contento de decirlo: todos los sermones que en España se tratan, que aquí está Mátalas Callando que no me dejará mentir, son tan escolásticos que otro en los púlpitos no oiréis sino Sancto Tomás dice esto. En la distinción 143, en la cuestión 26, en el artículo 62, en la responsión a tal réplica. Escoto tiene por opinión en tal y tal cuestión que no. Alejandro de Ales, Nicolao de Lira, Juanes Maioris, Gayetano, dicen lo otro y lo otro, que son cosas de que el vulgo gusta poco, y creo que menos los que más piensan que entienden.

JUAN.—¿Pues qué querríais vos?

PEDRO.—Que no se trajese allí otra doctrina sino el Evangelio, y un Crisóstomo, Agustino, Ambrosio, Jerónimo que sobrello escriben; y eso-

tro déjanselo para los estudiantes cuando oyen lecciones.

MATA.—En eso yo soy del bando de Pedro de Urdimalas, que los sermones todos son como él dice y tiene razón.

JUAN.—¿Luego por tan bobos tenéis vos a los teólogos de España, que no tienen ya olvidado de puro sabido el Testamento Nuevo y cuantos expositores tiene?

MATA.—Olvidado, yo bien lo creo; no sé yo de qué es la causa.

PEDRO.—Las capas de los teólogos que predicán y nunca leyeron todos los evangelistas plugiese a Dios que tuviese yo, que pienso que sería tan rico como el Rey, cuanto más los expositores. ¿No acabastes agora de confesar que no era menester para la Teología, Filosofía, latín ni griego?

MATA.—Eso yo soy testigo.

PEDRO.—¿Pues como entenderéis a Crisóstomo y Basilio, Jerónimo y Agustino?

JUAN.—¿Luego Sancto Tomás y Escoto no supieron Filosofía?

PEDRO.—De la sancta mucha.

JUAN.—No digo sino de la natural.

PEDRO.—Desa no por cierto mucha, como por lo que escribieron della consta. Pues latín y griego, por los cerros de Ubeda.

JUAN.—Ya comenzáis a hablar con pasión. Hablemos en otra cosa.

PEDRO.—¿No está claro que siguieron al comentador Averroes y otros bárbaros que no alcanzaron filosofía, antes ensuciaron todo el camino por donde la iban los otros a buscar?

MATA.—¿Qué es la causa porque yo he oído decir que los médicos son mejores filósofos que los teólogos?

PEDRO.—Porque los teólogos siempre van atados tanto a Aristóteles, que les parece como si dijese: El Evangelio lo dice, y no cale irles contra lo que dijo Aristóteles, sin mirar si lleva camino, como si no hubiese dicho mill cuentos de mentiras; mas los médicos siempre se van a viva quien vence por saber la verdad. Cuando Platón dice mejor, refutan a Aristóteles; y cuando Aristóteles, dicen libremente que Platón no supo lo que dijo. Decid, por amor de mí, a un teólogo que Aristóteles en algún paso no sabe lo que dice, y luego tomará piedras para tirarlos; y si le preguntáis por qué es verdad esto, responderá con su gran simpleza y menos saber que porque lo dijo Aristóteles. ¡Mirad, por amor de mí, qué filosofía pueden saber!

JUAN.—Ya yo hago como dicen orejas de mercader, porque me parece que jugáis dos al moño. Acabemos de saber el viaje.

PEDRO.—Soy dello contento, porque ya me parece que os vais corriendo. Acabada de cargar la nave, fuimos en la isla del Samó, adonde nos tomó una tormenta y nos quedamos allí por tres

días, que es del Chío veinte leguas, la cual es muy buena tierra, mas no está poblada.

JUAN.—¿Por qué? ¿Qué comíais allí?

PEDRO.—Gallinas y ovejas comíamos, que hallábamos dentro. Desde el tiempo de Barbarroja comenzaron a padecer mucho mal todos los que habitaban en muchas islas que hay por allí, que llaman del Arcipiélago, y hartos de padecer tanto mal como aquel perro les hacía, dejaron las islas y fuéronse a poblar otras tierras, y como dejaron gallinas y ganados allí, hase ido multiplicando y está medio salvaje, y los que por allí pasan, saltando en tierra hallan bien qué cazar, y no penséis que son pocas las islas, que más he yo visto de cincuenta.

MATA.—¿Pues cuyas son esas aves y ganados?

PEDRO.—De quien lo toma; ¿nos digo que son despobladas habrá quince años?

JUAN.—¿Y no lo sabe eso el Gran Turco?

PEDRO.—Sí; pero ¿cómo pensáis que lo puede remediar? Algunas cosas habrá hecho Andrea de Oria que, aunque las sepa el Emperador, son menester disimular. De allí fuimos a Milo, otra isla, y de allí pasamos una canal entre Micolo y Tino, dos islas pobladas, y con un gran viento contrario no podimos en tres días pasar adelante a tomar tierra, y dimos al cabo con nosotros en la isla de Deló, que aunque es pequeña, es de todos los escritores muy celebrada, porque estaba allí el templo de Apolo, adonde concurría cada año toda la Grecia.

JUAN.—¿Esa es la isla de Delo? ¿Y hay agora algún rastro de edificio?

PEDRO.—Más ha habido allí que en toda Grecia, y hoy en día aun hay infinitos mármoles que sacar, y los lleva quien quiere, y antiguallas muchas se han hallado y hallan cada día. De allí fuimos a la isla de Sira, donde hay un buen pueblo, y vi las mujeres, que no traen más largas las ropas que hasta las espinillas, y cuando sienten que hay cosarios, todas salen valerosamente con espadas, lanzas y escudos, mejor que sus maridos, a defenderse y que no les lleven el ganado que anda paciendo riberas del mar. Dimos con nosotros luego en Cirigo, y de allí a Paris y Neesia, dos buenas islas, y pasamos a vista de Candía, y echamos áncoras en Cabo de Sant Angelo, que llaman Puerto Coalla por la multitud de las codornices que los albaneses toman por allí, que se desembarcan cuando van a tierras calientes y se embarcan para venir a criar acá. Luego nos engolfamos en el golfo de Venecia, que llaman el Sino Adriático, con muy buen tiempo, y veníamos cazando, con mucho pasatiempo.

MATA.—Tened punto; ¿qué cazabais en el golfo?

PEDRO.—Codornices, tórtolas, destos pájaros verdes y otras diferencias de aves, que se venían por la mar, siendo mes de abril, para criar acá.

MATA.—Bien puede ello ser verdad; mas yo no creo que en medio del golfo puedan cazar otro sino mosquitos, ni aun tampoco creo que tengan

tanto sentido las aves que una vez van, que tornen a volver acá.

PEDRO.—No solamente volver podéis tener por muy averiguado, mas aun a la misma tierra y lugar donde había estado, y no es cosa de poetas ni historias, sino que por experiencia se ha visto en golondrinas y en otras muchas aves, que siendo domésticas les hacen una señal y las conocen el año adelante venir a hacer nidos en las mismas casas; pues de las codornices no queráis más testigo de que tres leguas de Nápoles hay una isla pequeña, que se dice Crapi, y el obispo della no tiene de otra cosa quinientos escudos de renta sino del diezmo de las codornices que se toman al ir y venir, y no solamente he yo estado allí, pero las he cazado, y el obispo mesmo es mi amigo.

JUAN.—Muchas veces lo había oído y no lo creía; mas agora, como si lo viese. También dicen que llevan cuando pasan la mar alzada el ala por vela, para que, dándoles el viento allí, las lleve como navíos.

PEDRO.—La mayor parte del mar que ellas pasan es a vuelo. Verdad es que cuando se cansan se ponen encima del agua, y siempre van gran multitud en compañía, y si hay fortunoso viento y están cansadas, alzan, como decís, sus alas por vela; y de tal manera habéis de saber que es verdad, que la vela del navío creo yo que fué inventada por eso, porque es de la misma hechura; las que cazábamos era porque, revolviéndose una fortuna muy grande en medio el golfó, todas se aco-

gían a la nao, queriendo más ser presas que muertas, y aunque no hubiese fortuna, se meten dentro los navíos para pasar descansadas; los marineros llevan unas cañas largas con un lacico al cabo con que las pescan, y van tan domésticas. Ende más, si hay fortuna que se dejaran tomar a manos; de golondrinas no se podían valer de noche los marineros, que se les asentaban sobre las orejas y narices, y cabeza y espaldas, que harto tenían que ojear como pulgas.

MATA.—No es menos que desmentir a un hombre no creer lo que dice que el mismo vió, y si hasta aquí no he creído algunas cosas, ha sido por lo que nos habéis motejado con razón de nunca haber salido de comer bollos; y al principio parecen dificultosas las cosas no vistas; mas yo me sujeto a la razón. ¿De aquel golfo adónde fuistes a parar?

PEDRO.—Adonde no queríamos; mal de nuestro grado, dimos al través con la fortuna, tan terrible cual nunca en la mar han visto marineros, un Jueves Sancto, que nunca se me olvidará, en una isla de venecianos que se llama el Zante, la cual está junto a otra que llaman la Chefalonia, las cuales divide una canal de mar de tres leguas en ancho.

MATA.—¡Oh, pecador de mí! ¿Aun no son acabadas las fortunas?

JUAN.—Cuasi en todas esas partes cuenta Sant Lucas que peligró Sant Pablo en su peregrinación.

PEDRO.—¿Y el mesmo no confiesa haber dado

tres veces al través y sido azotado otras tantas? Pues yo he dado cuatro y sido azotado sesenta, porque sepáis la obligación en que estoy a ser bueno y servir a Dios. Ayudáronnos otras tres naves a sacar la nuestra, que quiso Dios que encalló en un arenal, y no se hiciese pedazos, y tuvimos allí con gran regocijo la Pascua, y el segundo día nos partimos para Sicilia, que tardamos otros seis días con razonable tiempo, aunque fortunoso; pero aquéllo no es nada, que, en fin, en la mar no pueden faltar fortunas a cuantos andan dentro. Llegamos en el Faro de Mecina, donde está Cila y Caribdi, que es un mal paso y de tanto peligro que ninguno, por buen marinero que sea, se atreve a pasar sin tomar un piloto de la misma tierra, que no viven de otro sino de aquello.

JUAN.—¿Qué cosa es Faro?

PEDRO.—Una canal de mar de tres leguas de ancho que divide a Sicilia de Calabria, llena de remolinos tan diabólicos que se sorben los navíos, y tiene éste una cosa más que otras canales: que la corriente del agua una va a una parte y otra a otra, que no hay quien le tome el tino, y Cila es un codo que hace junto a la cibdad la tierra, el cual, por huir de otro codo que hace a la parte de Calabria, como las corrientes son contrarias, dan al través y se pierden los navíos.

JUAN.—¿Y las otras canales no son también así?

PEDRO.—No, porque todas las otras, aunque tienen corriente, no es diferente, sino toda a un lado.

¿No os espantaría si vieseis un río que la mitad dél, cortándole a la larga, corra hacia bajo y el otro hacia riba?

MATA.—¿Eso es lo de Cilla y Caribdin?

PEDRO.—Eso mesmo.

JUAN.—Espantosa cosa es y digna que todos fuesen a verla solamente. Dícese de Aristótiles que por sólo verla fué de Atenas allá.

MATA.—¿Qué, tanto hay?

PEDRO.—No es mucho, serán trecientas leguas.

MATA.—A mí me parece que iría quinientas por ver la menor cosa de las que vos habéis visto, si tuviese seguridad de las galeras de turcos.

JUAN.—Llegados ya en salvamento en Sicilia, ¿grande contentamento terníais por ver que ya no había más peligros que pasar?

EN MESINA

PEDRO.—¿Cómo no? El mayor y más venturoso estáis por oír. En todas las cibdades de Sicilia tienen puestos guardianes, que llaman de la sanidad, y más en Mecina, donde yo llegué; para que todos los que vienen de Levante, adonde nunca falta pestilencia, sean defendidos con sus mercancías entrar en poblado, para que no se pegue la pestilencia que dicen que traen; y éstos, cuando viene alguna nave, van luego a ella y les ponen grandes penas de parte del Virrey que no se desembarque nadie; si tiene de pasar adelante, envía por tercera persona a comprar lo que ha menester, y vase.

Si quiere descargar allí el trigo, algodón o cueros que comúnmente traen, habida licencia que descargue, lo tiene de poner todo en el campo, para que se oree y exhale algún mal humor si trae, y todas las personas ni más ni menos.

MATA.—Cosa me parece esa muy bien hecha, y en que mucho servicio hacen los gobernadores a Dios y al Rey.

PEDRO.—Muchas cosas hay en que se serviría Dios y la república si fuesen con buen fin ordenadas; mas cuando se hacen para malo, poco merecen en ello. No hay nave que no le cueste esto que digo cuatrocientos ducados, que podrá ser que no gane otros tantos.

JUAN.—Pues ¿en qué?

PEDRO.—En las guardas que tiene sobre sí para que no comuniquen con los de la tierra.

MATA.—¿Y esas no las paga la mesma cibdad?

PEDRO.—No, sino el que es guardado.

MATA.—Pues ¿en qué ley cabe que pague yo dineros porque se guarden de mí? ¿Qué se me da a mí que se mueran ni vivan?

PEDRO.—Ahí podréis ver lo que yo os digo. ¿Ha visto ninguno de vosotros buena fruta de sombrío donde nunca alcanza el sol?

MATA.—Yo no.

JUAN.—Ni yo tampoco.

PEDRO.—Pues menos veréis justicia recta ni que tenga sabor de justicia donde no está el Rey, porque si me tengo de ir a quejar de un agravio quinientas leguas, gastaré doblado que el principal.

y así es mejor perder lo menos. Ante todas cosas tiene de pagar cada día ocho reales a ocho moros que revuelvan la mercancía y la descarguen.

MATA.—¿Para qué la han de revolver?

PEDRO.—Para que se oree mejor y no quede escondida la landre entre medias. Tras esto otros dos guardianes, que les hagan hacerlo, a dos reales cada día, que son cuatro, y un escudo cada día a la guarda mayor, que sirve de mirar si todos los demás hacen su oficio.

JUAN.—¿Y cuántos días tiene esa costa hasta que le den licencia que entre en la cibdad?

PEDRO.—El que menos ochenta, si trae algodón o cueros; si trigo, la mitad.

MATA.—Bien empleado es eso en ellos, porque no gastan cuanto tienen en informar al Rey dello.

PEDRO.—También quiero que sepáis que no es mejor guardado el monumento de la Semana Santa, con más chuzones, broqueles y guazamalletas, y aunque alguno quiera desembarcarse sin licencia, éstos no le dejan. No teniendo yo mercancías, ni qué tomar de mí, no me querían dejar desembarcar, y el capitán de mi nao determinó venir a Nápoles con el trigo y otras tres naves de compañía, y como yo había de venir a Nápoles, díjome que me venía bien haber hallado quien me trajese cient leguas más sin desembarcarme. Yo se lo agradescí mucho, y comenzaron a sacar las áncoras para no partir. Pasó por junto a la nao un bergantín, y no sé qué se me antojó preguntarle dónde venía. Respondió que de Nápoles. Díjele qué

nueva había. Respondió que diez y nueve fustas de turcos andaban por la costa. Como soy razonable marinero, dije al capitán que dónde quería partirse con aquella nueva tan mala. Díjome que donde había cuatro' naves juntas qué había qué temer. Conosciendo yo que los rogocezes, venecianos y ginoveses valían poco para la batalla, y que necesariamente, si nos topaban, éramos presos, hice cómo que se me había olvidado de negociar una cosa que mucho importaba en la cibdad, y pí-dile de merced, sobre todas las que me había hecho, que me diese un batel de la nave para ir en tierra a encomendar a aquellos que guardaban que nadie se desembarcase que los negociasen por mí, y que luego en la hora me volvería sin poner el pie en tierra.

MATA.—¿Qué cosa es batel, que muchas veces lo he oído nombrar?

PEDRO.—Como la nave y la galera son tan grandes, no pueden estar sino adonde hay mucho hondo, y cuando quieren saltar en tierra, en ninguna manera puede acercarse tanto que llegue adonde haya tierra firme, y por eso cada navío grande trae dos barcas pequeñas dentro, la una mayor que la otra, con las cuales, cuando están cerca de tierra, van y vienen a lo que han menester, y éstas se llaman "bateles". Fué tanta la importación que yo tuve porque me diese el batel, que aunque cierto le venía muy a trasmano, lo hubo de hacer con condición que yo no me detuviese. Sería un tiro de arcabuz de donde la nao estaba

a tierra, y dije a mi compañero y a otros dos que habían sido cautivos que se metiesen conmigo dentro el batel, y caminamos; cuando yo me vi tres pasos de tierra, no curé de aguardar que nos acercásemos más, sino doy un salto en la mar y luego los otros tras mí; cuando las guardias me vieron, vienen luego con sus lanzones a que no me desembarcase sin licencia, y quisieron hacerme tornar a embarcar por fuerza. Yo dije a los marineros que se fuesen a su nave y dijese al capitán que le besaba las manos, y por cierto impedimento no podía por el presente partirme, que en Nápoles nos veríamos; como tanto porfiaban las guardas fué menester hacerles fieros, y decir que aunque les pesase habíamos destar allí. Fueron presto a llamar los jurados, que son los que gobiernan la cibdad, y vinieron los más enojados del mundo, y cuando yo los vi tan soberbios, determiné de hablarles con mucho ánimo; y en preguntando que quién me había dado licencia para desembarcarme, respondí que yo me la había tomado, que siendo tierra del Emperador y yo su vasallo, podía estar en ella tan bien como todos ellos. “Donosa cosa—digo—es que si yo tengo en esta ciudad algo que negociar, que no lo pueda hacer sino irme a Nápoles y dejarlo.” Dijeron que estaban por hacerme luego ahorcar. Yo les dije que podían muy bien, mas que sus cabezas guardarían las nuestras; fuéronse gruñendo, y mandaron que, so pena de la vida, no saliésemos de tanto espacio como dos eras de trillar hasta que fuese

por ellos mandada otra cosa, y ansí estuve allí junto a los otros que tenían sus mercaderías en el campo, con muy mayor guarda y más mala vida y más hambre que en todo el cautiverio.

MATA.—¿Cuántos días?

PEDRO.—Veinte y ocho.

JUAN.—¿Y en qué dormíais?

PEDRO.—Dos cueros de vaca de aquellos que tenían los mercaderes me sirvieron todo este tiempo de cama y casa, puestos como cueva, de suerte que no podía estar dentro más de hasta la cintura, dejando lo demás fuera, al sol y al aire.

MATA.—¿Pues la cibdad, siquiera por limosna, no os daba de comer?

PEDRO.—Maldita la cosa, sino que padescí más hambre que en Turquía; y para más encubrir su bellaquería, a cuantos traían cartas que dar en Mecina, se las tomaban y las abrían, y quitándoles el hilo con que venían atadas y tendiéndolas en tierra, rociábanlas con vinagre, diciendo que con aquello se les quitaba todo el veneno que traían, y la mayor bellaquería de todas era que a los que no tenían mercaderías y eran pobres solíanles dar licencia dentro de ocho días; pero a mí, por respecto que los mercaderes no se quejasen diciendo que por pobre me dejaban y a ellos por ricos los detenían más tiempo, me hicieron estar como a ellos, y cada día me hacían lavar en la mar el capote y camisa, y a mí mesmo.

JUAN.—Si queríais traer algo del pueblo, ¿no había quién lo hiciese?

PEDRO.—Aquellos guardianes lo hacían mal y por mal cabo, sisando como yo solía.

MATA.—¿Qué os guardaban esos?

PEDRO.—¿No tengo dicho que no se juntase nadie conmigo a hablar? Si me venía algún amigo de la cibdad a ver, no le dejaban por espacio de doce pasos llegar a mí, sino a voces le saludaba, y él a mí.

JUAN.—¿De modo que no podía haber secreto?

PEDRO.—Y las mismas guardas tampoco se juntaban a mí, sino tiraba el real como quien tira una piedra y decíales a voces: “Traedme esto y esto.” El tercero día que estaba en esta miseria, que voy a la mayor de todas las venturas, vino a mí un hermano del capitán de la nave en que había yo venido, y díjome: “Habéis habido buena ventura.” Dígole: “¿Cómo?” Dice: “Porque las fustas de los turcos han tomado la nave y otras tres que iban con ella, y veis aquí esta carta que acabo de rescibir de mi hermano Rafael Justiniano, el capitán, que le provea luego mill ducados de rescate.” Ya podéis ver lo que yo sintiera.

MATA.—Grande placer, por una parte, de veros fuera de aquel peligro, y pesar de ver presos a vuestros amigos, sabiendo el tratamiento que les habían de hacer.

JUAN.—¡Oh, poderoso Dios, cuán altos son tus secretos! Y, como dice Sant Pablo, tienes misericordia de quien quieres y endureces a quien quieres.

PEDRO.—Sin Sant Pablo, lo dijo primero Cristo

a Nicodemus, aquel príncipe de judíos: "Espiritus ubi vult, spirat." Luego fué en el Chio y en Constantinopla la nueva de cómo yo era preso, que no dió poca fatiga y congoja a mis amigos, según ellos me contaron cuando vinieron.

JUAN.—¿Cómo supieron la nueva?

PEDRO.—Como el capitán era de Chio y la nave también, y me habían metido a mí dentro, viendo tomada la nao, señal era que había yo de ser tomado también. ¿Quién había de imaginar que yo me había de quedar en Sicilia sin tener que hacer y dejar de venir en la nave que de tan buena gana y tan sin costa me traía?

EL VIAJE POR ITALIA

MATA.—¿Después vinistes por mar a Nápoles?

PEDRO.—No, sino por tierra. ¿Por tan asno me tenéis que había por estonces de tentar más a Dios?

JUAN.—¿Cuántas leguas son?

PEDRO.—Ciento, toda Calabria.

MATA.—¿A tal anda don García o en la mula de los fraires?

PEDRO.—No, sino a caballo con el percacho.

MATA.—¿No decíais agora poco ha que no teníais blanca?

PEDRO.—Fíome una señora, mujer de un capitán que había estado preso conmigo, que en llegando a Nápoles pagaría, porque allí tenía amigos.

MATA.—¿Qué es percacho?

PEDRO.—La mejor cosa que se puede imaginar; un correo, no que va por la posta, sino por sus jornadas, y todos los viernes del mundo llega en Nápoles, y parte los martes y todos los viernes llega en Mecina.

MATA.—¿Cien leguas de ida y otras tantas de vuelta hace por jornadas en ocho días?

PEDRO.—No habéis de entender que es uno, sino cuatro que se cruzan, y cada vez entra con treinta o cuarenta caballos, y veces hay que con ciento, porque aquella tierra es montañosa, toda llena de bosques, y andan los salteadores de ciento en ciento, que allá llaman “fuera exidos”, como si acá dijésemos encartados y rebeldes al rey; y este percacho da cabalgaduras a todos cuantos fueren con él por seis escudos cada una, en estas cien leguas, y van con éste seguros de los “fuera exidos”.

JUAN.—¿Y si los roban percacho y todo, qué seguridad tienen?

PEDRO.—El pueblo más cercano adonde los roban es obligado a pagar todos los daños, aunque sean de gran cuantía.

JUAN.—¿Qué culpa tiene?

PEDRO.—Es obligado cada pueblo a tener limpio y muy guardado su término dellos, que muchos son de los mismos pueblos; y porque saben que sus parientes, mujeres y hijos lo tienen de pagar no se atreven a robar el percacho; y si

esto no hiciesen ansí, no sería posible poder hombre ir por aquel camino.

MATA.—¿Qué dan a esos percachos porque tengan ese oficio?

PEDRO.—Antes él da mill ducados cada año porque se le dejen tener, que son derechos del correo mayor de Nápoles, el cual de solos percachos tiene un cuento de renta.

JUAN.—¿Tan grande es la ganancia que se sufre arrendar?

PEDRO.—De sólo el porte de las cartas saca los mill ducados, y es el cuento que si no lleva porte la carta no hayáis miedo que os la den, sino dejársela en la posada.

JUAN.—Grande trabajo será andar a dar tantas cartas en una cibdad como Nápoles o Roma.

PEDRO.—El mayor descanso del mundo, porque se hace con gran orden, y todas las cosas bien ordenadas son fáciles de hacer; en la posada tienen un escribano que toma todos los nombres de los sobreescritos para quien vienen las cartas, y pónelos por minuta, y en cada carta pone una suma de guarismo, por su orden, y pónelas todas en un cajón hecho aposta como barajas de naipes, y el que quiere saber si tiene cartas mira en la minuta que está allí colgada y hallará: Fulano, con tanto de porte, a tal número, y va al escribano y dícele: “Dadme una carta.” Pregúntale: “¿A cuántas está?” Luego dice: “A tantas”; y en el mesmo puncto la halla.

MATA.—En fin, acá todos somos bestias, y en todas las habilidades nos exceden todas las naciones extranjeras; ¡dadme, por amor de mí, en España, toda cuan grande es, una cosa tan bien ordenada!

PEDRO.—No hay caballero ni señor ninguno que no se precie de ir con el percacho, y a todos los que quieren hace la costa, porque no tengan cuidado de cosa ninguna más de cabalgar y apearse, y no les lleva mucho, y dales bien de comer.

JUAN.—¿Y solamente es eso en Calabria?

PEDRO.—En toda Italia, de Nápoles a Roma, de Génova a Venecia, de Florencia a Roma, toda la Apulla y cuanto más quisiéredes.

JUAN.—¿Deben ser grandes los tratos de aquella tierra?

PEDRO.—Sí son; pero también son grandes los de acá y no lo hacen; la miseria de la tierra lo lleva, a mi parescer, que no los tratos.

JUAN.—¿Mísera tierra os parece España?

PEDRO.—Mucho en respecto de Italia; ¿parésceos que podría mantener tantos ejércitos como mantiene Italia? Si seis meses anduviesen cincuenta mill hombres dentro la asolarían, que no quedase en ella hanega de pan ni cántaro de vino, y con esto me parece que nos vamos a acostar, que tañen los fraires a media noche, y no menos cansado me hallo de haberos contado mi viaje que de haberle andado.

JUAN.—¡Oh, pecador de mí! ¿Y a medio tiempo os queréis quedar como esgrimidor?

PEDRO.—Pues, señores, ya yo estaba en libertad, en Nápoles. ¿Qué más queréis?

MATA.—Yo entiendo a Juan de Voto a Dios; quiere saber lo que hay de Nápoles aquí para no ser cogido en mentira, pues el propósito a que se ha contado el viaje es para ese efecto, después de la grande consolación que hemos tenido con saberlo; gentil cosa sería que dijese haber estado en Turquía y Judea y no supiese por dónde van allá y el camino de en medio; diríanle todos con razón que había dado salto de un extremo a otro sin pasar por el medio, por alguna negromancia o diabólica arte que tienen todos por imposible; a lo menos conviene que de todas esas cibdades principales que hay en el camino hasta acá digáis algunas particularidades comunes, entretanto que se escalfa la cama para que os vais a reposar, y yo quiero el primero sacaros a barrera. ¿Qué cosa es Nápoles? ¿Qué, tan grande es? ¿Cuántos castillos tiene? ¿Hay en ella muchas damas? ¿Cómo habéis prosiguido el viaje hasta allí? ¡Llevalle al cabo!

PEDRO.—Con que me deis del codo de rato en rato, soy dello contento.

MATA.—¿Tanto pensáis mentir?

PEDRO.—No lo digo sino porque me carga el sueño; hallé muchos amigos y señores en Nápoles que me hicieron muchas mercedes, y allí descansé, aunque caí malo siete meses; y no tenía poca necesidad dello, según venía de fatigado; es

una muy gentil cibdad, como Sevilla del tamaño, proveída de todas las cosas que quisiéredes, y en buen precio; tiene muy grande caballería y más principes que hay en toda Italia.

MATA.—¿Quiénes son?

PEDRO.—Los que comúnmente están ahí, que tienen casas, son: el príncipe de Salerno, el príncipe de Vesignano, el príncipe d'Estillano, el príncipe de Salmona, y muchos duques y condes; ¿para qué es menester tanta particularidad? Tres castillos principales hay en la cibdad: Castilnovo, uno de los mejores que hay en Italia, y San Telmo, que llaman Sant Martín, en lo alto de la cibdad, y el castillo del Ovo, dentro de la mesma mar, el más lejos de todos.

MATA.—Antes que se nos olvide, no sea el mal de Jerusalem, ¿llega allí la mar?

PEDRO.—Toda Nápoles está en la mesma ribera, y tiene gentil puerto, donde hay naves y galeras, y llámase el muelle; los napolitanos son de la más pulida y diestra gente a caballo que hay entre todas las naciones, y crían los mejores caballos, que lo de menos que les enseñan es hacer la reverencia y bailar; calles comunes, la plazuela del Olmo, la rua Catalana, la Vicaría, el Chorillo.

MATA.—¿Es de ahí lo que llaman soldados chorrillos?

PEDRO.—Deso mesmo; que es como acá llamáis los bodegones, y hay muchos galanes que no quie-

ren poner la vida al tablero, sino andarse de capitán en capitán a saber cuándo pagan su gente para pasar una plaza y partir con ellos, y beber y borrachear por aquellos bodegones; y si los topáis en la calle tan bien vestidos y con tanta crianza, os harán picar pensando que son algunos hombres de bien.

MATA.—¿Qué frutas hay las más mejores y comunes?

PEDRO.—Melocotones, melones y moscateles, los mejores que hay de aquí a Jerusalem, y unas manzanas que llaman perazas, y esto creed que vale harto barato.

MATA.—¿Qué vinos?

PEDRO.—Vino griego, de la montaña de Soma, y latino y brusco, lágrima y raspada.

MATA.—¿Qué carnes?

PEDRO.—Volatería hay poca, si no es codornices, que esas son en mucha cantidad, y tórtolas y otros pájaros; perdices pocas, y aquellas a escudo; gallinas y capones y pollos, harto barato.

MATA.—¿Hay carnero?

JUAN.—¡Oh, bien haya la madre que os parió, que tan bien me sacáis de vergüenza en el preguntar; agora digo que os perdono cuanto mal me habéis hecho y lo por hacer!

PEDRO.—No es poca merced que os hace en eso.

MATA.—Tampoco es muy grande.

PEDRO.—¿No? ¿Perdonar lo que está por hacer?

MATA.—Con cuantos con él se confiesan lo suele

tener por costumbre hacer cuando ve que se le seguirá algún interese.

PEDRO.—No puede dejar de cuando en cuando de dar una puntada.

JUAN.—Ya está perdonado; diga lo que quisiere.

PEDRO.—Pues desa manera, yo respondo que no solamente en Nápoles, pero en toda Italia no hay carnero bueno, sino en el sabor como acá carne de cabra; lo que en su lugar allá se come es ternera, que hay muy mucha y en buen precio y donísima.

MATA.—¿Pescados?

PEDRO.—Hartos hay, aunque no de los de España, como son congrios, salmones, pescados seciales; destes no se pueden haber, y son muy estimados si alguno los envía desde acá de presente; sedas valen en buen precio, porque está cerca de Calabria, donde se hace más que en toda la cristiandad; pero paño hay bueno y no muy caro; principalmente raja de damas, es tierra mal proveída.

MATA.—¿Cómo? ¿No hay mujeres?

PEDRO.—Hartas; pero las más feas que hay de aquí allá, y con esto podréis satisfacer a todas las preguntas.

MATA.—¿Qué iglesias hay principales?

PEDRO.—Monte Oliveto, Santiago de los Españoles, Pie de Gruta, Sant Laurencio y otras mil. De ahí vine en Roma, con propósito de holgarme

allí medio año, y vila tan revuelta, que quince días me pareció mucho, en los cuales vi tanto como otro en seis años, porque no tenía otra cosa que hacer. Desta poco hay que decir, porque un libro anda escrito que pone las maravillas de Roma. Un día de la Ascensión vi toda la sede apostólica en una procesión.

MATA.—¿Vistes al Papa?

PEDRO.—Sí, y a los cardenales.

MATA.—¿Cómo es el Papa?

PEDRO.—Es de hechura de una cebolla, y los pies como cántaro. La más necia pregunta del mundo; ¿cómo tiene de ser, sino un hombre como los otros? Que primero fué cardenal y de allí le hicieron Papa. Sola esta particularidad sabed, que nunca sale sobre sus pies a ninguna parte, sino llévanle sobre los hombros, sentado en una silla.

MATA.—¿Qué hábito traen los cardenales?

PEDRO.—En la procesión, unas capas de coro, de grana, y bonetes de lo mesmo. A palacio van en unas mulazas, llenas de chatones de plata; cuando pasan por debajo del castillo de Sant Angel les tocan las cherimías, lo que no hacen a otro ningún obispo ni señor; fuera de la procesión, por la cibdad, muchos traen capas y gorras, con sus espadas.

JUAN.—¿Todos los cardenales?

PEDRO.—No, sino los que pueden servir damas, que los que no son para armas tomare estánse en casa; algunos van disfrazados dentro de un ca-

rro triunfal, donde van a pasear damas, de las cuales hay muchas y muy hermosas, si las hay en Italia.

MATA.—¿De buena fama o de mala fama?

PEDRO.—De buena fama hay muchas matronas en quien está toda la honestidad del mundo, aunque son como serafines; de las enamoradas, que llaman cortesanas, hay ¿qué tantas pensáis?

MATA.—No sé.

PEDRO.—Lo que estando yo allí vi por experiencia quiero decir, y es que el Papa mandó hacer minuta de las que había, porque tiene de cada una un tanto, y hallóse que había trece mill, y no me lo creáis a mí, sino preguntadlo a cuantos han estado en Roma, y muchas de a diez ducados por noche, las cuales tenían muchos negociantes echados al rincón de puros alcanzados, y haciendo mohatras, cuando no podían simonías; yo vi a muchos arcidianos, deanes y priores, que acá había conocido con mucho fausto de mulas y mozos, andar allá con una capa llana y gorra comiendo de prestado, sin mozo ni haca, medio corriendo por aquellas calles como andan acá los citadores.

MATA.—¿Capa y gorra siendo dignidades?

PEDRO.—Todos los clérigos, negociantes, si no es alguno que tenga largo que gastar, traen capa algo larga y gorra, y plugiese a Dios que no hiciesen otra peor cosa, que bien se les perdonaría.

JUAN.—¿De qué procede que en habiendo estado

uno algunos años en Roma luego viene cargado de calongías y deanazgos y curados?

PEDRO.—Habéis tocado buen punto; éstos que os digo, que, por gastar más de lo razonable, andan perdidos y cambiando y recambiando dineros que paguen acá de sus rentas, toman allá de quien los tenga quinientos ducados o mill prestados, por hacerle buena obra, y como no hay ninguno que no tenga, juntamente con la dignidad, alguna calongía o curado anejo, por la buena obra rescibida del otro le da luego el regreso, y nunca más el acreedor quiere sus dineros, sino que él se los hace de gracia, y cuando los tuviere sobrados se los pagará.

JUAN.—Esa, simonía es en mi tierra, encubierta.

MATA.—¡Oh, el diablo! Aunque estotro quiera decir las cosas con crianza y buenas palabras, no le dejaréis.

PEDRO.—¿Pues pensábais que traían los beneficios de amistad que tuviesen con el Papa? Hagos saber que pocos de los que de acá van le hablan ni tienen trabacuentas con él.

JUAN.—¿Pues cómo consiente eso el Papa?

PEDRO.—¿Qué tiene de hacer, si es mal informado? ¿Ya no responde: “si sic est fiat”?, más de cuatro que vos conoscéis, cuyos nombres no os diré, que tenían acá bien de comer, comerían allá si tuviesen, que yo pensaba que la galera era el infierno abreviado, pero mucho más semejante me pareció Roma.

MATA.—¿Es tan grande como dicen, que tenía cuatro leguas de cerco y siete montes dentro?

PEDRO.—De cerco solía tener tanto, y hoy en día lo tiene; pero mucho más sin comparación es lo despoblado que lo poblado. Los montes es verdad que allí se están, donde hay agora huertas y jardines. Las cosas que, en suma hay, insignes son: primeramente, concursos de todas las naciones del mundo; obispos de a quince en libra sin cuento. Yo os prometo que en Roma y el reino de Nápoles que pasan de tres mill obispos de docientos a ochocientos ducados de renta.

MATA.—¿Esos tales serán de Sant Nicolás?

PEDRO.—Y aun menos, a mi parescer; porque si no durase tan poco, tanto es obispo de Sant Nicolás como cardenal al menos. Ruin sea yo si no está tan contento como el Papa. Las estaciones en Roma de las siete iglesias es cosa que nadie las deja de andar, por los perdones que se ganan.

JUAN.—¿Cuáles son?

PEDRO.—Sant Pedro y Sant Pablo, Sant Juan de Letrán y Sant Sebastián, Sancta María Mayor, Sant Lorenzo, Sancta Cruz. Bien es menester, quien las tiene de andar en un día, madrugar a almorzar, porque hay de una a otra dos leguas; al menos de Sant Juan de Letrán a Sant Sebastián.

JUAN.—Calles, ¿cuáles?

PEDRO.—La calle del Populo, la plaza In agona, los Bancos, la Puente, el Palacio Sacro, el castillo de Sant Angelo, al cual desde el Palacio Sacro se puede ir por un secreto pasadizo.

MATA.—¿Es en Sant Pedro el palacio?

PEDRO.—Sí.

JUAN.—Sumptuosa cosa será.

PEDRO.—Soberbio es por cierto, ansi de edificios como de jardines y fuentes y plazas y todo lo necesario, conforme a la dignidad de la persona que dentro se aposenta.

MATA.—¿Caros valdrán los bastimentos por la mucha gente?

PEDRO.—Más caros que en Nápoles; pero no mucho.

MATA.—¿Tiene mar Roma o no? Esto nunca se ha de olvidar.

PEDRO.—Cinco leguas de Roma está la mar, y pueden ir por el río Tíber abajo, que va a dar en la mar, en barcas y en bergantines, que allá llaman "fragatas", en las cuales traen todo lo necesario a Roma.

JUAN.—Cosa de grande majestad será ver aquellas audiencias. ¿Y la Rota?

PEDRO.—No es más ni aun tanto que la Chancillería y el Consejo Real. Ansí, tienen sus salas donde oyen. De las cosas más insignes que hay en Roma que ver es una casa y huerta que llaman la Viña del Papa Julio, en donde se ven todas las antiguallas principales del tiempo de

los romanos que se pueden ver en toda Roma, y una fuente que es cosa digna de ir de aquí allá a sólo verla; la casa y huerta son tales que yo no las sabré pintar, sino que al cabo de estar bobo mirándola no sé lo que me he visto; digo, no lo sé explicar. Bien tengo para mí que tiene más que ver que las siete maravillas del mundo juntas.

JUAN.—¿Qué tanto costaría?

PEDRO.—Ochocientos mill ducados, dicen los que mejor lo saben; pero a mí me parece que no se pudo hacer con un millón.

JUAN.—¿Y quién la goza?

PEDRO.—Un pariente del Papa; pero el que mejor la goza es un casero, que no hay día que no gane más de un escudo a sólo mostrarla, sin lo que se le queda de los banquetes que los cardenales, señores y damas cada día hacen allí.

JUAN.—Pues ¿cómo no la dejó al Pontificado una cosa tan admirable y de tanta costa? Más nombrada fuera si siempre tuviera al Papa por patrón.

PEDRO.—No sé; más quiso favorescer a sus parientes que a los ajenos.

MATA.—¿Si le había pesado de haberla hecío?

PEDRO.—Bien podrá ser que sí.

MATA.—Cuánto más triunfante entrara el día del Juicio ese Papa con un carro, en el cual llevara detrás de sí cincuenta mill ánimas que hubiera sacado del cautiverio donde vos salís y

otras tantas pobres huérfanas que hubiera casado, que no haber dejado un lugar adonde Dios sea muy ofendido con banquetear y borrachear y rufianar. Por eso me quieren todos mal, porque digo las verdades; estamos en una era que en diciendo uno una cosa bien dicha o una verdad, luego le dicen que es satírico, que es maldiciente, que es mal cristiano; si dice que quiere más oír una misa rezada que cantada, por no hablar en la iglesia, todo el mundo a una voz le tiene por hereje, que deja de ir el domingo, sobre sus finados, a oír la misa mayor y tomar la paz y el pan bendito; y quien le preguntase agora al Papa Julio por cuánto no quisiera haber malgastado aquel millón, cómo respondería que por mill millones; y si le dejasen volver acá, ¿cómo no dejaría piedra sobre piedra? ¿Qué más hay que ver, que se me escienta la boca y no quiero más hablar?

PEDRO.—El Coliseo, la casa de Vergilio y la torre donde estuvo colgado; las termas y un hombre labrador de metal encima de un caballo de lo mismo, muy al vivo y muy antiguo, que dicen que libró la patria y prendió a un rey que estaba sobre Roma y la tenía en mucho aprieto, y no quiso otro del Senado romano sino que le pusiesen allí aquella estatua por memoria. Casas hay muy buenas.

JUAN.—El celebrar del culto divino, ¿con mucha más majestad será que acá y más sumptuosas iglesias?

PEDRO.—Por lo que dije de los obispos, habíais de entender lo demás. No son, con mill partes, tan bien adornadas como acá; antes las hallaréis todas tan pobres que parecen hospitales robados; los edificios, buenos son; pero mejores los hay acá. Sant Pedro de Roma se hace agora con las limosnas de España; pero yo no sé cuándo se acabará, según va el edificio.

JUAN.—¿Es allí donde dicen que pueden subir las bestias cargadas a lo alto de la obra?

PEDRO.—Eso mesmo. En Sena hay buena iglesia, y en Milán y Florencia, pero pobrísimas; los canónigos dellas como racioneros de iglesias comunes de acá; pobres capellanes, más que acá.

JUAN.—Con sólo eso basto a cerrar las bocas de cuantos de Roma me quisieren preguntar.

PEDRO.—Aunque sean cortesanos romanos, podréis hablar con ellos; y no se os olvide, si os preguntaren de la aguja que está a las espaldas de Sant Pedro, que es de una piedra sola y muy alta, que será como una casa bien alta, labrada como un pan de azúcar cuadrado. Bodegones hay muy gentiles en toda Italia, adonde cualquier Señor de salva puede honestamente ir, y le darán el recado conforme a quien es. Tomé la posta y vine en Viterbo, donde no hay que ver más de que es una muy buena cibdad, y muy llana y grande. Hay una sancta en un monesterio que se llama Sancta Rosa, la cual muestran a todos los pasajeros que la quieren ver, y está

toda entera; yo la vi, y las monjas dan unos cordones que han tocado al cuerpo santo, y dicen que aprovecha mucho a las mujeres para empreñarse y a las que están de parto para parir; hanles de dar algo de limosna por el cordón, que de eso viven.

MATA.—¿Y vos no tragistes alguno?

PEDRO.—Un par me dieron, y díles un real, con lo que quedaron contentas; y díjeles: “Señoras, yo llevo estos cordones porque no me tengáis por menos cristiano que a los otros que los llevan; mas de una cosa estad satisfechas, que yo creo verdaderamente que basta para empreñar una mujer más un hombre que cuantos sanctos hay en el cielo, cuanto más las sanctas. Escandalizáronse algo, y tuvimos un rato de palacio. Dijéronme que parecía bien español en la hipocresía. Yo les dije que en verdad lo de menos que tenía era aquello, y yo no traía los cordones porque lo creyese, sino por hacerlo en creer acá cuando viniese, y tener cosas que dar de las que mucho valen y poco cuestan.

JUAN.—Pues para eso acá tenemos una cinta de Sant Juan de Ortega.

PEDRO.—¿Y paren las mujeres con ella?

JUAN.—Muchas he visto que han parido.

MATA.—Y yo muy muchas que han ido allá y nunca paren.

JUAN.—Será por la poca devoción que llevan esas tales.

MATA.—No, sino porque no lleva camino que por ceñirse la cinta de un sancto se empreñen.

JUAN.—Eso es mal dicho y ramo de herejía, que Dios es poderoso de hacer eso y mucho más.

MATA.—Yo confieso que lo puede hacer, mas no creo que lo hace. ¿Es artículo de fe no lo creer? Si yo he visto sesenta mujeres que después de ceñida se quedan tan estériles como antes, ¿por qué lo he de creer?

JUAN.—Porque lo creen los teólogos, que saben más que vos.

MATA.—Eso será los teólogos como vos y los fraires de la mesma casa; pero asnadas que Pedro de Urdimalas, que sabe más dello que todos, que deso y sudar las imágenes poco crea; ¿qué decís vos?

PEDRO.—Yo digo que la cinta puede muy bien ser causa que la mujer se empreñe si se la saben ceñir.

JUAN.—Porfiara Mátalas Callando en su necesidad hasta el día del juicio.

MATA.—¿Cómo se ha de ceñir?

JUAN.—¿Cómo, sino con su estola el padre prior y con aquel debido acatamiento?

PEDRO.—Desa manera poco aprovechará.

JUAN.—¿Pues cómo?

PEDRO.—El fraire más mozo, a solas en su celda, y ella desnuda, que de otra manera yo soy de la opinión de Mátalas Callando.

JUAN.—Como sea cosa de malicias y ruindades, bien creo yo que os haréis presto a una.

PEDRO.—Más presto nos aunaremos con vos en la hipocresía. Sabed también que en Viterbo se hacen muchas y muy buenas espuelas, más y mejores, y en mejor precio que en toda Italia, y no pasa nadie que no traiga su par dellas; tiene también unos baños naturales muy buenos, adonde va mucha gente de Roma, aunque yo por mejores tengo los de Puzol, que es dos leguas de Nápoles, en donde hay grandísimas antiguallas: allí está la Cueva de la Sibila Cumana y el Monte Miseno, y estufas naturales y la laguna Estigia, adonde si meten un perro le sacan muerto al parescer, y metido en otra agua está bueno, y si un poco se detiene, no quedará sino los huesos mondos; y esto dígo porque lo vi; sácase allí muy gran cantidad de azufre.

MATA.—¿Y eso se nos había pasado entre renglones, siendo la cosa más de notar de todas? Pues agora se me acuerda, porque decís de azufre, ¿qué cosa es un monte que dicen que echa llamas de fuego?

PEDRO.—Eso es en Sicilia tres o cuatro montes; el principal se llama Mongibelo, muy alto, y tiene tanto calor que los navíos que pasan por junto a él sienten el aire tan caliente que parece boca de horno, y una vez entre muchas salió dél tanto fuego, que abrasó cuanto había más de seis leguas al derredor. De allí traen estas piedras como esponjas, que llaman “pumices”, con que raspan el cuero. Hay otros dos que se llaman Estrómboli y Estrombolillo, y otro

Vulcan, que los antiguos llamaban Ethna, donde decían que estaban los cícoplas y gigantes.

JUAN.—¿Pues de los mismos montes, de la concavidad de dentro, sale el fuego?

PEDRO.—Perpetuamente están echando humo negro y centellas, como si se quemase algún grandísimo horno de alcalleres, y aquello dicen que es boca del infierno.

MATA.—¿Qué ven dentro subiendo allá?

PEDRO.—¿Quién puede subir nunca? Nadie pudo, porque ya que van al medio camino, comienzan a hirmar en tierra quemada como ceniza, y más adelante pueden menos, por el calor grandísimo, que cierto se abrasarían.

MATA.—¿Qué cibdades nombradas tiene Sicilia?

PEDRO.—Palermo es de las más nombradas, y con razón, porque, aunque no es grande, es más proveída de pan y vino y carne y volatería y toda caza, que cibdad de Italia; Zaragoza también es buena cibdad, Trapaná y Mecina.

JUAN.—¿Cae Venecia hacia esa parte?

PEDRO.—No; pero diremos della que es la más rica de Italia y la mayor y de mejores casas, y muchas damas; aunque la gente es algo apretada, en el gastar y comer son muy delicados; todo es cenar ellos y los florentines ensaladitas de flores y todas yerbecitas, y si se halla barata, una perdiz la comen o gallina; de otra manera, no.

MATA.—¿Es la que está armada sobre la mar?

PEDRO.—La mesma.

MATA.—¿Qué, es posible aquello?

PEDRO.—Es tan posible, que no hay mayor cibdad ni mejor en Italia.

JUAN.—¿Pues cómo las edifican?

PEDRO.—Habéis de saber que es mar muerta, que nunca se ensoberbece, como ésta de Laredo y Sevilla, y tampoco está tan hondo allí que no le hallen suelo. Fuera de la mar hacen unas cajas grandes, a manera de arcas sin covertedor, y cuando más sosegada está la mar, métenles dentro algunas piedras para que la hagan ir a fondo, y métenla derecha a plomo, y en tocando en tierra comienzan a toda furia a hinchirla de tierra o piedras o lo que se hallan, y queda firme para que sobre ella se edifique como cimientos de argamasa, y si me preguntáis cómo lo sé, preguntaldo a los que fueron cautivos de Zinán Bajá y Barbarroja, que nos hicieron trabajar en hinchir más de cada cient cajas para hacer sendos jardines que tienen, donde están enterrados, en la canal de Constantinopla, legua y media de la cibdad, y con ser la mar allí poco menos fuerte que la de Poniente, quedó tan perpetuo edificio como cuantos hay en Venecia.

JUAN.—¿Y qué tantas cajas ha menester para una casa?

PEDRO.—Cuan grande la quisiere, tantas y más ha menester.

JUAN.—¿Grande gasto será?

PEDRO.—Una casa de piedra lodo no se puede acá hacer sin gasto; mas no cuesta más que de cal y canto y se tarda menos.

MATA.—Y las calles, ¿son de mar o tienen cajas?

PEDRO.—Todo es mar, sino las casas, y adonde quiera que queráis ir os llevarán, por un dinero, en una barquita más limpia y entoldada que una cortina de cama; bien podéis si queréis ir por tierra, por unas cajas anchas que están a los lados de la calle, como si imaginaseis que por cada calle pasa un río, el cual de parte a parte no podéis atravesar sin barca; mas podéis ir río abajo y arriba por la orilla.

MATA.—Admirable cosa es esa; ¿quién por poco dinero se querrá cansar?

JUAN.—Mas ¿quién quisiera dejar de haber oído esto de Venecia por todo el mundo, y entenderlo tan a la clara de persona que tan bien lo ha dado a entender que me ha quitado de la mayor confusión que puede ser? Jamás la podía imaginar cómo fuese cada vez que oía que estaba dentro en la mar.

MATA.—¿Acuerdáseos de aquel cuento que os contó el duque de Medinaceli del pintor que tuvo su padre?

JUAN.—Sí, muy bien, y tuvo mucha razón de ir.

PEDRO.—¿Qué fué?

JUAN.—Contábame un día el duque, que es mi hijo de confesión, que había tenido su padre un pintor, hombre muy perdido.

MATA.—No es cosa nueva ser perdidos los pintores; más nueva sería ser ganados ellos, y los esgrimidores y maestros de danzar y de enseñar

leer a niños. ¿Habéis visto alguno destes ganado en cuanto habéis peregrinado?

PEDRO.—Yo no; dejalde decir.

JUAN.—Tan pocos soldados habréis visto ganados; y, como digo, fuese, dejando su mujer y hijos, con un bordón en la mano a Santa María de Loreto y a Roma, viendo a ida y a venida, como no llevaba prisa, las cosas insignes que cada cibdad tenía, y en toda Italia no dejó de ver sino a Venecia; estuvo por allá tres o cuatro años, y volvióse a su casa; y el Duque dábale de comer como medio limosna, y el partido mesmo que antes tenía, y mandóle, como daba tan buena cuenta de todo lo que había andado, que cada día, mientras comiese, le contase una cibdad de las que había visto, qué sitio tenía, qué vecindad, qué cosas de notar. El lo hacía, y el Duque gustaba mucho, como no lo había visto. Y decía: “Señor, Roma es una cibdad desta y desta manera; tiene esto y esto.” Acabado de comer, el Duque le prevenía diciendo: “Para mañana, traed estudiada tal cibdad.” Y traíala, y aquel día le señalaba para otro. Mi fe, un día díjole: “Para mañana, traed estudiada a Venecia.” El pintor, sin mostrar flaqueza, respondió que sí haría; y salido de casa, vióse el más corrido del mundo por habérsela dejado. No sabiendo qué se hacer, toma su bordón, sin más hablar a nadie, y camina para Francia y pásase en Italia otra vez, y vase derecho a Venecia, y mírala toda muy bien y particularmente, y vuélvese a Medinaceli como quien no hace nada, y

llega cuando el Duque se asentaba a comer muy descuidado, y dice: "En lo que vuestra señoría dice de Venecia, es una cibdad de tal y tal manera, y tiene esto y esto y lotro." Y comienza de no dejar cosa en toda ella que no le diese a entender. El Duque quedóse mudo santiguando, que no supo qué se decir, como había tanto que faltaba.

PEDRO.—El más delicado cuento que a ningún señor jamás aconteció es ese en verdad; él merecía que le hiciesen mercedes.

JUAN.—Hízoselas conforme a buen caballero que era, porque le dió largamente de comer a él y a toda su casa por su vida.

MATA.—Pues a fe que en la era de agora pocos halléis que hagan mercedes de por vida; antes os harán diez mercedes de la muerte que una de vida. De V. terbo, ¿adónde vinistes?

PEDRO.—A Sena y su tierra, la cual no hay nadie que la vea que no haga los llantos que Jeremías por Jerusalem; pueblos todos quemados y destruídos, de edificios admirables de ladrillo y mármol, que es lo que más en todo el Senes hay, y no pocos y como quiera, sino de a mill casas y a cuatrocientas y en gran número, que no hallarais quien os diera una jarra de agua; los campos, que otro tiempo con su gran soberbia florescían abundantísimos de mucho pan, vino y frutas, todos barbechos, sin ser en seis años labrados; los que los habían de labrar, por aquellos caminos pidiendo misericordia, peresciendo de la viva hambre, hécticos, consumidos.

MATA.—¿Y eso todo de qué era?

PEDRO.—De la guerra de los años de 52, 53, 54, 55, cuando por su propia soberbia se perdieron. La cibdad es cosa muy de majestad; las casas y calles, todo ladrillo. Una fortísima fortaleza se hace agora, con la cual estarán sujetos a mal de su grado. Hay que ver en la cibdad, principalmente damas que tienen fama, y es verdad que lo son, de muy hermosas; una iglesia que llaman el Domo, que sólo el suelo costó más que toda la iglesia.

JUAN.—¿Es de plata o de qué?

PEDRO.—De polidísimo mármol, con toda la sutileza del mundo asentado, y todo esculpido de mill cuentos de historias, que en él están grabadas, que verdaderamente se os hará muy de mal pisar encima. En Italia toda no hay cosa más de ver de templo.

MATA.—Pues ¡qué necedad era hacer suelo tan galán!

PEDRO.—Soberbia que reinó siempre mucha en los seneses. Una plaza tiene también toda de ladrillo, que dubdo si hay de aquí allá otra tal; y una fuente, entre muchas, dentro la cibdad, que sale de una peña por tres ojos o cuatro, que cada uno basta a dar agua a una rueda de molino.

MATA.—¿Está junto a la mar?

PEDRO.—No, sino doce leguas hasta puerto Hércules y Orbitelo. Luego fuí en Florencia, cibdad, por cierto, en bondad, riqueza y hermosura, no de menos dignidad que las demás, cuyas calles no se

pueden comparar a ningunas de Italia. La iglesia es muy buena, de cal y canto toda, junto a la cual está una capilla de Sant Juan, donde está la pila del bautismo, toda de obra mosaica de las buenas y costosas piezas de Italia, con cuatro puertas muy soberbias de metal y con figuras de bulto.

MATA.—¿Qué llaman obra mosaica?

PEDRO.—Antiguamente, que agora no se hace, usaban hacer ciertas figuras todas de piedrecitas cuadradas como dados y del mesmo tamaño, unas doradas, otras de colores, conforme a como era menester.

JUAN.—No lo acabo bien de entender.

PEDRO.—En la pared ponen un betún blanco.

JUAN.—Bien.

PEDRO.—Y sobre él asientan un papel agujerado con la figura que quieren, que llaman padrón, y déjala allí señalada. Ya lo habréis visto esto.

JUAN.—Muchas veces los brosladores lo usan.

PEDRO.—Ansí, pues, sobre esta figura que está señalada asientan ellos sus piececicas cuadradas, como los vigoleros las taraceas.

JUAN.—Entiéndolo agora muy bien. ¿Pero será de grandísima costa?

PEDRO.—En eso yo no me entremeto, que bien creo que costará.

MATA.—Muchas veces había oído decir obra mosaica, y nunca lo había entendido hasta agora; y apostaré que hay más de mill en España que presumen de bachilleres que no lo saben.

PEDRO.—Con cuan ricos son los florentines, ve-

réis una cosa que os espantará, y es que si no es el día de fiesta, ninguna casa de principal ni rico veréis abierta, sino todas cerradas con ventanas y todo, que os parecerá ser inhabitada.

JUAN.—¿Pues dónde están? ¿Qué hacen?

PEDRO.—Todos metidos en casa, ganando lo que aquel día han de comer, aunque sean hombres de cuatrocientos mill ducados, que hay muchos dellos; quién, escarmenando lana con las manos; quién, seda; quién, hace esto de sus manos; quién, aquello, de modo que gane lo que aquel día ha de comer; que tampoco es menester mucho, porque todo es ensaladillas, como dije de los venecianos. De pan y vino, cebada y otras cosas es mal proveída, porque es todo de acarreo, y por eso vale todo caro. De sedas, paños y rajás es muy bien bastecida y barato, y otras muchas mercancías. Tiene buen castillo y huertas y jardines. El palacio del Duque es muy bueno, a la puerta del cual está una medalla de metal con una cabeza de Medusa, cosa muy bien hecha y de ver. Una leonera tiene el duque mejor que ningún rey ni príncipe, en la cual veréis muchos leones, tigres, leopardos, onzas, osos, lobos y otras muchas fieras. Ansí en Florencia como en todas las grandes cibdades de Francia y Italia tienen todos los que tienen tiendas, de cualquiera cosa que sea, unas banderetas a la puerta con una insigna, la que él quiere, para ser conocido, porque de otra arte sería preguntar por Pedro en la Corte, y ansí cada uno dice: “Señor, yo vivo en tal calle, en la insigna

del Cisne, en la del León, en la del Caballo”, y así.

JUAN.—¿Es deso unas figuras que traen todos los libros en los principios, que uno trae la Fortuna, otro no sé qué?

PEDRO.—Lo mesmo; eso significa que donde se vende o se imprimió tienen aquella insigna.

JUAN.—Agora digo que tiene razón Mátalas Callando, que os podrían echar acá en España a todos sendas albardas, que no sabemos tener orden ni concierto en nada. ¿Qué cosa hay en el mundo mejor ordenada?

PEDRO.—Pues aun en el reloj pusieron los florentines orden, que porque daba veinticuatro y los oficiales se detenían en contar, y perdían algo de sus jornales, hicieron que no diese sino por cifra de seis en seis.

JUAN.—Eso me haced entender, por amor de Dios, porque algunos de los soldados que de allá pasan, blasonan del arnés: “Fuimos los nuestros a las quince horas a cierta correduría, y hiciéronnos la escolta tantos y volvimos a las veinte.” El reloj de Italia y acá ¿no es todo uno o es diverso sol el de allá que el de acá?

PEDRO.—Uno mesmo es, como la luna di Salamanca decía el estudiante; pero Italia, de lo que los antiguos astrólogos tenían y de lo que agora tenemos en España, Francia y Alemania, difieren en la manera del contar el día natural, que se cuenta noche y día, son veinte y cuatro horas. Este, nosotros contamos de medio día a medio día,

como los matemáticos; la mitad hacemos media noche, y la otra mitad, de allí al día, a medio día. Estas veinte y cuatro horas, los italianos las cuentan de como el sol se pone hasta que otro día se ponga, y ansí como nosotros decimos a medio día que son las doce, que es la mitad de veinte y cuatro, ansí ellos, en el punto que el sol se pone, dicen que son las veinte y cuatro; y como nosotros una hora después de medio día decimos que es la una, y cuando da las cuatro quiere decir que son cuatro horas después de medio día, ansí en Italia, si el reloj da una, significa que es una hora después de puesto el sol, y si las cuatro, cuatro horas después de puesto el sol.

JUAN.—¿Y si da veinte, qué significa?

PEDRO.—Que ha veinte horas que se puso el sol el día pasado.

JUAN.—Mucha retartalilla es esa.

PEDRO.—Más tiene cierto que el nuestro.

JUAN.—Hoy, a las dos del día en nuestro reloj, ¿cuántas serán en el de Italia?

PEDRO.—Las 21.

JUAN.—¿Por qué?

PEDRO.—Porque agora son quince de Enero, y el sol, a nuestra cuenta, se pone a las cinco; pues de las dos a quel sol se ponga, ¿cuántas horas hay?

JUAN.—Tres.

PEDRO.—Quitad aquellas de veinte y cuatro; ¿cuántas quedarán?

JUAN.—Veinte y una.

PEDRO.—Pues tantas son.

MATA.—Yo, con cuan asno soy, lo tengo entendido, y vos nunca acabáis. Si no, preguntadme a mí.

JUAN.—¿Qué hora es en este punto que estamos?

MATA.—Las siete y media.

JUAN.—¿Cómo?

MATA.—Porque media hora ha que tañeron los fraires a media noche, y de las cinco que el sol se puso acá, son siete horas y media.

PEDRO.—Tiene razón.

JUAN.—Ello requiere, como las demás cosas, ejercicio para ser bien entendido.

PEDRO.—Aquí no se dice esto sino para que ansí, en suma, lo sepáis, dando algún rastro de haber estado donde se usa, y para si fuéredes allá tenerlo deprendido.

MATA.—¿Qué os parece, si yo estudiara, de la habilidad del rapaz?

PEDRO.—Bien, en verdad; parésceme que cuando yo me partí comenzabais a estudiar de Menores en el Colegio de Alcántara.

JUAN.—¿No le quitaron un día la capa por el salario, y vino en cuerpo como gentil hombre?

MATA.—Nunca más allá volví. Acerté a llevar aquel día, que nevaba, una capilla vieja, y quedóse por las costas. Decorar aquel arte se me hacía a mí gran pereza y dificultoso como el diablo, principalmente en aquel “gurges, merges, verres, sirinx et meninx et inx”, que parescen más pa-

labras de encantamiento que de doctrina. Tan dificultosas se me hacían después, que me las declaraban como antes. Paréscenme los versos del Antonio como los Salmos del Salterio, que cuanto más oscuros son más claros; mejor entiendo yo, sin saber latín, los versos del Salterio que en romance. “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga tus enemigos por escaños de tus pies. En la salida de Israel de Egipto, la casa de Iacob, del pueblo bárbaro”; dice el Antonio: “La hembra y el macho asientan el género sin que ninguno se lo enseñe.” Más parece que enseñan a hacer corchetes que no latinidad. Machos te serán los cuasi machos y hembras las como hembras.

PEDRO.—Malditos seáis si no me habéis hecho echar tantas lágrimas de risa como esta tarde de pesar con vuestros corchetes.

MATA.—¿Nos parece que quien tuviese hilo de hierro y unas tenazuelas que podría hacerlos por estos versos?

JUAN.—¿Qué entendimiento os le daban a esos versos?

MATA.—No son ni más ni menos, como yo dije, vueltos en romance, o el licenciado Alcántara y Pintado mienten.

JUAN.—El pie de la letra eso es; mas ¿qué inteligencia le daban?

MATA.—¿Qué? ¿Por inteligencias tengo yo de estudiar la gramática? ¡Pardiós! La que ellos da-

ban no tenía más que hacer con la significación de los versos que agora llueve.

PEDRO.—Nunca medre yo sino es más literal sentido el que Máatalas Callando le da, y más arri-mado a la letra.

MATA.—Pues si por esas inteligencias o fantas-mas, o como las llamáis, tengo de entender latín, ¿no es mejor nunca lo saber? Mejor entiendo sin saber latín lo que dice el profeta: “Et tu, Beth-lem, terra Juda, nequaquam minima es”; y el otro: “Egrediet virga de radice Jese”, que no esas enigmas del Antonio, y aun él mesmo las de-bía de entender mejor.

PEDRO.—¿Pues todavía se lee la gramática del Antonio?

JUAN.—¿Pues cuál se había de leer? ¿Hay otra mejor cosa en el mundo?

PEDRO.—Agora digo que no me maravillo que todos los españoles sean bárbaros, porque el peca-do original de la barbarie que a todos nos ha tini-do es esa arte.

JUAN.—No os salga otra vez de la boca, si no queréis que cuantos letrados y no letrados hay os tengan por hombre extremado, y aun necio.

PEDRO.—¿Qué agravio me hará ninguno desos en tenerme por tal como él es? No me tengan por más ruín, que lo demás yo se lo perdono. Gracias a Dios que Máatalas Callando, sin saber gramáti-ca, ha descubierto todo el negocio; parece cosa de revelación. Entretanto que está el pobre estu-diante tres o cuatro años decorando aquella bo-

rrachería de versos, ¿no podrá saber tanto latín como Cicerón? ¿No ha menester saber tanto latín como Antonio cualquiera que entender quisiere su arte? Doy os por ejemplo los mismos versos que agora os han traído delante; ¿qué es la causa que para la lengua latina, que bastan dos años se gastan cinco, y no saben nada, sino el arte del Antonio?

JUAN.—Antonio dejó muy buen arte de enseñar, y vosotros decid lo que quisieredes, y fué español y hémosle de honrar.

PEDRO.—Ya sabemos que fué español y docto, y es muy bien que cada uno procure de imitarle en saber como él; mas si yo lo puedo hacer por otro camino mejor que el que él me dejó para ello, ¿por qué no lo haré?

JUAN.—No le hay mejor.

PEDRO.—Esa os niego, y cuantas al tono dijeredes; pregunto: italianos, franceses y alemanes, ¿son mejores latinos que nosotros o peores?

JUAN.—Mejores.

PEDRO.—¿Son más hábiles que nosotros?

JUAN.—Creo yo que no.

PEDRO.—Pues ¿cómo saben más latín sin estudiar el arte del Antonio?

JUAN.—¿Cómo sin estudiarle? pues ¿no aprenden por él la gramática?

PEDRO.—No, ni saben quién es; que tienen otras mil artes muy buenas por donde estudian.

JUAN.—¿Que no conocen al Antonio en todas esas partes ni deprenden por él? Agora yo callo

y me doy por sujetado a la razón. ¿Qué artes tienen?

PEDRO.—De Erasmo, de Felipo Melanthon, del Donato. Mirad si supieron más que vuestro Nebrisense; cinco o seis pliegos de papel tiene cada una, sin versos ni burlerías, sino todos los nombres que se acaban en tal y tal letra, son de tal género, sacando tantos que no guardan aquella regla, y en un mes sabe muy bien todo cuanto el Antonio escribió en su arte.. La gramática griega ¿tenéisla por menos dificultosa que la latina?

JUAN.—No.

PEDRO.—Pues en dos meses se puede saber desta manera, con ser mucho más dificultosa. Lo que más hace al caso es el uso del hablar y ejercitar a leer. Luego los cargan acá de media docena de libros, que de ninguno pueden saber nada.

JUAN.—¿Y allá?

PEDRO.—Uno no más les dan, que es Tulio, porque si aquél saben no han menester más latín, y comienzan también por algunos versos del Virgilio, para diferenciar, y poco a poco, en dos años, sabe lo que acá uno de nosotros en treinta; porque su fin no es saber fábulas, como acá, de tantos libros, sino entender la lengua, que después que la saben cada uno puede leer para sí el libro que se le antojare.

MATA.—Plugiera a Dios que yo hubiera estado lo que en Alcalá, en París o en Bolonia, que

a fe que de otra manera hubiera sabido aprovecharme.

JUAN.—Yo estaba engañado por pensar que no hubiese en todo el mundo otra arte sino la nuestra; agora digo que aun del maldecir he sacado algún fruto, apartando lo malo y en perjuicio de partes.

PEDRO.—¿Qué malo, qué maldecir, qué perjuicio de partes veis aquí? Lo que yo decía el otro día: maldecir llamais decir las verdades y el bien de la República; si eso es maldecir, yo digo que soy el más maldiciente hombre del mundo.

MATA.—¿Por cuánto quisiérais dejar de saber esta particularidad?

JUAN.—Por ningún dinero; eso es la verdad.

PEDRO.—Nunca os pese de saber, aunque más penséis que sabéis, y haced para ello esta cuenta, que sin comparación es más lo que no sabéis vos y cuantos hay que lo que saben, pues cuando os preguntan una cosa y no la sabéis holgaos de deprenderla, y haced cuenta que es una de las que no sabíais.

MATA.—¿No sabremos por qué se levantó nuestra plática de disputar?

JUAN.—Por lo del reloj de Italia.

MATA.—¡Válame Dios cómo se divierten los hombres! Mirad de dónde adónde hemos saltado, aunque no es mucho, que en fin no hemos salido de las cosas insignes de Italia. ¿De manera que los florentines hicieron dar al reloj por cifra?

PEDRO.—Sí; de seis en seis.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—Cuando ha de dar veinte y cuatro que no dé sino seis, y cuando ha de dar siete da una; sé que yo no me puedo engañar en seis horas, aunque esté borracho, que si me da una a estas horas no he de entender que es una hora después de puesto el sol.

JUAN.—Es verdad. ¿Y Florencia, cuya es?

PEDRO.—Del Duque, que es un grande señor; tiene de renta ochocientos mil ducados, según el común, pero con los tributos que echa a los vasallos bien llega a un millón.

MATA.—Más tiene él solo que veinte de acá.

PEDRO.—Hay muy grandes ditados en Italia: el Ducado de Ferrara, el de Milán, el de Saboya, el de Plasencia y Parma; todos éstos son grandísimos.

JUAN.—¿Y el de Venecia?

PEDRO.—Ese no es más de por tres años, que es señoría por sí, y eligen a uno dellos, como en Génova. Todo el tocino, pan y vino que se vende en Florencia dicen que es del Duque, lo cual le renta un Perú. De Florencia vine a Bolonia, por un pueblo que se llama Escarperia, donde todos son cuchilleros, y se hacen muy galanos, y muchos adrezos de estuches, labrados a las mil maravillas; y lo que más de todo es que por muy poco dinero lo dan, y no pasa caminante que, apeándose, no lleguen en la posada veinte de aquellos a mostrar muchas delicadezas, y fuerzan, dándolo tan barato, a que todos compren.

Pasé los Alpes de Bolonia, que son unos muy altos montes, donde está una cuesta que llaman "Descarga el Asno".

JUAN.—¿Por qué?

PEDRO.—Porque no pueden bajar las bestias cargadas sin grande fatiga, y ansi todos se apean; y entré en Bolonia, cibdad que no debe nada en grandeza y quanto quisieredes a todas las de Italia.

JUAN.—¿Cuál es?

PEDRO.—Del Papa.

MATA.—¿Está junto a la mar?

PEDRO.—No, ni Florencia tampoco. Hay que ver el Colegio de los españoles, cosa muy insigne y de toda la cibdad venerada, aunque más mal quieran a los españoles.

JUAN.—¿Qué habito traen?

PEDRO.—Unas ropas negras fruncidas, hechas a la antigua, con unas mangas en punta, que acá llamáis, y unas becas moradas. El rector de ellos suele ser también de la Universidad, y entonces trae la ropa de raso y la beca de brocado, que llaman el "capucio", el cual le dan con tanta honra y triunfo como en tiempo de los romanos se solía hacer; gastó, porque lo vi, uno en el capucio, ochocientos ducados, y los que sacaron las libreas cada uno la hizo a su costa por honrarle, que de otra manera no lo hiciera con seis mil.

JUAN.—¿Y qué le dan aquel año que es rector?

PEDRO.—Cuatrocientos ducados le podrá valer y la honra?

JUAN.—Y la Escuela ¿qué tal es?

PEDRO.—Muy excelente, y donde hay varones doctísimos en todas Facultades.

JUAN.—¿Qué estudiantes terná?

PEDRO.—Hasta mill y quinientos o dos mill.

JUAN.—¿Y esa decís que es buena Universidad? Mal lograda de Salamanca, que suele tener ocho mil.

PEDRO.—No alabo yo la Universidad porque tenga muchos estudiantes ni pocos, sino por los muchos y grandes letrados que della salen y en ella están; y el ejercicio de las letras no menos anda que en París, que hay treinta mil, y más, ¿deja una casa de ser buena porque no viva nadie en ella?

JUAN.—¿Todas Facultades se len allí?

PEDRO.—Y muy bien y curiosamente.

JUAN.—¿Es bien proveída?

PEDRO.—Tanto que la llaman Bolonia la grasa; de cuantas cosas pidiéredes por la boca; lo que por acá se trae de allí y se lleva en toda Italia son jabonetes de manos, de la insignia del melón o del león, que son los mejores, aunque muchos los hacen; son tan buenos que parecen pomas de almizque y ámbar; no se dan manos veinte criados en cada tienda destas a dar recado. Al Rey se le puede acá empresentar una docena de aquellos.

MATA.—¿Cuestan caros?

PEDRO.—No muy baratos; más de a real cada uno, y dos si son de los crecidos. Hay también guantes de damas, labrados a las mill maravillas y no caros, todos cortados de cuchillo, con muchas labores. No hay quien pueda pasar sin traer algo desto.

MATA.—¿Quién cree que el zurroncillo no trae alguna fiesta destas?

PEDRO.—Sí traía; más todo lo he repartido por ahí, que no me ha quedado cuasi nada. Todavía habrá para los amigos. Una cosa, entre muchas, tiene excelente: que os podéis ir, por más que llueva, por soportales sin mojaros.

MATA.—¿Como la calle Mayor de Alcalá?

PEDRO.—Mirad la mala comparación. No hay casa de todas aquellas que no sea unos palacios; tan grande y mayor es que Roma; cada casa tiene su huerta o jardín, empedradas las calles de ladrillo. En aquella plaza son muy de ver las "contadinas" que llaman, que son las aldeanas que vienen a vender ensaladas, verduras, cosas de leche, frutas cogidas de aquella mañana; hasta los gatillos que le parió la gata viene a la cibdad a vender, cuando otra cosa no tenga.

JUAN.—Cosa real es esa.

PEDRO.—Yo os diré; cuanto que como todas están puestas en la plaza por su orden, hacen unas calles que toda la plaza, con cuan grande es, hinchen; de treientos abajo no hayáis miedo de ver; junto a una iglesia está una torre que

sale toda ladeada, que si la veis no diréis sino que ya se cae, y es una muy buena antigualla.

JUAN.—¿En qué iglesia?

PEDRO.—En Sancto Domingo creo que es, y allí está el cuerpo sancto suyo. Pasa un río pequeño por la cibdad, en medio, en el cual hay muchas invenciones de papelerías, herrerías, sierras de agua y, lo mejor, torcedores de seda.

JUAN.—¿Cómo puede el agua torcer la seda?

PEDRO.—Una canal de agua trae una rueda, la cual tuerce a otra grande, que trae puestos más de mill y docientos husos; y pasa una como mandando bofetones a todos los husos, y antes que se pare ya le ha dado otro y otro, de tal manera que da bien en que entender a quince o veinte hombres en dar recado de anudar si algo se quiebra, que es poco, y quitar y poner husadas; una gerigonza es que yo no la sé explicar, mas de que es un sutilísimo ingenio.

JUAN.—Yo la medio entiendo ansí, y me parece tal.

PEDRO.—¿Pareceos que podréis hablar con esto de Bolonia donde quiera?

JUAN.—Sí puedo; mas de los grados no hemos hablado.

PEDRO.—Allá no hay bachilleres ni licenciados; el que sabe le dan el grado de doctor, y al que no echan para asno, aunque venga cargado de cursos; el coste no es mucho.

MATA.—Necio fuistes en no os graduar por allí

de doctor, que acá no lo haréis con tanta honra sin gastar lo que no tenéis, y según me parece podéis vivir por vuestras letras tan bien como cuantos hay por acá.

PEDRO.—¿Qué sabéis si lo hice? Y aun me hicieron los doctores todos de la Facultad mill mercedes, por intercesión de unos colegiales amigos míos; y como yo les hice una plática de suplicacionero, no les dejé de parecer tan bien, que perdonándome algunos derechos, me dieron con mucha honra el doctorado, con el cual estos pocos días que tengo de vivir pienso servir a Dios lo mejor que pudiere; pero avisos que no me lo llaméis hasta que venga otro tiempo, porque veo la medicina ir tan cuesta abajo en España, por nuestros pecados, que antes se pierde honra que se gane.

MATA.—Sea para bien el grado, y hacerse ha lo que mandáis; mas hago saber que como la gente es amiga de novedades todos se irán tras vos con decir que venís de Italia, aunque no sepáis nada, y las obras han de dar testimonio, aunque acordándose de quien solíais ser, todos no os ternán por muy letrado, pensando que no os habéis mudado; mas como hagáis un par de buenas curas es todo el ganar de la honra y fama.

PEDRO.—Subido en una montaña que está fuera de Bolonia, en donde hay un monesterio, se ve el mejor campo de dehesas, prados y he-

redades, llano como un tablero de ajedrez, a todas partes que miren, que hay en la Europa. Y de Bolognia hasta Susa dura este camino.

MATA.—¿Cuántas leguas?

PEDRO.—Más de ciento. Primeramente vine a Módena, cibdad razonable; de allí a Rezo, otra pequeña, y a dormir en Parma; y por ser español no me dejaban entrar dentro la cibdad. Al cabo entré y la vi: es muy buena y muy grande cibdad, y por estas tierras es menester traer poca moneda, porque de una jornada a otra no corre. De Parma, en un día, vine en Plasencia, que son doce leguas, la cual tiene la más hermosa muralla que cibdad de quanto he andado; toda nueva, con un gentil foso, que le pueden echar un río caudaloso, que se llama el Po; tiene buena iglesia y es grande cibdad, pero tiene ruines edificios de casas pequeñas y bajas, y posadas para los pasajeros ruines; en Parma y Plasencia, con su tierra se hace el queso muy nombrado placentino, que son grandes como panes de cera, y aunque allí vale barato, en todas partes es caro. Para venir a Milán, que es doce leguas, se pasa el Po en una barca allí cerca, y luego se entra en Lombardía, el mejor pedazo de Italia, que no es más caminar por ella que pasear por un jardín; los caminos, muy llanos y anchos, y por cada parte del camino corre un río pequeño que riega todo aquel campo, donde se coge pan y vino y leña, todo junto.

JUAN.—¿Cómo?

PEDRO.—Las viñas en Italia son desta suerte: que las heredades están llenas de olmos y por ellos arriba suben las parras, y es tan fértil tierra, que, aunque la siembren cada año, no deja de traer mucho pan, y cada cepa de aquellas trae tres o cuatro cargas de uva y algunas diez, y los olmos dan harta leña.

JUAN.—¿Todo en un mismo pedazo?

PEDRO.—Todo; y ver aquellos ingenios que tienen para los regadíos, que acontece cuatro ríos en medio el camino hacer una encrucijada y llevar los unos por encima de los otros; unos corriendo hacia bajo y otros hacia riba, y por toda esta tierra podréis llevar los dineros en la mano y caminar solo, que nadie os ofenderá. Vine en Milán, que ya habréis oído su grandeza; ninguna cibdad hay tan grande en Italia; buena gente, más amiga de españoles que los otros; dos mesones tiene insignes, adonde cualquier príncipe se puede aposentar, que los llaman hosterías: la del Falcón y la de los Tres Reyes; no menos darán de comer a cada uno en llegando que si un Señor le hiciese acá banquete, y ansí, aunque vayan príncipes ni perlados, no comen ni pueden más de lo que el huésped les da.

JUAN.—¿Cuánto paga cada día un hombre con su caballo?

PEDRO.—El ordinario es cuatro reales y medio, y no paga más el señor que el particular, porque

no le dan más, sea quien quiera, ni hay más que le dar. En cada uno hay un escribano, que tiene bien en que entender en tomar dineros y asentar el día y hora a que vino, y ansí allí, como en toda Francia, bien podéis descuidaros del caballo, que os le darán todo recado y os le limpiarán, y no os harán la menor traición del mundo; por allá no hay paja, sino heno; ni cebada, sino avena.

MATA.—¿El huésped da de comer al caballo?

PEDRO.—Tiene seis criados de caballeriza, que en ninguna otra cosa entienden sino en darles de comer, y otros tantos de mesa que sirvan, y otros tantos cocineros, y otros tantos despenseros.

JUAN.—¿Y a esos que les da?

PEDRO.—¿Qué les ha de dar sino el comer? Por sólo esto le sirven, y alzan las manos a Dios de que los quiera tener en casa.

JUAN.—¿Qué interese se les sigue?

PEDRO.—Grande. La buena "andada", que llaman; y es que por los servicios que hacen a los huéspedes, quién le da un cuarto y quién una tarja, y habiendo tanto concurso de huéspedes es mucho. No es más ni menos la entrada de la casa que uno de los palacios buenos de España. Pregunté al escribano me dijese en su conciencia cuántos escudos tocaba cada día. Díjome, mostrándome la minuta, que cincuenta, uno con otro.

JUAN.—Gran cosa es esa; ¿y no hay más desos?

PEDRO.—Muchos otros; pero éstos son los nombrados, por estar en lo mejor de la cibdad. El castillo es muy fuerte, y poco menos que una cibdad de las pequeñas de acá. Cosas de armas y joyas valen más baratas que en toda Italia y Flandes; espadas muy galanas de tauxia, con sus bolsas y talabartes de la mesma guarnición, y dagas, cinco escudos cuestan, que sola la daga se lo vale acá.

MATA.—¿Qué es atauxia?

PEDRO.—Graban el yerro, y en la mesma grabadura meten el oro, que nunca se quita como lo que se dora; arneses grabados y muy galanes, 25 escudos, que acá valen 200; plumas, bolsas y estas cosillas, por el suelo. La plaza de Milán es tan bien proveída, que a ninguna hora llegaréis que no podáis hallar todas las perdices, faisanes y francolines y todo género de caza y fruta que pidieredes, y en muy buen precio todo.

MATA.—¡Válame Dios! ¿Qué es la causa que en Florencia y por ahí son tantos los ricos?

PEDRO.—Por la multitud de pobres que hay.

MATA.—No lo deajo de creer.

PEDRO.—En ninguna de todas estas iréis a misa que seáis señor de la poder oír, que cargarán sobre la persona las manadas dellos, que no caben en la iglesia, y si acaso sacáis un dinero que dar alguno, cuantos hay en la iglesia vernán sobre vos que os sacarán los ojos. Ningún remedio tenía yo mayor que no dar a nadie. Cosa muy hermosa es de ver la iglesia mayor, de las mejores de Italia,

y harto antigua; vi en ella una particularidad que pocos deben haber mirado: el que dice la misa, primero dice el pater noster que el credo, y después del prefacio, cuando quiere tomar la hostia para alzar, se lava las manos, y otras cosillas que no me acuerdo.

JUAN.—¿Qué mejor cosa queréis acordaros que desá, que en verdad nunca tal cerimonia oí?

PEDRO.—Muchas cosas hay por allá que acá no las usan: todos los clérigos y fraires traen barbas largas, y lo tienen por más honestidad, y allá no se alza en ninguna parte la hostia postrera.

JUAN.—Eso de las barbas me parece mal y deshonestá cosa. Dios bendijo la honestidad de los sacerdotes de España con sus barbas raídas cada semana.

PEDRO.—Más deshonestidad me parece a mí eso, y aun ramo de hipocresía pensar que perjudique al culto divino la barba.

JUAN.—No digáis eso, que es mal dicho.

PEDRO.—No es sino bien. Veamos; el Papa y los cardenales y perlados de Italia, ¿no son cristianos?

JUAN.—Sí son, por cierto.

PEDRO.—Pues creo que si pensasen ofender a Dios, que no lo harían ni lo consintirían a los otros. Decid que es uso, y yo concederé con vos; pero pecado, ¿por qué? De Milán me vine en Génova, pensando de embarcarme allí para venirme por mar, y no hallé pasaje. Es una gentil cibdad, y muy rica; las calles tiene angostas, pero no creo

que hay en Italia cibdad que tenga a una mano tantas y tan buenas casas; la ribera de Génova es la mejor que nadie ha visto en parte ninguna, porque aunque es toda riscos y montañas y no da pan ni vino, cosa de jardines en las vivas peñas hay muchos, que traen naranjas y toda fruta en cantidad, y hay tantas cosas soberbias, que los ginoveses llaman “vilas”, que toda la ribera parece una cibdad.

JUAN.—¿Qué, tan grande es?

PEDRO.—Desde Sahona a la Especia, que serán veinte leguas.

JUAN.—¿Y todo eso está lleno de casas?

PEDRO.—Y qué tales, que la más ruin es mejor que las muy buenas d’España.

MATA.—¿Por qué lo hacen eso?

PEDRO.—No tienen en qué gastar los dineros, y a porfía les dió esta fantasía de edificar y hacer aquellas “vilas” donde se ir a holgar. Hacen esta cuenta: “Fulano gastó en su casa cincuenta mill ducados; pues yo he de gastar sesenta mill; el otro dice: “Pues vos sesenta, ¡voto a tal!, yo setenta”, y el otro: “Yo ochenta”, y ansí hay deste precio casas muy muchas sin cuento.

MATA.—¿Y en el campo?

PEDRO.—Y aun cuatro y seis leguas de la cibdad.

MATA.—Gran soberbia es esa; nunca se deben de pensar morir.

PEDRO.—Tierra es bien sana, y adonde hay más viejos que en cuantas cibdades he visto; un ca-

pitán de la guarda de la cibdad quiso hacer una casa y no se halló con dineros para ser nombrado, y determinó en una huerta, no de las más galanas que había afuera de la cibdad, de hacer una fuente, porque tenía allí el agua, que gastó en ella doce mill ducados, la más delicada cosa que imaginarse puede, y que más honra ganó, porque no hay que ver sino la fuente del capitán en Génova.

JUAN.—¿Qué tiene, que costó tanto?

PEDRO.—No sé sino que si la viéseis con tantos mármoles, corales, nácaras, medallas y otras figuras, parecerá poco lo que costó; unos gigantes hechos todos de unas guijitas como media uña, tan bien formados que espanta verlo, y cuando quieren que manen, por cuantas coyunturas tiene, le hacen sudar agua en cantidad, y unos cuervos y otras aves de la misma manera; es imposible saberlo nadie dar a entender.

JUAN.—¿Y en qué parte está esa?

PEDRO.—Junto a las casas del príncipe Doria. La iglesia mayor, que se llama Sant Laurencio, no es de las mayores de Italia ni de las buenas, pero tiene dos muy buenas joyas: la una es el plato en que Cristo cenó con sus discípulos el día de la Cena, que es una esmeralda de tanta estima, dejada aparte la grande reliquia, que valdría una cibdad; la otra es la ceniza de Sant Juan Baptista.

JUAN.—Reliquias son dignas de ser tenidas en veneración.

PEDRO.—De las damas de Milán se me olvidó que son feas como la noche.

MATA.—¿Está junto a la mar?

PEDRO.—No, sino bien lejos. Las damas genovesas son muchas y hermosas; tienen grandísima cuenta con sus cabellos, más que en toda Italia; no dejará ninguna semana del mundo, principalmente el sábado, de lavarse y poner los cabellos al rayo del sol, aunque sea verano, por la vida. Yo les dije hartas veces que si ansí cumplían los mandamientos como aquello, que bienaventuradas eran. No gastan en tocados nada, porque todas hacen plato de los cabellos: quién los lleva de una manera, quién de otra; menos gastan en vestir, porque ninguna puede traer ropa de seda, con haber allí más seda que en toda Italia; ni anillo, ni arracada, ni otra cosa de oro, sino una cadena que valga de doce ducados abajo.

JUAN.—Pues ¿qué se visten?

PEDRO.—Muchas maneras de chamelotes y de diversos colores, y otras telillas, y muy buen paño finísimo y bien guarnecido, aunque tampoco pueden echar toda la guarnición que quieren.

MATA.—¿Traen por allá chapines?

PEDRO.—Ni mantos, si no es en Sicilia.

JUAN.—¿Con qué van a la iglesia?

PEDRO.—En cuerpo, y darán por llevar aquel día una clavellina, jazmín o rosa, si es por este tiempo, uno y dos ducados.

JUAN.—Y las viudas, ¿qué traen?

PEDRO.—Ni más ni menos andan que las otras en cabello, salvo que una redécica muy rala que las otras traen de oro, ellas negras.

JUAN.—Deshonestidad parece esa.

PEDRO.—Todo es usarse; también andan con vestidos negros, que no traen de color.

MATA.—¿Y qué traen calzado?

PEDRO.—Las piernas no las cubren las ropas más de hasta las espinillas, y las calzas traen de aguja, más estiradas que los hombres, y unas chinelicas.

JUAN.—Mejor hábito es ese que el de acá.

PEDRO.—También quiero que sepáis que las mujeres de acá naturalmente son más chicas de cuerpo que las de por allá. Vanse todos los domingos y fiestas a una ribera de un río, que se llama Bisaño, y allí danzan todo el día con cuantos quieren.

JUAN.—Y los hombres, ¿son buena gente?

PEDRO.—De todo hay; no son muy largos en el gastar.

MATA.—Algo os han hecho, que no parece que estáis muy bien con ellos.

PEDRO.—Yos diré: en el cautiverio estaba uno, que era principal, y porque le enviaban a trabajar con los otros encomendóseme, y a pesar de todos los guardianes le hice que no trabajase más de un año, fingiendo que era quebrado, y para cumplir con ellos mandaba a un barbero que cada día le pusiese en la bolsa una clara de huevo, y

al mismo tiempo que se hizo la almoneda de los esclavos de mi amo, yo fuí parte para que le diesen por doscientos ducados, que no pensó salir por mill y quinientos. Después un día le topé en su tierra y casa, hombre de cuenta en la cibdad, y llevóme a un bodegón y convidóme allí, y nunca más me dió nada ni fué para preguntarme si había menester algo.

MATA.—Eso hiciéralo él de miedo que le dijérais de sí; mas con todo fué gran crueldad.

PEDRO.—Otros cuatro o cinco topé también allí en sus casas, que les había yo allá hecho placer, y hicieron lo mesmo. Pues éstos son ansí, de creer es que a quien menos bien hiciéredes menos os hará.

MATA.—Todavía dice el refrán: “Haz bien y no cates a quien; haz mal y guarte.”

PEDRO.—El día de hoy veo por experiencia ser mentiroso ese refrán, y muy verdadero al revés: “Haz mal y no cates a quién; haz bien y guarte.” Muy muchos males me han venido por hacer bien, y de los mesmos a quien lo hacía. No digo yo que es mejor hacer mal, pero el dicho es más verdadero. Salido de Génova, vine a Casar de Monferrar, que es en el Piamonte, y de allí a Alejandría la Palla, y luego a Nohara y de allí a Berse; todas estas son ciudadelas del Piamonte, y de allí a Turín, que está por Francia, una muy fuerte tierra, y pasa por ella el Po, y es llave de todo el Piamonte; di luego conmigo

en Susa, y comencé de ir al pie de las montañas, que hasta allí todo era llano, y vi que por aquella tierra las mujeres y muchos de los hombres todos son papudos, y preguntando yo si vivían menos los que tenían aquellos papos, dijéronme que no, porque aquella semana había muerto un hombre de noventa años, y tenía el papo tan grande, que le echaba sobre el hombro porque no le estorbaba.

MATA.—Válame Dios, ¿pues de qué puede venir eso?

HACIA ESPAÑA

PEDRO.—Creo que lo hacen las aguas, porque también lo vi en Castrovilla y Cosencia, dos ciudades de Calabria. Vine luego por aquellas montañas de Saboya y por muchos valles bien poblados; pero de pueblos pequeños, con quien no se ha de tener cuenta, hasta que vine en León, de Francia, que en grandeza y provisión y mercadería ya veis el nombre que acá tiene, que mucho más es el hecho; tiene dos muy caudalosos ríos, por los cuales se puede ir a la mar con muchas barcas que van y vienen; casas muy buenas; tratos de mercancía con todo el mundo; libros hay los más y en mejor precio, que en la cristianidad, y todos los bastimentos baratos; mesones en Francia todos son como los que os conté de Milán; la ropa y seda me maravillo que con traerla de otras partes vale mucho más barato que

en donde se hace; iglesias hay muchas y muy buenas; arcabuzicos, que llaman pistoletes, darán por escudo y medio uno, con todo su adrezo, que valga acá seis. De León vine en Tolosa y a Burdeos, que no hay que decir dellas más de que son buenas cibdades y grandes, y muy bien bastecidas. Y de Burdeos a Bayona, una villa de hasta seiscientas casas, muy fuerte, adonde hay un río tan caudal que van las naves por él y sacan mucha pesca, y la mejor es unas truchas muy grandes, salmonadas. Viénese luego a Sant Juan de Lus y a Fuenterrabia, por toda Guipúzcoa y Alava a Victoria, y de Victoria aquí, y de aquí a la cama si os place.

JUAN.—Mozos, tomad esta vela y alúmbrenle, vaya a reposar.

PEDRO.—A la mañana no me llamen, porque tengo propósito hasta comer de no me levantar.

MATA.—En buen hora.

JUAN.—Vámonos nosotros a hacer otro tanto.

MATA.—¿Pasáis por tal cosa? Si lo que ha contado es verdad, como creo que lo es, ¡cuántas fatigas, cuántas tribulaciones, cuántos millones de martirios ha padescido, y cuán emendado y otro de lo que solía ser, y gordo y bueno viene!

JUAN.—¿No sabéis que no en sólo pan vive el hombre, como dijo Cristo, y que no hay cosa que más engorde el caballo que el ojo de su amo? Mirad cuán a la clara se manifiesta que Dios ha puesto los ojos en él aficionadamente y particu-

larísima, como los puso en una Madalena y en un ladrón y en tantos cuentos de mártires. De cuanto ha dicho no me queda cosa scrupulosa, sino que pornía yo mi mano en una barra ardiendo que antes ha pecado de carta de menos que alargarse nada. Conózcole yo muy bien, que cuando habla de veras ni cuando estaba acá no sabía decir una cosa por otra. Allende desto, tengo para mí que él viene muy docto en su facultad, porque no es posible menos un hombre que tenía la habilidad que acá vistes, aunque la empleaba mal, y que entiende tan bien las lenguas latina y griega, sin las demás que sabe, y buen filósofo, y el juicio asentado, y lo que más le hace al caso haber visto tantas diversidades de regiones, reinos, lenguajes, complexiones; conversado con cuantos grandes letrados grandes hay de aquí a Jerusalem, que uno le daría este aviso, el otro el otro.

MATA.—Y habrá también visto muchas cosas de medicinas que por acá no las alcanzan, y certificándose de ellas; y lo que más a mí de todo me contenta es venir escarmentado de haber visto las orejas al lobo, que tiene delante el temor de Dios, que es una bandera que basta para vencer todos los enemigos.

JUAN.—¿Nos parece que es obligado a quien tanto debe, que en aquellas disputas preguntaba por él, respondía por él, prestábale lenguas con que diese razón de sí, sacábale del brazo en los golfos del mar?

MATA.—Todos somos obligados a quererle, por quien El es, sin interese, quanto más que no hay hcrá ni momento que no nos hace mill mercedes. ¿No miráis el orden y concierto con que lo ha contado todo?

JUAN.—Agora me parece que le haría en creer, si quisiese, que he andado todo lo que él, quanto más a otro.

MATA.—Cuanto más que, sabiendo eso, aunque os pregunten cosas que no hayáis visto, podéis dar respuestas comunes: “Pasé de noche”; “No salí de las galeras”; “Como la cibdad es grande, no vi eso”; “Esto vi y estotro vi, que era lo que más había que mirar”, y con eso os evadiréis.

JUAN.—Mañana nos contará, si Dios quisiere, qué vida tienen los turcos, y qué gente son, y qué vestidos traen.

MATA.—Dejadme vos a mí el cargo de preguntar, que yo os le sacaré los espíritus. ¿Bien no se los he sacado en estotro?

JUAN.—Muy bien; pero no le habéis de ir a la mano, que creo que se corre.

MATA.—Al buen pagador no le duelen prendas. Si lo que dice es verdad, él dará razón dello, como ha hecho siempre; si no, no queremos oír mentiras, que harta nos cuentan todos esos soldados que vienen del campo de Su Majestad y los indios.

JUAN.—Ahora durmamos, que es tarde.

MATA.—Yo estoy tan desvelado, que no sé si podré; pero porfiaré a estarme en la cama hasta las

diez, como Pedro, que no le dejaremos estar dos días solos.

JUAN.—Toda esta semana le haré estar aquí, aunque le pese: la venida ha sido en su mano; la ida, en la nuestra.

* * *

JUAN.—Contá.

MATA.—Siete.

JUAN.—¿Habéis contado las otras?

MATA.—Callad; ocho, nueve, diez dió por cierto.

JUAN.—Parésceme que llaman: escuchá.

PEDRO.—¡Ah, los de abajo! ¡Es hora!

JUAN.—¡Ya, ya!

PEDRO.—Volveos del otro lado, que no es amanescido.

JUAN.—Levantémonos y vámosle a tener palacio en la cama.

MATA.—Mas no le dejemos levantar, que hace frío, y pues no ha de salir de casa ni ser visto de nadie, mejor se estará allí y podrá también comer como parida en la cama.

JUAN.—Hacedle llevar una ropa aforrada, para si se quisiere levantar.

MATA.—Anoche se la hice poner junto a la cama y un bonete. Cogerle hemos echado, y entretanto que se adreza de comer, parlaremos.

JUAN.—¡Buen jorno!

PEDRO.—Me ricomando.

JUAN.—¿Qué tal noche habéis llevado? Creo que ruin.

PEDRO.—No ha sido sino buena, aunque no he podido dormir mucho. En despertando antes que amanezca, una vez, ya puedo volver al ristre.

JUAN.—¿Debía destar dura la cama?

PEDRO.—Antes por estar tan blanda, porque no lo tengo acostumbrado.

JUAN.—Eso me hace a mí dormir más.

PEDRO.—Todas las cosas consisten en costumbre. Así como vos no podéis dormir en duro, yo tampoco en blando. También podría suceder enfermedad a quien ha dormido en duro y sin cama, darle una cama regalada, como a mí me aconteció en Nápoles, que habiendo tres años que no había dormido en cama, sino vestido y en suelo, me dieron una muy buena cama y comenzáronme a hacer regalos, y yo caí en una enfermedad que estuve cuatro meses para morir.

JUAN.—La causa natural deso no alcanzo. ¿Por mejorarse uno venirle mal?

PEDRO.—Sáltase de un extremo en otro sin pasar por medio, que es malo; y como esto se hace, no puede dormir, y la vela causa enfermedad. Así mismo, con aquella blandura, escaliéntanse los riñones, las espaldas, todos los miembros, y la sangre comienza a hervir y alborotarse, y dan con el hombre en tierra. Ultimamente, como tenéis costumbre de no os desnudar, no tenéis frío de noche aunque os descubráis; desnudo en la cama, revolveisos, como no estáis acostumbrado a estar cubierto, descubrisos, y entra el sereno y frío y la mala ventura, y penetraos.

JUAN.—Todas son buenas razones; mas ¿qué remedio?

PEDRO.—El que dije de pasar por medio: comenzar a no tener más de un colchón y una manta, y a no quitar más de solo el sayo; luego, de allí a unos días, añadir otro colchón y quitar las calzas, y últimamente, la mejor cama que tuviéredes, quitando jubón y todo. Si durmieseis una noche al sereno sin cama, ¿no pensaríais caer malo?

JUAN.—Y aun morirme.

PEDRO.—Pues así yo con buena cama.

JUAN.—Pues quitaremos de aquí adelante, si queréis, de la ropa.

PEDRO.—No, que ya estoy acostumbrado a camas regaladas otra vez; no lo digo por tanto, que el no dormir más lo ha causado el grande contentamiento que mi espíritu y alma tienen de verme en donde estoy; y el ánima no permite que tan grande placer se pase en sueño sin que se comuniqué a todos los sentidos, pues el tiempo que dormimos no vivimos ni somos nadie.

JUAN.—Ansí dijo el otro filósofo. Preguntado qué cosa era sueño, dijo que retrato de la muerte. La misma causa, en verdad, he tenido yo para no pegar ojo en toda la noche.

MATA.—Mirad que la olla esté descocida, y asar no pongáis hasta que os lo mandemos, que yo me subo arriba... ¿Usase en Turquía madrugar tanto? ¡Buenos días! ¿Cómo lo habéis pasado esta noche?

PEDRO.—¿Cómo lo había de pasar, sino muy

bien? Que me habéis dado una cama con sábanas tan delgadas y olorosas, y todo lo demás tan a gusto, que me ha hecho perder el con que me vi en el cautiverio que habéis oído, y de momento a momento doy y he dado mil gracias a Dios, que de tanto trabajo me libró; y en tanto, con comenzar.

.....

 (1).

LA VIDA EN TURQUIA.—LA RELIGION

JUAN.—Pues no estamos muy ocupados al presente, me saquéis de una duda en que me tiene puesto mi entendimiento, y es que cuando un turco pide a un cristiano se vuelva a su perversa secta, de qué suerte se lo pide y el orden que tienen, que estarán seguros de él para le tomar y la legalidad y juramento que conforme a su secta le toman.

PEDRO.—Toda su secta consiste en que, alzado el dedo, diga tres veces estas palabras; aunque no se circuncidase, queda atado de manera que si se volviese atrás le quemarán: “La Illa he hilda da Mahamed resulula.”

JUAN.—¿Qué quiere decir?

(1) Faltan en el primitivo manuscrito unas cuantas páginas en las que se relataría la historia de algunos emperadores turcos y se hablaría, según testimonia una nota, de los libros de caballería.

PEDRO.—Que Dios es criador de todas las cosas, y no hay otro sino El y Mahoma junto a El, su Profeta, que en su lengua se dice “acurzamam penganber”: “último profeta”.

JUAN.—¿Y qué confesión tienen?

PEDRO.—Ir limpios cuando van a hacer su oración, que llaman “zala”, y muy lavados; de manera que si han pecado se tienen de lavar todos con unos aguamaniles, arremangados los brazos; y si han orinado o descargado el vientre, conviene que vayan lavadas lo primero las partes bajas.

JUAN.—¿Y si es invierno?

PEDRO.—Con agua caliente; no puede nadie ir a la necesaria si no lleva consigo un jarro de agua con que se limpie, como nosotros con paño. Si con papel se limpiasen, es uno de los más graves pecados que ellos tienen, porque dicen que Dios hizo el papel y es malo hacer poco caso dél; antes si topan acaso un poco de papel en el suelo, con gran reverencia lo alzan y lo meten en un agujero, besándolo y poniéndolo sobre su cabeza.

JUAN.—¿No hay más fundamento deso?

PEDRO.—No cabe demandarles razón de cosa que hagan, porque lo tienen de defender por armas y no disputar. Lo mismo hacen si topan un bocado de pan, diciendo que es la cara de Dios. La boca, brazos y narices y cabeza se han de lavar tres veces, y los pies.

JUAN.—¿Qué iglesias tienen?

PEDRO.—Unas mezquitas bien hechas, salvo que ni tienen sanctos ni altar. Aborrescen mucho las

figuras, teniéndolas por gran pecado. Están las mezquitas llenas de lámparas. En lugar de torre de campanas tienen una torrecica en cada una mezquita, muy alta y muy delgada, porque no usan campanas, en la cual se suben una manera de sacerdotes inferiores, como acá sacristanes, y tapados los oídos, a las mayores voces que pueden llaman la gente con este verso: "Exechnoc mach laila he hillala, calezala calezala, etc." No se les da nada, si no son sacerdotes, ir a las mezquitas como acá, sino donde se hallan hacen su oración, y los señores siempre tienen en sus casas sacerdotes que les digan sus horas.

JUAN.—¿Cuántas veces al día lo hacen?

PEDRO.—Cinco, con la mayor devoción y curiosidad; que si ansí lo hiciésemos nosotros, nos que-rría mucho Dios. La primera oración es cuando amanesce, que se llama "sala namazi"; la segunda, a medio día, "uile namazi"; la tercera, dos horas antes que el sol se ponga, "iquindi namazi"; la cuarta, al punto que se pone, "acxam namazi"; la postrera, dos horas de noche, "iatsi namazi". De tal manera entendido que oran estas cinco veces, que no queda ánima viva de turco ni turca, pobre ni rico, desde el emperador hasta los mozos de cocina, que no lo haga.

JUAN.—¿Tienen relojes, o cómo saben esos sacerdotes la hora que es para llamar la gente?

PEDRO.—Para sí tienen los de arena; mas para el pueblo no los hay, como no haya campanas.

JUAN.—¿Pues cómo sabe la gente qué hora es?

PEDRO.—Por las oraciones, poco más o menos. Cuando a la mañana oyen gritar, ya saben que amanesce; cuando a medio día, también saben qué hora es; y así de las otras horas; de manera que si quiero saber qué hora es, conforme, poco más o menos de día, pregunto: “¿Han cantado a medio día?” Respóndenme: “Presto cantarán” o “Rato ha que cantaron”. Y no penséis que cantan en una o dos mezquitas, sino en trescientas y más, que hunden la cibdad a voces más que campanas. Lo mismo hago de las otras horas; pregunto si han cantado al “quindi”, que es la oración dos horas antes que el sol se ponga, y conforme aquello sé la hora que es. Congregados todos en la mezquita, viene el que llamaba y comienza el mismo salmo rezado, y todos se ponen en pie muy mesurados, vueltos hacia mediodía, y las manos una sobre otra en la cintura, mirando al suelo. Este sacerdote que canta en lo alto se llama “meizin”; luego se levanta otro sacerdote de mayor calidad, que se llama “imam”, y dice un verso, el cual responde el “meizin”, y acabado el verso, todos caen de hocicos en tierra y la besan, diciendo: “Saban Alá, saban Alá, saban Alá”, que es: “Señor, misericordia”; y estánse así sobre la tierra hasta que el “imam” torne a cantar, que todos se levantan, y esto hacen tres o cuatro veces. Ultimamente “imam” comienza, estando todos de rodillas en tierra, a decir una larga oración por la cual ruega a Dios que inspire en los cristianos, judíos y los otros, a su manera de hablar, infieles,

que tornen a su secta, y oyendo estas palabras, todos alzan las manos al cielo, diciendo muchas veces: "amin amin", y tócanse todos los ojos y barba con las manos, y acábase la oración.

JUAN.—¿Y cinco veces hacen todo eso cada día?

PEDRO.—Tantas. Mirad qué higa tan grande para nosotros, que no somos cristianos sino en el nombre.

JUAN.—¿Qué fiestas celebran?

PEDRO.—El viernes cada semana, porque dicen que aquel día nació Mahoma. Tienen también dos pascuas; la mayor dellas es en la luna nueva de agosto, que dura tres días, y toda una luna antes tienen su cuaresma, que dura un mes, y la llaman "ramazán".

JUAN.—¿Y ayunan esos días?

PEDRO.—Todos a no comer hasta que vean la estrella; pero estonces pueden comer carne y cuanto quisieren toda la noche.

JUAN.—¿Y qué significa ese "ramazán".

PEDRO.—Los treinta días que Mahameto estuvo en ayunos y oraciones esperando que Dios le enviase la ley en que habían los hombres de vivir, y la pascua es cuando bajó del cielo un libro en el cual está toda su ley, que llaman "Curaham".

JUAN.—¿Con quién dicen que se le envió Dios?

PEDRO.—Con el ángel Gabriel. Tienen este libro en tanta veneración, que no pueden tocar a él sino estando muy limpios y lavados o con un paño envuelto a las manos. El que le tiene de leer es menester que tenga resonante voz, y cuando lee no

le puede tener más abajo de la cintura, y está moviendo todo el cuerpo a una y otra parte. Dicen que es para más atención. Los que le oyen leer están con toda la posible atención, abiertas las bocas.

JUAN.—¿De manera que ellos creen en Dios?

PEDRO.—Sí, y que no hay más de uno, y sólo aquel tiene de ser adorado, y de aquí viene que aborrescen tanto las imágenes, que en la iglesia, ni en casa, ni en parte ninguna no las pueden tener, ni retratos, ni en paramentos.

JUAN.—¿Qué contiene en sí aquel "Alcoram"?

PEDRO.—Muchas cosas de nuestra fe, para mejor poder engañar. Ocho mandamientos: amar a Dios, al prójimo, los padres, las fiestas honrarlas, casarse, no hurtar ni matar y ayunar el "ramazan" y hacer limosna. Ansí mismo todos los siete pecados mortales les son a ellos pecados en su "Coraham". Y dice también que Dios jamás perdona a los que tienen la maldición de sus padres. Tienen una cosa, que no todos pueden entrar en la mezquita, como son: homicidas, borrachos y hombres que tienen males contagiosos, logrerros, y lo principal las mujeres.

JUAN.—¿Las mujeres no pueden entrar en la iglesia?

PEDRO.—Muy pocas veces, y éstas no todas. Cantoneras en ninguna manera, ni mujeres que no sean casadas a ley y bendición suya; vírgenes, y viudas después de cinco meses, pueden entrar; pero han de estar en un lugar apartado y tapa-

das, donde es imposible que nadie las vea, porque dicen que les quitan la devoción.

JUAN.—Ponerlas donde nadie las pueda ver en ninguna manera, bien hecho me parece; mas ver darles que no entren dentro, no. ¿Y hacen sacrificios?

PEDRO.—La pascua grande, que llaman “bairam biuc”, son obligados todos a hacer cualquier sacrificio de vaca o carnero o camello, y repartirlo a los pobres, sin que les quede cosa ninguna para ellos, porque de otra manera no aprovecha el sacrificio. Cuando están malos mucho, usan, según la facultad de cada uno, sacrificar muchos animales, que llaman ellos “curban”, y darlos por amor de Dios. Los príncipes y señores, cuando se ven en necesidad, degüellan un camello, y dicen que la cosa que más Dios oye es el gemido que da cuando le degüellan, y en todo dicen que, así como Dios libró a Isach de no ser degollado, quiera librar aquel enfermo.

JUAN.—¿El mesmo “Alcoran” les manda que den limosna?

PEDRO.—Hallan escrito en él que, si supiesen la obra que es dar limosna, cortarían de su mesma carne para dar por Dios, y si los que la piden supiesen el castigo que por ello les está ordenado, comerían primero sus propias carnes que demandarla; porque dice la letra: “Ecsa de chatul balla ah.”

JUAN.—¿Qué quiere decir?

PEDRO.—Que la limosna quita al que la da los

tormentos y tribulaciones que le están aparejados, y caen, justamente con la limosna, sobre el pobre que la rescibe, y por experiencia ven que nunca están sanos los pobres.

JUAN.—¿Y el matar también lo tienen por pecado?

PEDRO.—Y de los más graves; porque dice el “Coraham” que el segundo pecado del mundo fué el de Caim, y por eso el primero que irá al infierno el día del juicio será él. Y cuando Dios le echó la maldición, se entendió por él y todos los homicidas.

JUAN.—¿Confiesan infierno y juicio?

PEDRO.—Y aun purgatorio.

JUAN.—¿Quién dicen que ha de juzgar?

PEDRO.—Dios. Dicen que está un ángel en el cielo que tiene siempre una trompeta en la mano, y se llama Israfil, aparejado para si Dios quisiese que fuera el fin del mundo, tocaría y luego caerían muertos los hombres todos y los ángeles del cielo.

JUAN.—¿Siendo los ángeles inmortales, han de morir?

PEDRO.—Cuestión es que ellos disputan entre sí muchas veces; pero concluyen con que dice el Coraham que Dios dijo por su boca que todas las cosas mortales han de haber fin, y no puede pasar la disputa adelante, como ni en las otras cosas. Y hecho esto, verná un tan gran terremoto, que desmenuzará las montañas y piedras; y luego Dios tornará a hacer la luz, y della los ángeles, como hizo la primera vez, y verná sobre todo esto un

rocío, que se llama "rehemetzu", "lluvia de misericordia", y quedará la tierra tñrnada a masar, y mandará Dios, de allí a cuarenta días, que torne el ángel a sonar la trompeta, y al sonido resucitarán todos los muertos, desde Abel hasta aquel día; unos con las caras que resplandezcan como sol, otros como luna, otros muy obscuras y otros con gestos de puercos, y gritarán diciendo: "Nesi, nesi." "¡Ay de mí, mezquino!"

JUAN.—¿Qué significan esas caras?

PEDRO.—Los que las tienen resplandescientes son los que han hecho bien; los otros, mal; y Dios preguntará por los emperadores, reyes, príncipes y señores que tiranizaban, y no les calerá negar, porque los miembros todos hablarán la verdad. Allí verná Moisés con un estandarte, y todos los judíos con él, y Cristo, hijo de María, virgen, con otro, debajo del cual estarán los cristianos; luego Mahoma con otra bandera, debajo la cual estarán todos los que le siguieron. Todos los que de éstos habrán hecho buenas obras ternán buen refrigerio debajo la sombra de sus estandartes, y los que no, será tanto el calor que habrá aquel día, que se ahogarán dél; no se conocerán los moros de los cristianos ni judíos que han hecho bien, porque todos ternán una misma cara de divinidad. Y los que han hecho mal, todos se conocerán. A las ánimas que entrarán en el paraíso dará Dios gentiles aposentos y muy espaciosos, y habrá muchos rayos del sol sobre los cuales cabalgarán para andar ruando por el cielo sin cansarse, y comerán

mucha fruta del paraíso, y en comiendo un fruto hará Dios dos, y beberán para matar la sed unas aguas dulces como azúcar y cristalinas, con las cuales les crecerá la vista y el entendimiento, y verán de un polo a otro.

MATA.—¿Y si comen y beben, no cagarán el Paraíso?

PEDRO.—Maravillábame cómo no salíais ya; toda la superfluidad ha de ir por sudor de mill delicados manjares que tienen de comer, y han de tener muchas mozas vírgines de quince a veinte años, y nunca se tienen de envejecer, y los hombres todos tienen de ser de treinta, sin mudarse de allí.

JUAN.—¿Han de tener acceso a las vírgines?

PEDRO.—Sí, pero luego se tienen de tornar a ser vírgines. Moisés y Mahoma serán los mejor librados, que les dará Dios sendos principados que gobiernen en el cielo.

JUAN.—Pues si tienen que los cristianos y judíos que han hecho buenas obras van al cielo, ¿para qué ruegan a nadie que se haga turco?

PEDRO.—Entienden ellos que todos los judíos que vivieron bien hasta que vino Cristo, y todos los buenos cristianos hasta que vino Mahoma, son los que van al cielo.

JUAN.—¿Mas no los que hay después que vino Mahoma, aunque hagan buenas obras?

PEDRO.—Esos no. Los que irán condenados llevarán cada uno escrito en la frente su nombre y en las espaldas cargados los pecados. Serán lle-

vados entre dos montañas, donde está la boca del infierno; y de la una a la otra hay una puente de diez leguas de largo, toda de hierro muy agudo, y llámase “serrat cuplisi”, “puente de justicia”. Los que no son del todo malos caerán en el purgatorio, donde no hay tanto mal; los otros todos irán la puente abajo al infierno, donde serán atormentados; en medio de todos los fuegos hay un manzano que siempre está lleno de fruta, y cada una parece una cabeza de demonio; llámase “zoacum agach”, árbol de amargura, y las ánimas, comiendo la fruta, pensando de refrescarse, sentirán mayor sed y grande amargura que los atormente. Llenos de cadenas de fuego serán arrastrados por todo el infierno. Y los que llamaren a Dios por tiempo al fin saldrán, aunque tarde; los que le blasfemaren quedarán por siempre jamás. Veis aquí todo lo que cerca desto tienen de fe de su “Alcorán”.

JUAN.—Una merced os pido, y es que, pues no os va nada en ello, que no me digáis otra cosa sino la verdad; porque no puedo creer que, siendo tan bárbaros, tengan algunas cosas que parezcan llevar camino.

PEDRO.—¿No sabéis que el diablo les ayudó a hacer esta secta?

JUAN.—Muy bien.

PEDRO.—Pues cada vez que quiere pescar es menester que lo haga a vueltas de algo bueno. Si hiciéseis juntar todos los letrados que hay en

Turquía, no os dirán un punto más ni menos desto que yo os digo, y fíaos de mí, que nos diré cosa que no la sepa primero muy bien.

JUAN.—Tal confianza tengo yo. Sepamos del estado sacerdotal. ¿Tienen papa y obispos?

PEDRO.—Ocho maneras hay de sacerdotes. Primeramente el mayor de todos, como acá el Papa, se llama el “cadilesquier”; luego es el “mufti”, que no es inferior ni sujeto a este otro, é no como si hubiese dos papas; el tercero es el “cadi”; cuarto, los “moderiz”, que son provisosores de los hospitales; quinto, el “antipi”, que dice el oficio los días solenes, puesto sobre una escala y una espada desnuda en la mano, dando a entender lo que arriba dije, que no se tiene de poner su ley en disputa, sino defenderla con las armas. El sexto es el “imam”, que son los que dicen el oficio al pueblo cada día. El postrero, “mezin”, aquellos que suben a gritar en las torres. El “cadilesquier” eligen que sea un hombre el más docto que puedan y de mejor vida, al cual dan grandísima renta, para que no pueda por dinero torcer la justicia; éste es allá como si dijésemos presidente del Consejo real, y deste y de lo que en el Consejo se hace se apela para el “mufti”, que no entiende sino en lo eclesiástico. También tiene este gran renta por la mesma causa.

JUAN.—¿Tanta como acá el Papa?

PEDRO.—Ni aún la mitad. ¿No le basta a un hombre que se tiene de sentar él mesmo cada día

a juzgar, y le puede hablar quienquiera, cient mill ducados?

JUAN.—Y sobra. ¿Pero no tiene su Consejo que haga la audiencia y ellos se estén holgando?

PEDRO.—Eso sólo es en los señores d'España, que en los demás que yo he andado todos los príncipes y señores del mundo hacen las audiencias como acá los oidores y corregidores. En Nápoles, si queréis pedir una cosa de poca importancia algún contrario vuestro, lo haréis delante el mesmo virrey, y en Sicilia lo mesmo, y en Turquía lo mesmo.

MATA.—Ese me parece buen uso, y no poner corregidores pobres, que en ocho días quieren, a tuerto o a derecho, las casas hasta el techo.

PEDRO.—El "cadi", que es el inferior a éstos, está como son acá los provisores de los obispos, administrando su justicia de cosas bajas, porque las de importancia van a los superiores. Ante éstos se hacen las cartas de dotes, castiga los borrachos, da cartas de horros a los esclavos, conoce también de los blasfemos.

JUAN.—¿Qué meresce quien blasfema?

PEDRO.—De Dios, cient palos; de Mahoma, muerte.

JUAN.—¿Pues en más tienen a Mahoma que a Dios?

PEDRO.—Dicen que Dios es grande y puede perdonar y vengarse; mas Mahoma, un pobre profeta, ha menester amigos que miren por su honra.

JUAN.—¿Están dotadas las mezquitas como nuestras iglesias?

PEDRO.—Todas, pero las dignidades de “cadi-lesquier”, “mufti” y “cadi” el rey lo paga; las otras maneras de sacerdotes tienen sus rentas en las mezquitas; quién tres reales, quién cuatro y quién uno al día; y si esto no basta, como todos son casados y en el hábito no difieren de los seglares, hacen oficios mecánicos; ganan mucho, como allá no hay empressas, a escribir libros, como el “Alcoram”, el “Musaf” y otros muchos de canciones.

JUAN.—¿Caros valdrán desa manera?

PEDRO.—Un “Alchoram”, comúnmente, vale ocho ducados; cuando murió el médico del Gran Turco, Amón, se apreció su librería en cinco mill ducados, por ser toda de mano, y le había costado, según muchas veces le oí jurar, ocho mill, y cierto los valdría, aunque yo para mí no daría cuatro reales.

MATA.—Tampoco daría él dos por la vuestra.

PEDRO.—Cuanto más por la que agora tengo.

JUAN.—¿Tienen escuelas allá?

PEDRO.—Infinitas. Los señores, y primeramente el Emperador, las tienen en sus casas para los pajes; tienen maestros salarizados que van cada día a leerles su “Alcoran”, que es en arábigo, y el Musaf; de manera que, como a nosotros el latín, les es a ellos el arábigo. Léenles también filosofía, astrología y poesía; verdad es

que los que enseñan saben poco desto y los discípulos no curan mucho dello; pero, en fin, todavía saben más que los griegos cristianos y armenos, que son todos bestias.

JUAN.—No me maravillo que sepan algo deso, que árabes hubo muy buenos astrólogos y filósofos.

PEDRO.—En aquellas cuatro mezquitas grandes hay también escuelas como acá universidades, muy bien dotadas, y colegiales muchos dentro, y es tan grande la limosna que en cada una se hace, que si tres mill estudiantes quisiesen cada día comer en cualquiera de las mezquitas podrían, y cierto, si fuesen curiosos de saber, habría grandísimos letrados entrellos; pero en sabiendo hacer cuatro versos se contentan.

JUAN.—¿Es posible que usan poesía? ¡Por vida de quien nos dijere un par dellos, por ver cómo son!

PEDRO.—“Birichen, beg, ori ciledum derdumi, iaradandam iste miscem iardumi, terch, eiledumza anumi gurdumi, ne ileim ieniemejun gunglumi.” Esta es una común canción que cantan ellos, de amores a la diosa Asich, que es diosa de amor.

JUAN.—¿Qué quieren decir?

PEDRO.—“Una vez, cinco y diez he estado apasionado, demandando del Criador ayuda; menosprecié el consuelo y placer de mi tierra. ¿Qué haré, que no puedo vencer la voluntad?”

MATA.—Buena va.

PEDRO.—Sabed que para quien las entiende no hay en ninguna lengua canciones más dolorosas que las turquescas; más es la gente que allá sabe leer y escribir mucha, que no acá.

MATA.—Dense prisa, señores; ya saben que ha rato que estoy mudo.

JUAN.—Callad hasta que yo acabe, que después ternéis tiempo sin que nadie os estorbe.

MATA.—Con esa esperanza estoy más ha de una hora.

JUAN.—Pasemos a las religiones.

PEDRO.—Cuatro órdenes hay de religión, tal cual: “calender”, “derbis”, “torlach”, “isach”. Los calenderos andan desnudos y en cabellos, los cabellos largos hasta la cintura, llenos de termentina; visten cilicio hecho de cerdas, y sobre las espaldas traen dos cueros de carnero la lana afuera; las ijadas desnudas; en las orejas y brazos traen ciertas sortijas de hierro, y para mayor abstinencia traen colgada del miembro una sortija de metal que pesa tres libras; andan desta manera por las calles, cantando canciones vulgares, y danles limosna, porque ninguna de estas órdenes tiene como acá monesterios, sino como ermitaños. El inventor destes, en un libro que escribió, fué más cristiano que moro. La segunda orden, de los “dervises”, andan como éstos en el traer los pellejos, más los zarcillos son unas sortijas de piedra, la más fina que hallan; piden limosna con estas palabras: “Alá iche”,

“por amor de Dios”. En la cabeza traen una caperuza de fieltro blanco a manera de pan de azúcar, y en la mano un bastón lleno de nudos tan grueso como pueden. Estos tienen en la Anotolia un sepulcro de uno por quien dicen que se conquistó la mayor parte de Turquía, y fué de su orden, que llaman Cidibatal, donde habitan una multitud de más de quinientos, y cada año van allí a hacer el capítulo general, donde concurren muchas veces más de ocho mill, y están siete días con grandes fiestas y triunfos. El general destes se llama “azan baba”, que significa “padre de padres”. Entrellos hay algunos mancebos muy doctos, que traen unas vestiduras blancas hasta en pies; y cada uno destes en llegando es obligado a contar una historia, y luego la escriben con el nombre del autor y dásela al general.

JUAN.—¿De qué es la historia?

PEDRO.—Una cosa de las más de notar que ha visto por donde ha peregrinado, que nunca paran de andar en todo el año. Luego el viernes, que es su fiesta, tienen en un prado un gran banquete, sobre la misma hierba, y siéntase el general entre todos aquellos mancebos, y sobre comida toman ciertas hierbas en polvos, que llaman “aseral”; yo creo que es cáñamo, que los hace estar, aunque no quieran, los más alegres del mundo, como borrachos. También le mezclan ópio, que llaman “afion”, y toma el general el libro de las historias y hácele leer públicamente que todos

le oyan, y a la tarde hacen grandes hogueras, alrededor de las cuales bailan, como todos están borrachos, y cada uno con un cuchillo agudo se da muchas cuchilladas muy largas por los pechos, brazos y piernas, diciendo: "Esta por amor de Ulana", "ésta por amor de la tal". Otros labran con la punta de una aguja en las manos corazones, o lo que quieren; y las heridas se sanan con un poco de algodón viejo quemado. Tras todo esto piden licencia del general y vanse todos. La tercera orden, de los "torlacos", viste ni más ni menos pellejos de carnero; pero en la cabeza no traen caperuza ni cabello, sino cada semana se raen a navaja, y por no se refriar untan las cabezas siempre con aceite; y todos, por la mayor parte, por ser apasionados de catarro, se dan unos cauterios de fuego en las sienes con un poco de trapo viejo, porque no carguen los humores a los ojos y los cieguen. Son grandísimos bellacos, chocarreros, y no hay quien sepa entrellos leer ni escribir; ándanse de taberna en taberna cantando y pegándose adonde ven que les han de dar de comer; salen a los caminos en cuadrilla, y si topan alguno que puedan quitar la capa, no lo dejan por miedo ni vergüenza; en las aldeas hacen como giptanos en creer que saben adivinar por las manos, y con esto allegan queso, huevos y pan y otras cosas; traen los bellacos de tantos en tantos un viejo de ochenta años que haga del sancto, y adóranle como a tal, y muchas veces habla mirando al cielo cosas que dice ver allá, y a gran-

des voces dice a sus discípulos: "Hijos míos, sacadme presto de este pueblo, porque acabo de ver en el cielo que se apareja un gran mal para él, y ellos fingen quererle tomar acuestas, y el vulgo les ruega con grandes dádivas que por amor de Dios no les lleven aquel sancto de allí, sino que ruegue a Dios alce su ira, pues tan bien está con él, y él comienza luego a ponerse en oración, y aquí veréis que la gente no se da manos a ofrescer, y todos salen cargados como asnos y se van reyendo de las bestias que les creían. Son, sobre todo esto, grandísimos bujarrones. Los "isaches", que es la postrera orden, andan vestidos de lienzo y traen unos tocados turquescos groseros y pequeños, y cada uno una bandera en la mano, andan cantando por las calles pidiendo.

JUAN.—Parésceme que me dijistes que tenían dos pascuas, y no me declarastes más de la una, de cuando les envió Dios la ley.

LA PEREGRINACION A LA MECA

PEDRO.—La otra es en fin de octubre, que llaman de los peregrinos que van a la Meca, la cual ellos celebran allá.

JUAN.—¿Qué, usan también como nosotros peregrinaje?

PEDRO.—Y muy solemne. Hallan escrito en sus libros que quien una vez va a la Meca en vida, Dios no permite que se condene, por lo cual nin-

guno que puede lo leja de hacer; y porque es largo el camino se parten seis meses antes para poderse hallar allá a tiempo de celebrar esta su fiesta, y conciértanse muchos de ir juntos, y los pobres, mezclados con los ricos, dan consigo en el Cairo, y de allí van por un camino muy desierto, llano y arenoso en tanta manera, que el viento hace y deshace montañas del arena y peligran muchos, porque los toma debajo, y de aquí se hace la carne momia, según muchos que la traen me contaban, que en Constantinopla todas las veces que quisiéredes comprar docientos y trescientos cuerpos destos hombres los hallaréis como quien compra rábanos. Han menester llevar camellos cargados de agua y provisión, porque a las veces en tres días no hallan agua; son los desiertos de Arabia, y ningún otro animal se puede llevar por allí sino el camello, porque sufre estar cuatro y cinco días sin beber ni comer, lo que no hacen los otros animales.

MATA.—Por mi vida que estoy por asentar esto; cinco días sin comer ni beber y trabajar.

PEDRO.—Tiempo del año hay en el invierno que sufren cuarenta días, porque os espantéis de veras, y porque he sido señor de cinco camellos que del Gran Turco tenía para mi recámara, y si fuese menester salir en campo, os quiero contar, pues no es fuera de propósito, qué carguerio es el del camello, y también porque pienso haber visto tantos como vosotros ovejas, que mi amo sólo tenía para su recámara dos mill, y no le bastaban.

MATA.—Camaleones diréis, de los que se mantienen del viento; porque camellos comerán mucha cebada siendo tantos.

PEDRO.—No acabaremos hogaño; sea como vos quisiéredes; decídslo vos todo.

JUAN.—Dejadle ahora decir.

MATA.—Por mí, diga lo que quisiese.

PEDRO.—Ningún carguerio por tierra hay mejor que el del camello, porque tiene estas propiedades: aunque la jornada sea de aquí a Jerusalem, no tenéis de cargarle más de una vez.

MATA.—¿Nunca se descarga?

PEDRO.—Jamás en toda la jornada, sino él se echa a dormir con su carga y se levanta cuando se lo mandaren; pero no le habéis de echar más carga de aquella con que se pueda bien levantar; ni tenéis a qué ir al mesón, sino en el campo se echan cuando se lo mandéis; andan recuas de diez y doce mill, y en casa de los señores, camellero mayor no es de los menores cargos.

MATA.—Por cuanto tengo, que no es nada, no quisiera dejar de saber ese secreto.

PEDRO.—Pues callad y direos otro mayor al propósito que se levantó; si le habéis de dar dos celemines de cebada cada día, y le dáis de una vez media hanega, la comerá como vos una pera, y por aquellos tres días no tengáis cuidado de darle nada, y a beber lo mesmo, y si queréis probar con una entera, maldito el grano deje, y si dos le saliesen, que no les huirían el campo; allá tienen ciertas bolsas de donde los tornan a rumiar

como cabras; y no habléis más sobre esto, que es más viejo y común que el repelón entre los que han visto camellos y tratádoslos. Llegan por sus jornadas los peregrinos a la Medina, que es una cibdad tres jornadas de la Meca, y allí los salen a rescibir y hay muchos persianos y indios que han venido por las otras partes. Otro día que han llegado y la pascua se acerca, hacen reseña de toda la gente, porque dicen que no se puede celebrar la pascua si son menos de sesenta mill, y la víspera de la pascua o tres días antes van todos a una montaña, cerca de la Meca, y desnúdanse, y aunque vean algún piojo o pulga no le pueden matar, y llámase la montaña Arafet Agi; y métense en un río, el agua hasta la garganta, y están allí entre tanto que les dicen ciertas oraciones.

JUAN.—¿A qué propósito?

PEDRO.—Porque Adán, después que pecó, en aquel río hizo otro tanto, y Dios le perdonó; y vestidos van a la Meca de mañana, y lo primero tocan los que pueden el Alcorán a la sepultura de Mahoma, y dicen sus solenes oficios, que tardan tres horas, y luego todos los que han podido tocar el sepulcro van corriendo a la montaña, como bueyes cuando les pica la mosca.

JUAN.—¿Para qué?

PEDRO.—Porque con aquel sudor caen los pecados, y para dar lugar los que han tocado a los que no.

JUAN.—¿Muéstranles el cuerpo?

PEDRO.—No más del sepulcro, y un zapato dorado suyo, llamado "isaroh", que está colgado, y cada uno va a tirar dos piedras en un lugar redondo, que está allí cerca, donde dicen que el diablo apareció a Ibrahim cuando edificaba aquel templo, por ponerle miedo y que no lo edificase. Y el Abraham le tiró tres piedras y le hizo huir; y encima el monte hacen grandes sacrificios de carneros, y si acaso entrase algún esclavo allí, era libre. Tornan otra vez a la Meca, y hacen grandes oraciones, rogando a Dios que los perdone y ayude, como hizo a Ibrahim cuando edificaba aquel templo; y con esto se parten y van a Jerusalem, que en su lengua dice Cuzum Obarech, y hacen allí otra oración a su modo donde está el sepulcro de Cristo.

JUAN.—¿Pues qué tienen ellos allí que hacer?

PEDRO.—¿No os tengo dicho que le tienen también en mucha veneración? No ternían por acepto el peregrinaje si no fuesen allá.

JUAN.—¿Abraham dicen que edificó aquel templo?

PEDRO.—Hallan escrito en sus libros que Dios le mandó a Abraham que le edificase allí una casa donde viniesen los pecadores a hacer penitencia, y lo hizo; y más que las montañas le traían la piedra y lo que era menester. A una esquina de la Meca está un mármol que dice que mandó Dios a Abraham traer y poner allí,

medio blanco medio negro, el cual todos adoran y tocan los ojos y algunos librillos a él como reliquias.

JUAN.—¿Qué misterio tiene?

PEDRO.—Dice que es el ángel de la guardia de Adán y Eva, y porque los dejó pecar y no los guardó bien, Dios le convirtió en mármol, y estará allí haciendo penitencia hasta el día del Juicio.

JUAN.—¿Cómo está el sepulcro?

PEDRO.—Sus mismos discípulos le hicieron muy hondo, y metido en una caja le pusieron dentro; después hicieron una como tumba de mármol, con una tabla de lo mismo a la cabecera y otra a los pies, escrito en ellas cómo aquélla es su sepultura, y allí adoran todos. Está cubierta encima con un chamelote verde. Los armenos habían una vez hecho una mina de más de media legua para hurtarles el cuerpo, y fueron descubiertos y justiciados, lo cual cuentan por gran milagro que hizo Mahoma.

JUAN.—Mejor cuento fuera si le cogieran su profeta.

PEDRO.—Y por esto le hicieron unos hierros que ciñen toda la sepultura por bajo y arriba. Dejó dicho cuando murió que no había de estar allí más de mill años y éstos no había de durar la secta, sino que habría fin, y de allí se había de subir al cielo. Destos que vuelven de la Meca muchos toman por devoción andar con unos cueros

muy galanes que hacen aposta, llenos de agua, que cabrán dos cántaros, acuestas y con una taza de fuslera muy limpia, dando a beber a todos cuantos topan y convidándolos a que lo quieran hacer por fuerza, porque en acabando de beber digan gracias a Dios.

MATA.—¿Qué les dan por eso?

PEDRO.—No, nada quien no quiere, mas algunos les dan y lo toman.

JUAN.—¿Hacen cuando mueren, en sus testamentos, mandas grandes como acá, de hospitales, o no saben qué cosa son?

PEDRO.—No menos soberbias mandas hacen que nosotros, sino más, y en vida son más limosneros. Los cuatro emperadores que ha habido, donde están enterrados han dejado aquellas cuatro mezquitas, tan magníficas, con sus hospitales, como os dije; otros Bajás, sin éstos, han hecho muchos hospitales; hacen también mesones por todos los pueblos y desiertos, que llaman “carabanzas”, por amor de Dios. Adrezan caminos, traen fuentes adonde ven que hay falta de agua, necesarias para andar del cuerpo; han hecho muchos tan vistosas, que pensaréis ser algunos palacios, diciendo que es limosna si por allí toma la prisa a alguno, hallar donde lo hacer a su placer; y no es posible que no diga después: bien haya quien te hizo. No solamente tienen por mucho mérito hacer bien a los prójimos, pero aun a los animales salvajes, de donde muchos

se paran a echar pan a los peces en la mar, diciendo que Dios lo rescibe en servicio. Toda Constantinopla está llena de perros que no son de nadie, sino por detrás de aquéllas cercas, junto al palacio del Gran Turco, hay tantos como hormigas; porque si una perra pare tienen por pecado matarle los hijos, y desta manera multiplican como el diablo. Lo mesmo hay de gatos, y todos, como no son de nadie, ni duermen en casa, están llenos de sarna. La limosna que muchos hacen es comprar una docena o dos de asaduras o de panes y ponerse a repartírselos. Cuando está alguno malo, meten dentro una jaula muchos pájaros, y para aplacar a Dios ábrenla y déjanlos salir a todos. Otras muchas limosnas hacen harto más que nosotros, sino que como cada uno que viene de la feria cuenta según que le va en ella, disfámanlos si no lo hicieron bien con ellos, y dicen que son crueles y avaros y mill males.

JUAN.—¿Cómo se han en los mortuorios?

PEDRO.—Ya os dije en el enterramiento de mi amo lo que había. Si es hombre, lávanle hombres; si mujer, mujeres, y envuelto en una sábana limpia le meten en un ataút y llévanle cantando; y si es pobre, pónenle en una parte donde pasa gente, y allí piden a cuantos pasan limosna para pagar a los que cantan y le entierran en el campo, y como es ansí, le ponen los mármoles en la sepultura. Las mujeres no van con el cuerpo; mas

acostumbran ir muchas veces entre año a visitar las sepulturas, y allí lloran.

LAS BODAS

MATA.—A propósito vernían tras los mortuorios las bodas, digo si a ellos les parece.

JUAN.—Sea ansí.

PEDRO.—A mí no se me da más uno que otro, si todo se tiene de decir. Llámase en su lenguaje el matrimoino “eulemet”, y es muy al revés de lo que acá usamos; porque él tiene de dar el dote a ella, como quien la compra, y los padres della ninguna cosa a él más de lo que heredara, y si tiene algo de suyo que se lleva consigo; y sobre todo esto, no la tiene de haber visto hasta que no se pueda deshacer el matrimonio y haya pagádole todo el dote, el cual rescibe el padre de la novia antes que salga de casa, y cómprale a la hija vestidos y joyas dello. La madre va de casa en casa convidando mujeres para la boda, cuantas su posibilidad basta. Llevan una colación muy grande casa de la novia, con trompetas y atambores, donde hallan que están allegadas ya todas las mujeres, las cuales salen a rescibir el presente que el esposo envía, y otro día de mañana tornan y comen en la boda con la esposa; porque el esposo no se halla allí en ninguna fiesta, sino se está en casa.

MATA.—¿De manera que sin él se hace la boda?

PEDRO.—Toda, mi fe. Acabado el banquete que

tienen entre sí las mujeres la llevan al baño y lávanla toda muy bien, y con haleña le untan los cabellos como hacen acá las colas y crines de los caballos, y las uñas y manos todas labradas de escaques con la misma haleña, y las piernas hasta la rodilla; y las mujeres, por librea, en lugar de guantes, se untan con la haleña el dedo pulgar de la mano derecha, y la media mano que llevan de fuera, que parecen rabaño de ovejas almagradas. Quitada la haleña desde una hora queda un galán color de oro; cuando viene la esposa de la estufa siéntanla en medio y comienzan de cantar mill canciones y sonetos amorosos y tocar muchos instrumentos de música, como harpas y guitarras y flautas, y entended que no puede haber en esta fiesta hombre ninguno.

MATA.—¿Pues quién tañe?

PEDRO.—Ellas mismas, son muy músicas; dura esta fiesta de bailar y voltear hasta media noche, y en oyendo el gallo cantar, todas alzan un alarido, que dice: “cachialum”, “huyamos”, y varse a dormir y vuelven a la mañana a esperar el pariente del novio más cercano, que es el padrino que viene por la esposa para llevarla a casa del marido.

JUAN.—¿Cómo se llama el padrino en turquesco?

PEDRO.—“Sagdich”, el cual va con grande acompañamiento de caballos, y entrellos lleva uno vacío, el más gentil de todos y mejor enjaeza-

do, en que ella venga, y muchas acémilas en que venga su ajuar, que todavía les dan los padres, y las mujeres que están con ella no le dejan entrar en casa si no hace primero cortesía de una buena colación; y toma su novia, acompañada de gran caballería, ansí de mujeres como de hombres, y muchos instrumentos de músicas. La novia lleva un velo colorado en el rostro, y llegados a casa del esposo se apean sobre alombras y ricos paños, y déjanla allí y vuélvense a la noche. El "segdich" desnuda a él, y una mujer a ella, y métenlos en la cama; lleva ella unos calzones con muchos nudos, los cuales no se deja desatar si primero no le promete las arras; a la mañana los llevan al baño a lavarse.

JUAN.—¿No hay más bendiciones desas ni cosas eclesiásticas?

PEDRO.—No más de que el "cadi" hace una carta de dote, en que da fe que Ulano se casó con Ulana tal día, y le da tanto de "chibin" que es el dote, y por esto les rapa un ducado. Los parientes, como se usa acá en algunas partes, les empresentan algunos dineros o ropas a los recién casados.

JUAN.—Parésceme que el esposo hace pocas fiestas.

PEDRO.—Hasta un día después de la boda es verdad; pero después pone muchos premios y joyas para los que mejor corrieren a pie y a caballo. El padrino hace poner un árbol, como

acá mayo, el más alto que halla, a la puerta del novio, y encima un jarro de plata, y que todos los que quisieren le tiren con los arcos, y el que le acertare primero con la saeta es suyo.

JUAN.—¿Permiten divorcio?

PEDRO.—Habiendo causa manifiesta sí; pero es obligado el marido a darle todo el dote y arras que le mandó y cuanto ella trajo consigo, y vase con esto casa de sus padres; y no puede ser tornada a demandar otra vez dél si no fuere haciendo nuevo dote, y con todo esto, si la quiere, ha de tener un turco primero que hacer con ella delante dél.

MATA.—Pocos las querrán desa manera segunda vez.

PEDRO.—Entre los mismos cristianos que están allá se permite una manera de matrimonio al quitar, como censo, la cual hallaron por las grandes penas que les llevaban los turcos si los topaban amancebados; y es desta manera: que si yo me quiero casar, tomo la mujer cristiana que me parece; digo si ella quiere también, y vamos los dos casa del cadi, y dígole: “Señor, yo tomo esta por mujer y le mando de “quibín” “cincuenta escudos”, o lo que quiero, según quien es; y el cadi pregunta a ella si es contenta, y dice que sí; háceles luego su carta de dote y danle un ducado y llévala a casa. Están juntos como marido y mujer hasta que se quieran apartar o se arrepientan, por mejor decir. Si él la quiere dejar, hale de dar aquel dote que le mandó, y

váyase con Dios; si ella le quiere dejar a él, pierde aquello y vase sin nada, comido por servido, y desta manera están casados cuantos mercaderes venecianos y florentines hay allá, y cristianos muchos que han sido cautivos y son ya libres, viendo que hay mejor manera de ganar de comer allá que acá, luego toman sus mujeres y hacen casa y hogar; hacen esta cuenta, que aunque vengan acá, como están pobres, no los conocerá nadie. El embajador de Francia se casó estando yo allí desta manera.

MATA.—¿Y vos, padre, por qué no os casastes?

PEDRO.—Porque me vine al mejor tiempo, que de otra manera creed que lo hiciera por gozar del barato, que hartas me pidian.

MATA.—¡Hi de puta, si acá viniese una bula que dispensase eso, cómo suspendería a la Cruzada!

PEDRO.—Más querría ser predicador estonces que arzobispo de Toledo.

JUAN.—Pocos son los que las dejarían de tomar, y aun dobladas para si la una se perdiere. ¿Estos cristianos no se casan por el patriarca suyo?

PEDRO.—Los que se casan a ley y a bendición sí, porque lo hacen como acá nosotros; pero los forasteros que están ahí, más lo hacen por las penas que les llevan si los topan que por otra cosa.

JUAN.—Vámonos poco a poco a la justicia, si no hay más que decir del matrimonio.

PEDRO.—Ni aun tanto. La justicia del turco conoce igualmente de todos, así cristianos como judíos y turcos. Cada juez de aquellos principales tiene en una mesa una cruz, en la cual toma juramento a los cristianos, y una Biblia para los judíos. El “cadilesquier”, dejado aparte el Consejo real, es la suprema justicia, medio eclesiástica. Si es cosa clara, examina sus testigos y oye sus partes, y guarda justicia recta; si es caso criminal, remítele al “subaxi”, que es gobernador, y así matan al homicida, ahorcan al ladrón, empalan al traidor, y si uno echa mano a la espada para otro, aunque no le hiera, le prenden y, desnudo, le pasan cuatro o cinco cuchillos por las carnes, como quien cose, y le traen a la vergüenza; y deste miedo he visto muchas veces darse de bofetones y tener las espadas en las cintas y no osar echar mano a ellas, y en cerca de cuatro años que estuve en Turquía no vi matar y herir más de a un hombre, que era cristiano y muy principal, llamado Jorge Chelevi. Y este “subaxi” tiene poder sobre todas las mujeres que no son honestas.

JUAN.—¿Y si los testigos son falsos, sácanles los dientes?

PEDRO.—Los dientes no; pero úntanle la cara toda con tinta, y pónenle sobre un asno al re-

vés, y dánle por freno la cola, que lleve en la mano, y con esto le traen a la vergüenza, y el asno lleva en la frente un rótulo del delito y vanle tirando naranjas y berengenas, y vuelto a la cárcel le hierran en tres partes, y no vale más por testigo; en cosas de pena pecuniaria luego os meten en la cárcel; el que debe, de cabeza en un cepo hasta que pague, y otras veces le hacen un cerco con un carbón que no salga de allí sin pagar, so grandes penas. La más común de todas las justicias en casos criminales, como no los hayan de matar ni avergonzar por la tierra, es darles de palos allí luego, frescos, casa del mismo juez; porque riñó, porque se emborrachó, porque blasfemó livianamente, porque de otra manera le queman vivo.

JUAN.—¿En dónde le dan los palos?

PEDRO.—En las plantas de los pies. Toman una palanca y en medio tiene un agujero, del cual está colgado un lazo, y por aquél mete los pies; y echánle en tierra, y dos hombres tienen la palanca de manera que los pies tiene altos y el cuerpo en tierra; cada juez y señor tiene una multitud de porteros, que traen, como acá, varas, unos bastones en la mano; y éstos le dan uno de un lado y otro de otro los palos que la sentencia manda; por cada palo que les dan han de pagar un áspero a los que les dan, y así se le dejan después de haber pagado.

JUAN.—Válame Dios, ¿y no le mancan?

PEDRO.—Allá va cojeando y le llevan acuestas;

por tiempo se sana, pero muchos veréis que siempre andan derrengados, tal vez hay que se quiebren de aquellos bastones, en uno diez y veinte, como dan medio en vago. Cuando Zinán Bajá, mi amo, era virrey, no lo tengáis a burla, que por Dios verdadero ansí venían cada semana cargas de bastones a casa, como de leña, y más se gastaba ordinariamente. Hay cada día muchos apaleados en casa de cada juez. Un día que Zinán Bajá me hizo juez, yo ejecuté la misma justicia.

MATA.—¿No había otro más hombre de bien que hacer juez, o por qué lo hizo?

PEDRO.—Era caso de medicina: demandaba una vieja griega cristiana a un médico, el de mejores letras, judío, que allí había, que le pagase a su marido que se le había muerto; lo cual probaba porque un otro médico judío catalán, enemigo suyo, decía que él defendería ser ansí. El bellaco del catalán era el más mal quisto que había en la cibdad, y conmigo mesmo había reñido un día sobre la cura de un caballero. Por ser muy rico salía con cuanto quería, y todos le tenían miedo. Mi amo remitióme a mí aquella causa, que mirase cuál tenía razón, y sentéme muy de pontifical, y llamadas las partes, el catalán alegaba que no sé qué letuario que le había dado era contrario. El otro daba buena cuenta de sí. Como yo vi que iba sobre malicia, mandé llamar a los porteros y un alguacil, que se llama "chauz", y mandéle dar cient palos, y que por cada uno pagase un real a los que se los diesen,

lo cual fué muy presto ejecutado con la cobdicia del dinero. Como el Bajá oyó las voces que el pobre judío daba, preguntó qué fuése aquello. Dijéronle: "Señor, una justicia que el cristiano ha mandado hacer." Hízome llamar presto, y díjome algo enojado: "¡Perro! ¡Quién te ha mandado a ti dar sentencia?" Yo respondí: "Vuestra Excelencia." Díjome: "Yo no te mandé sino que vieses lo que pasaba para informarme." Yo le dije: "Señor, Vuestra Excelencia, así como así, lo había de hacer, ¿qué se pierde que esté hecho?" Con esto se reyó, y quedóse con sus palos. Holgáronse tanto los judíos de ver que no había aquel bellaco jamás hallado quien le castigase, que por la calle donde yo iba me besaban los judíos la ropa. En el tiempo que Zinán Bajá gobernaba tenía los mejores descuidos de justicia del mundo todo.

JUAN.—¿En qué?

PEDRO.—Muchas veces sé iba disfrazado a los bodegones a comer por ver lo que pasaba; cada noche rondaba toda la cibdad para que no pegase nadie fuego; como las casas son de madera, pequeñas, sería malo de matar; y si después que tocan unos atambores a que nadie salga topaba alguno fuera de casa, luego le colgaba en la misma parte. Hacía barrer las puertas a todos los vecinos; y si pasando por la calle veía alguna puerta sucia, luego hacía bajar allí la señora de la casa y las mozas y a todas les daba, en medio de la calle, de palos; yendo yo con él

un día le vi hacer una cosa de príncipe, y es que vió un judío con unas haldas largas y todo lleno de rabos, como que los tenía del otro año secos, y los zapatos y calzas ni más ni menos, y llamóle y preguntóle si era vecino del pueblo; dijo que sí; y si era casado; dijo que sí; y si tenía casa; a todo respondió que sí. Dice: "Pues anda allá, muéstrame tu casa que la quiero saber. El judío se fué con él y se la mostró, y mandó llamar a su mujer y preguntóle si era aquel su marido"; dijo ella: "Sí, señor"; dice: "¿Date de comer y lo que has menester todo?"; respondió: "Por cierto, señor, muy cumplidamente". Volvióse después a los porteros, que iban tras él, y díjoles: "Dalde en medio esta calle cient palos a la bellaca, pues dándole todo lo que ha menester su marido, no es para limpiarle las cazcarrias." No lo hubo acabado de decir cuando fué puesto por obra.

MATA.—Ruin sea yo si de chancillería se cuenta punto de más recta justicia ni más gracioso. Y a propósito, ¿esa gente llamáis bárbara? Nosotros lo somos más en tenerlos por tales.

PEDRO.—Su vicio era andarse todo el día solo por las calles, disfrazado, mirando lo que pasaba para cogerlos en el hurto, visitando muy a menudo los pesos y medidas.

JUAN.—¿Y al que lo tiene falso qué le hacen?

PEDRO.—Toman una tabla como mesa, y alderredor colgados muchos cencerros y campanillas, y hácenle por medio un agujero, cuanto

pueda sacar la cabeza, para que la lleve encima de los hombros, y tráenle así por las calles entiznada la cara y con una cola de raposo en la caperuza.

JUAN.—Todas son buenas maneras de justicia esas, y agora los tengo por rectos.

PEDRO.—Mas decildes que no la guarden, veréis cómo les irá; maldito el pecado venial hay que sea perdonado en ningún juez; a fe que allí no aprovechan cartas de favor, y la mejor cosa que tienen es la brevedad en el despachar; no hayáis miedo que dilaten como acá para que, por no gastar, el que tiene la justicia venga a hacer concierto de puro desesperado; en Consejo real y en las otras abdiencias hay esta costumbre, que ningún juez se puede levantar de la silla si primero no se dice tres veces: “¿químaz lahatum bar?” “¿quién quiere algo?”.

MATA.—¿Aunque sea la hora de comer?

PEDRO.—Aunque le amanezca allí otro día.

JUAN.—¿Juzgan por sus letrados y escribanos?

PEDRO.—Sus libros tienen los jueces, y letrados hay como acá; pero no tanta barbarería y confusión babilónica; quien no tiene justicia, ninguno hallará que abogue por él a traer sofisticas razones; pocos libros tienen, lo más es arbitrario.

MATA.—¿No habrá allá pleitos de treinta años y cuarenta como acá?

PEDRO.—No, porque niegan haber más de un infierno; y si eso tuviesen, eran obligados a con-

fesar dos. Cuando el pleito durare un mes, será lo más largo que pueda ser, y es por el buen orden que en todas las cosas tienen. Si yo quiero pedir una cosa la cual tengo de probar con testigos, es menester que cuando pido la primera vez tenga los testigos allí travados de la halda, porque en demandando preguntan: ¿tienes testigos?, en el mismo instante se ha de responder: “Sí, señor; helos aquí”; y examínanlos de manera que cuando me voy a comer ya llevo la sentencia en favor o contra mí.

JUAN.—¿Cómo lleváis los testigos si primero el juez no los manda llamar?

PEDRO.—Cada uno de aquellos “cadis” o “subaxis” tiene porteros muchos, como os tengo dicho, y llamadores y citadores, y otros que llaman “cazazes”, como acá porquerones, y todos éstos tienen poder, como se lo paguéis, de llevar de los cabezones a cuantos le mandaréis, sino quieren ir de grado.

MATA.—¡Oh bendito sea Dios, que sean los infieles en su secta sanctos y justicieros y nosotros no, sino que nos contentemos con sólo el nombre!

EL SULTAN

JUAN.—¿Cómo se hace el Consejo real?

PEDRO.—En Turquía todos son esclavos, sino sólo el Gran Turco, y destos, tres más privados hace Bajás, que, como dicho tengo, es dignidad de por vida, los cuales tres Bajás son los ma-

yores señores que allá hay; tienen de renta para su plato, cada cincuenta mill ducados, sin muchas cibdades y provincias que tienen a cargo, y los presentes que les dan, que valen más de doscientos mill. Dentro el "cerraje" del Gran Turco hay una sala donde se tiene el Consejo, dentro la cual hay un trono, todo hecho de gelosias, que cae adentro a los aposentos del emperador, y de allí habla lo que han de hacer, y cuando piensan que está allí no está, y cuando piensan que no está, está. Por manera que ninguno osa hacer otra cosa que la que es de justicia. Los tres Bajás son los que gobiernan el imperio, como si dijésemos acá del Consejo de cámara, y con éstos se sientan los dos "cadilesquieres", y a la mano izquierda se sientan los "tephterdes", que es como Contadores mayores, y ansí hacen su abdiencia, que llaman "divan", con toda la brevedad y rectitud que pueden; y si por caso ellos o los otros jueces hacen alguna sin justicia, aguardan a que el Gran Turco vaya el viernes a la mezquita, y ponen una petición sobre una caña por donde ha de pasar, y él la toma y pónesela en la toca que lleva, y en casa la lee y remedia lo que puede, para mal de alguno, y acabado el Consejo se da orden de comer allí donde están, y si acaso hay mala información de algún capitán, mándale empresentar el rey una ropa de terciopelo negro, la cual le significa el luto, de manera que sin alboroto en el Consejo secreto le llaman, y el Gran Turco le hace una

reprehensión, y para que se emiende en lo de por venir, luego del pie a la mano le hace cortar la cabeza y envíale a casa. Estos Bajás no tienen para qué ir a la guerra sino yendo la misma persona del Gran Señor.

MATA.—Soberbia cosa será de ver el palacio del Emperador.

PEDRO.—No le hay en cristianos semejante. En medio tiene un jardín muy grande, y conforme a tan gran señor; está a la orilla del mar, de suerte que le bate por dos partes y allí tiene un corredorcico todo de jaspe y porfido, donde se embarca para irse a holgar. Dentro el jardín hay una montaña pequeña, y en ella un corredor con más de docientas cámaras, adonde solían posar los capellanes de Sancta Sofía. Todo esto cercado como una cibdad, y tiene seis torres fuertes llenas de artillería, y aun de tesoro, que no hay tanto en todo el mundo como él solo tiene; y todo al derredor bien artillado; los aposentos y edificios que hay dentro no hay para qué gastar papel en decirlos.

MATA.—Quien tan grande cosa tiene ¿no podrá dejar de tener gran corte?

PEDRO.—Esa os contare brevemente; pero sabed primero que todos los señores, ansí el Rey como Bajás tienen dentro de sus casas toda su corte por gran orden puesta, que el cocinero duerme en la cocina, y el panadero, en el horno, y el caballerizo, en el establo; y todos los oficios mecánicos de sastres, zapateros, herreros, y plate-

ros todo se cierra dentro de casa, juntamente con los gentiles hombres, camareros y tesoreros y mayordomos.

JUAN.—No deben de ser gente muy regalada, si todos caben dentro una casa cuantos habéis nombrado.

PEDRO.—Haced cuenta que es un monesterio de los frailes de San Francisco, y aun ojalá tuviesen cada uno su celda, que serían muy contentos. Tres pajes son en la cámara del Gran Turco los más privados de todos. El primero, que le da la copa y siempre cuando sale fuera le lleva un fieltro para si lluviere. El segundo, lleva detrás dél un vaso con agua para que se lave donde quiera que se halle para hacer oración. El otro lleva el arco y la espada. Hácenle de noche cuando duerme la guarda con dos blandones encendidos. Hay, sin éstos, quince pajes de cámara, que también se mudan para hacer la guarda y cuarenta guardarrropas; hay también tres o cuatro tesoreros y otros muchos pajes, que sirven en la contaduría; los más preminentes oficios, tras éstos, son: portero mayor, que se llama "capichi bajá"; y su teniente déste; y sin éstos, otros trescientos porteros; cocinero y despensero mayor son tras esto, en casa del Rey y los demás príncipes, preminentes oficios, y tienen en algo razón, pues por su mano ha de pasar lo que comen todo. El cocinero mayor tiene debajo de sí más de ciento y cincuenta cocineros, entre grandes y chicos, y el despensero otros tantos; y llaman al cocinero "aschi

baxi“, y al despensero ”quillergi baxi“. El panadero y caballero también son destarte. El sastre, que llaman ”terezibaxa“, tiene otros tantos.

MATA.—¿Cómo tienen tantos?

PEDRO.—Yo os diré: como, por nuestros pecados, cada día llevan tantos prisioneros por mar y por tierra, del quinto que dan al emperador, y de otros muchos que le empresentan, los muchachos luego los reparte para que deprendan oficios: a la cocina, tantos, y a la botillería, tantos, y ansí; y la pestilencia también lleva su parte cada año, que no se contenta con el quinto ni aun con el tercio veces hay. El principal cargo en la corte, después de los bajás, es “bostangi baxi”, jardinero mayor, por la privanza que tiene con el Gran Turco de hablar con él muchas veces; y cuando va por la mar, éste lleva el timón del bergantín; tiene debajo de sí éste docientos muchachos, que llaman jardineros, a los cuales no les enseñan leer ni escribir, sino esto sólo, y el que éstos topa el primer fruto para empresentar al Turco, tiene sus albricias.

MATA.—¿Qué ha de hacer de tanto jardinero?

PEDRO.—Estos docientos entended que son del jardín del palacio, que de los otros jardines más son de cuatro mill.

MATA.—¿Jardineros?

PEDRO.—Sí; bien nos contentaríamos todos tres siuviésemos la renta que el Gran Turco de solos los jardines. La primera cosa que cada señor hace es un jardín, el mayor y mejor que puede, con

muchos cipreses dentro, que es cosa que mucho usan; y como ha cortado la cabeza a tantos bajás y señores, tómales todas las haciendas y cáenle jardines hartos; y de aquellos “agas” grandes que tiene por guarda de las mujeres y pajes hace grandes señores, y como son capados y no pueden tener hijos, en muriendo queda el Turco por heredero universal. Berzas y puerros y toda la fruta se vende como si fuese de un hombre pobre, y se hacen cada año más de cuatro mill ducados de tres que yo le conozco, que el uno tiene una legua de cerco.

MATA.—¿De qué nación son esos mozos?

PEDRO.—Todos son hijos de cristianos, y los privados que tiene en la cámara y en casa, también.

JUAN.—Espántame decir que todos sean allá esclavos, si no el Rey.

PEDRO.—Todos lo son, y muchas veces veréis uno que es esclavo del esclavo del esclavo; acemileros, camelleros y gente de la guarda del Gran Turco y otros oficiales necesarios, entended que hay, como acá tienen nuestros Reyes, sin que yo los cuente médicos, y barberos, y aguadores, y estufas.

JUAN.—¿Cuántos serán aquellos eunucos principales que hay dentro el cerraje?

PEDRO.—Más de ciento, de los cuales hay diez que tienen cada día de paga cuatro ducados, y otros tantos de a dos, y los demás a ducado, y vestidos de seda y brocado.

MATA.—¿Y esos pueden salir a pasear por la cibdad?

PEDRO.—Ninguno, ni de cuantos pajes he contado, que son más de docientos, puede salir ni asomarse a ventana más que las mujeres, porque son celosos, y como creo que os dije otra vez ayer, todos, desde el mayor al menor, cuantos turcos hay son bujarrones, y cuando yo estaba en la cámara de Zinán Bajá, los vía los muchachos entre sí que lo deprendían con tiempo, y los mayores festejaban a los menores.

JUAN.—Y cuando esos pajes son grandes, ¿qué les hacen? ¿Múdanlos?

PEDRO.—Luego los hacen “espais”, que son como gentiles hombres de caballo, y les dan medio escudo al día, y caballo y armas, y mándanles salir del cerraje, metiendo en su lugar otros tantos muchachos. Allí les van cada día los maestros a dar lición de leer y escribir y contar.

EL EJERCITO

JUAN.—He oído que en las cosas de la guerra no gasta dinero como nuestros reyes.

PEDRO.—¿Ya queréis que entremos en la guerra? Pues sea así. Digamos primero de los señores y capitanes. Tras los tres Bajás, la mayor dignidad es “beguelerbai”, que es como quien dice señor de señores. Capitán general destos hay uno en Grecia, el cual tiene debajo de sí cuarenta santjaques”.

MATA.—¿Qué es “santjaque?”

PEDRO.—Como acá maestros de campo o coroneles: “sangac”, en su lengua, quiere decir bandera, y ciento y cincuenta “subagis”, que son gobernadores. El “beglerbai” tiene treinta mill ducados de paga, sin sus provechos, que son mucho más. Los “sanjaques bais” tienen de cuatro a seis mill ducados; los “subaxis”, de mill a dos mil; el segundo “beglerbai” es de la Anotolia, y tiene treinta “sanjaques” y cient “subaxis” cuasi de la misma paga. Tiene también ocho mill “espais”, y el de la Grecia, otros tantos y más. El tercero es el “beglerbai” de la Caramania; no es tan grande como estos otros. Tiene diez “santjaques”, y entre “subagis” y “espais”, obra de diez mill. El cuarto es el “beglerbai” de Amacia. Tiene como éste la paga y gente. El quinto es el de Arbecha, en Mesopotania. Danle más partido que a los otros porque está en la frontera del Sofi. Tiene veinte “sanjaques” con quince mill caballos; tiene sobre todo esto un Virrey en las tierras que tomó al Aduli y otro en el Cairo, que le envían cada año grandes tesoros. En el campo es preferido el “beglerbai” de la Grecia, y no puede nadie tener las tiendas colocadas ni junto a la del gran señor sino los tres Bajás, y éstos, y si hay algún hijo del Gran Turco, es obligado a estar debajo de lo que éstos ordenaren, en paz y en guerra. Paga muy bien toda esta gente. Cada luna veis aquí un ejército. Tras éstos es un señor que es mayor que todos si quiere, que es el “genizaro aga”, el general de los ge-

nizaros, el cual tiene debajo de sí comúnmente doce mill genízaros, que hacen temblar a toda Turquía, y en quien está toda la esperanza del campo y las victorias más que en todo junto, como nuestro rey en los españoles.

JUAN.—¿Qué cosa son esos genízaros?

PEDRO.—Todos son hijos de cristianos tributarios del Gran Turco, como griegos, búlgaros y esclabones, los cuales son obligados los padres a dar de cinco uno, no en todas partes, porque en muchas son privilegiados; y demás de todo esto, aunque os parece que gasta mucho el Turco con tener el ejército en paz y guerra tan grande, hagos saber que es poco; porque de cada cabeza que hay en la casa de cualquier cristiano o judío, de catorce años arriba, son obligados a pagar un ducado cada año. Mirad cuántos millones salen, y los hijos que le diezman tómanlos pequeños y pónenlos a oficios y a deprender leer y a trabajar, para que se hagan fuertes, y destos eligen los genízaros. Llámanse, antes que los hagan genízaros, "axamoglanes". Traen por insignia los genízaros unas escofias de fieltro blanco, a manera de mitras, con una cola que vuelve atrás y hasta en medio labrada de hilo de oro, y un cuerno delante de plata, tan grande como la escofia, lleno de piedras los que las tienen. Estos son gente de a pie, y si no es los capitanes dellos, que son diez principales de a mill, y ciento menores de a cada ciento, no puede en la guerra nadie ir a caballo.

JUAN.—¿Qué es la paga desos?

PEDRO.—De real y medio hasta tres cada día, y una ropa larga azul cada año. Los “axamoglanes” tienen de medio real hasta tres cuartillos y otra ropa; su insigna es una escofia de fieltro amarillo, de la misma hechura que un pan de azúcar; también les dan una ropa de paño más grosero y del mismo color cada un año, y destos y de los genízaros envían siempre en todos los navíos del gran Señor cada y cuando que salen fuera para el mar Mayor y al Cairo y Alejandría.

MATA.—¿Dónde tienen esos genízaros su asiento?

PEDRO.—Las fortalezas principales todas están guarnecidas destos, porque aunque sean malhechores no los matan, sino envíanlos fuera de Constantinopla, en un lugar apartado de Constantinopla, cuasi en medio della, que se llama “Iaibaza”. Están más de mill cámaras, donde ellos viven diez por cada cámara, y el más antiguo de aquellos diez se llama “oddobaxi”, al cual están los otros sujetos, y cuando van en campo es obligado de buscar un caballo en que lleven sus ajuares. Danle a cada cámara un “axamoglan” para que los sirva de guisarles de comer.

MATA.—¿Que tan grande es la cámara?

PEDRO.—Cuanto puedan caber todos a la larga echados.

MATA.—¿Y los que son casados?

PEDRO.—No puede genízaro ninguno ser casado.

JUAN.—¿Cómo duermen?

PEDRO.—En el suelo, como esclavos; no hay

hombre dellos que en paz ni en guerra tenga más cama de una alombra y una manta en que se revolver, y sin jamás se desnudar, aunque esté enfermo.

JUAN.—¿Ninguno puede ser casado?

PEDRO.—Siendo genízaro, no; pero suelen ascender a capitán o a "espai" o algún otro cargo, y salen de aquel monesterio. La más fuerte gente son que en ningún ejército hay de espada, arco y escopeta y partesana, y no creo que les hace cosa ninguna ser fuertes sino el estar sujetos y no regalados.

MATA.—Decid, por amor de mí, a un soldado de los nuestros que no duerma en cama, y si es a costa ajena, pudiéndolo hurtar o tomar por fuerza del pobre huésped, que deje de comer gallinas y aun los viernes, y que no ande cargado de una puta.

JUAN.—Hartas veces duermen también en el campo sin cama.

PEDRO.—Será por no la tener.

MATA.—¿Llevan putas?

PEDRO.—En todo el ejército de ochenta mill hombres que yo vi no había ninguna. Es la verdad que, como son bujarrones y llevan pajes hartos, no hacen caso de mujeres.

JUAN.—¿Ordenan bien su ejército como nosotros?

PEDRO.—¿Por qué no? Y mejor. No son gente bisoña los que gobiernan, sino soldados viejos, y no tienen necesidad de hacer gente ninguna como

aca, sino envía a llamar tal “beglerbai” que venga luego a tal parte; luego éste llama sus “santjaques bais”, y los “santjaques” sus capitanes; y en paz están tan apercebidos como en guerra, de manera que dentro de tercero día que el “beglerbai” recibe la carta del emperador tiene allegados veinte mill hombres pagados, que no tiene que hacer otro sino partirse, y el que dentro de tercero día no pareciese le sería cortada sin remisión ninguna la cabeza, diciendo que ha tantos años que el señor le paga, y el día que le ha menester se esconde. Ochenta mill hombres vi que se juntaron dentro de quince días de como el Gran Turco determinó la ida de Persia.

MATA.—¿No tocan atambores?

PEDRO.—Para hacer gente no; mas en el campo traen sus atambores y bien grandes, que no puede llevar un camello más de uno, y tócanle dos hombres, y cierto parece que tiembla la tierra. También hay trompetas y pífanos.

JUAN.—¿Qué ordenanza llevan cuando el Gran Turco sale en campo?

PEDRO.—De los genízaros escogen para lacayos trescientos, que este emperador tiene los más gentiles hombres de todos, y muy bien adrezados, que se llaman “solaques”; los cuales traen en la cabeza una mitra blanca a modo de pan de azúcar, y encima un muy rico penacho y grande de garzotas blanco. Muy soberbia cosa cierto es ver cuando sale en campo que los genízaros van todos hechos una rueda dentro de la cual va, y los

solaques la mitad atrás y la otra delante, y todos los bajás y beglerbais junto a él, delante de los cuales todos los santjaques van con sus banderas cada uno, y no las dan a los mozos, como acá, sino ellos mismos se la llevan. En cuanto os he dicho hay hombre, sino en los genízaros, que vaya vestido menos de seda o brocado hasta en pies. No curéis de más sino que más soberbio principe en ese caso no le hay en el mundo, ni más rico, porque con cuanta costa tiene en lo que os he dicho gana y no pierde en las jornadas, agora sea por mar, agora por tierra; porque en queriendo salir, luego hecha un repartimiento así a turcos como judíos y cristianos, para ayuda de defender sus tierras contra cristianos, y saca más de lo que gasta por más gente que lleve.

JUAN.—Bien sé que no se puede contar ni saber la renta que tiene de cierto; pero, a lo que comúnmente se dice, ¿qué tanta será?

PEDRO.—Dejadme acabar el escuadrón de la guerra, que todo se andará para que no dejemos rastro. Estos espais, que son como acá caballos ligeros de la guarda del rey, le hacen siempre, cuando está en el campo, de quinientos en quinientos, la centinela al derredor del pabellón, y los que duermen también tienen destar allí; detrás de todos éstos van los silitaros en escuadrón, que son dos mill, los cuales llevan los caballos del Gran Señor para cuando quisiere trocar caballo, que es como acá pajes de caballeriza; luego van los "ulofagos", que son mill cuasi, como espais, y

hacen la centinela al rey de día y noche; luego va el escuadrón de los cazadores, que son tantos como el ejército de algún rey, a caballo y a pie.

JUAN.—De manera que sirven de soldados y cazadores.

PEDRO.—No cale a nadie decir no soy obligado a pelear, que mozos de cocina y todos van cuando el rey sale. Bien son los cazadores mill de caballo, y más de otros tantos a pie, y tiénelos bien menester, porque tiene gran multitud dealcones, azores y girifaltes que le traen de tributos y presentes; perros de todas suertes un buen rabaño hay como de ovejas, de más de dos mill. Los lebreles y alanos tienen paga de genízaro cada día: los podencos, galgos y perdigueros, paga de “axamoglan”, y aun mantas cada un año, así para echarse como para traer, porque los usan allá traer enmantados como caballos. Mill jenízaros y “axamoglanes” tienen cargos de solos los perros, y no les falta en qué entender.

MATA.—¿Y gente de a pie no hay?

PEDRO.—Demás de los genízaros y solaques, que van a pie, hay otro escuadrón que llaman “cariplar”, como quien dice el de los pobres, que por la mayor parte es de tres o cuatro mill. El postrero es de azapes, como quien dice libres, los cuales son hijos de turcos y naturales, y éstos se allegan como acá los soldados, y cuando se acaba la guerra los despiden.

JUAN.—Con todo eso no me parece que llega el ejército a ochocientos mill y a cuatrocientos

mill, como acá nos cuentan que trae el Gran Señor en campo.

PEDRO.—Una muy gran cantera o mina habéis descubierto que no os la sabrá nadie soltar sino es muy visto en aquellas partes; y si nuestro invictísimo César tuviese tiempo de poder ir contra este ejército, con sólo el diezmo de gente que llevase quebraría los dientes al lobo, sino que, parte él estar empedido en estas guerras de acá, que no le dejan ejecutar su deseo, parte también nuestra cobardía y poco ánimo, por las ruines informaciones que los de allá nos dan sin saber lo que se dicen, les da a ellos ánimo y victorias; de manera que el miedo que nosotros tenemos los hace a ellos valientes, que de otra manera más gente somos de guerra sesenta mill de nosotros que seiscientos mill dellos, y más son diez mill caballos nuestros que cien mill de los suyos.

MATA.—¿Cómo pueden ser más setenta que ochocientos?

PEDRO.—Decíroslo he, si estáis muy atentos a oír la cosa, que hallaréis pocos o ninguno que os sepa decir ciertamente. Suele haber en el campo del Gran Turco ordinariamente quinientos mill hombres, y no más tampoco, porque siempre se dice más de lo que es, de los cuales ojalá sean el diezmo para armas tomar; cient mill caballos cada vez los lleva sin dubda ninguna; mas tened por averiguado que no son treinta mill, ni aun veinte. ¿Pensáis que por caballo se ha de entender un caballo de los hombres de armas de acá? Pues

engañados estáis, que de aquellos pocos hay. ¿Acuérdateos que os dije ayer cuando me quise huir que compré dos caballos en cinco ducados, razonables?

MATA.—Muy bien.

PEDRO.—Pues haced cuenta que de seis partes de los que hay en el campo del Gran Turco los cinco son de aquéllos.

MATA.—¿Y de qué sirven?

PEDRO.—Yo os lo diré: de dos mill espais que hay, que tienen a medio ducado de paga al día, cada uno es obligado a tener tres caballos consigo y tres hombres en ellos; y otros que tienen un ducado de paga son obligados a mantener seis caballos, y cada uno conforme a la paga que tiene; allende desto, como no son gente regalada ni duermen jamás en poblado, cada uno lleva un caballo cargado con la tienda y una cama en que duerme, y otro con arroz y bizcocho y calderas en que guisar de comer, y otro para los vestidos y ajuar; demás de todo esto, en casa no dejan más de las mujeres; no hay quien no tenga media docena de esclavos, pajes y otros cuatro para los caballos, y todo esto que digo mantiene cada día con medio real de pan y otro tanto de arroz; vino no lo beben; pues los caballos los más días comen heno. Finalmente, que cada espai lleva al menos ocho caballos, y entrellos uno que vale algo, y diez esclavos, y con dos reales de costa al día el que más gasta. Así mesmo cada ulofegi otro tanto, y todos cuantos tiran de paga un ducado

llevan doce criados y otros tantos caballos; y si tiene de paga dos ducados lleva doblados caballos y esclavos.

JUAN.—Espántame poder sustentar con tan poco dinero tanta gente.

PEDRO.—¿De qué os espantáis? ¿No miráis que son sus esclavos y no les dan salario ninguno ni a beber vino, ni vestido, sino de mill en mill años? También hinchén mucho los que tienen cargo de apacentar los caballos del Gran Turco y llevarlos de diestro, que son cristianos.

MATA.—¿Y van con él a la guerra?

PEDRO.—Y son los que más provecho le hacen, de Caramania y Blachia, que son tierras de gente medio salvaje, y de Bulgaria. También se dan muchos tributos al Gran Turco, entre los cuales cada año tienen estas provincias de enviar dos mill hombres para dar el verde a los caballos del Gran Señor y llevarlos de diestro cuando van en campo.

JUAN.—¿Y qué paga les dan a esos?

PEDRO.—Ninguna; más de que cada uno, cuando se vuelven, que ha servido un par de años, lleva consigo una póliza de cómo sirvió, y es exento de no pagar al rey tributo ninguno de un ducado que cada año había de pagar, y cuando vienen la primavera traen su capitán y vanse a presentar delante del Gran Turco con una hoz y un haz de heno, cada uno por insignia, y luego les reparten los caballos.

MATA.—¿Pues tantos caballos tiene el Gran Señor que son menester dos mill hombres?

PEDRO.—Y aún más de tres mill también. Es muy rico y tiene granjerías de yeguas y caballos, y os seguro que pasan de cinco mill los caballos regalados y más de cincuenta mill camellos, por lo decir de cient mill. ¿Con qué pensáis que podría dar a todos los de su corte, que son más de veinte mill, los caballos y camellos sino desta manera? Que si yo tengo por gentil hombre suyo un escudo de paga, digo de los que sirven en su corte, les da también tantos caballos y tantos camellos cuando fuere en campo; por manera que, muy bien contado todo, de cuatrocientos mill hombres habrá cient mill que peleen, y aun ojalá ochenta, y esto querría yo que procurasen saber de raíz nuestros príncipes cristianos, y no creer a cada chirrichote que se viene a encalabazarles veinte mentiras, que después no hay quien los saque dellas. Pues en las cosas de la mar, me decid; que no hacen sino hablar que puede armar docientas galeras, quinientas galeras; yo le concedo que cada vez que quiera puede echar trescientas en la mar; pero armarlas le es tan imposible como a mí, porque si tiene guerra en Persia, si arma setenta hará todo su poder y más de lo que puede; y si no tiene guerra, ciento y veinte serán las más que pueda.

MATA.—¿Cómo no puede con tanto dinero armar las que quisiere?

PEDRO.—Porque no aprovecha el dinero y la ga-

lera sin gente que la gobierne. No hay marineros en todo su estado para más de ciento; y aunque haya marineros no hay quien reme, que tiene menester para cada una ciento y sesenta hombres, y no se pueden haber de tres o cuatro mill adelante, de aquellos morlacos y chacaes que vienen a Constantinopla para alquilarse a remar.

JUAN.—¿Qué será la renta del Gran Turco?

PEDRO.—Lo más conforme a la verdad que pude descubrir es que de sólo el tributo de los cristianos tiene cada año millón y medio, sin los presentes, que son más de otro medio; las alcabalas, un millón escaso; las salinas, medio millón; bien hay otro medio millón al menos de las cosas que vacan antes que él las provea y las haciendas de todos los que mueren sin hijos, y aunque los tengan, si tienen oficios reales, entra por hijo el Gran Turco a la partición. El estado que fué del Carabogdan paga cada año millón y medio y harto más; los venecianos pagan por Chipre y el Zante trece mill ducados, sin lo de las parias, que no sé lo que monta. El Chio le da catorce mill; Raguza, medio millón dicen; esto no sé si es tanto. El Bajá que está por gobernador del Cairo y Suria y todo el estado que tenía el soltán, da un millón y quince mill hombres pagados. Sobre todo esto tiene aquellas minas que ayer os dije de la Cabala y la isla del Schiato, que pasan de dos millones. Pues sumadme vos lo que valdría la décima de todos los frutos del imperio, que yo no me atrevo.

JUAN.—¿Los diezmos lleva el Gran Turco?

PEDRO.—¿Qué pensabais? Todos, ansí de cristianos como judíos y turcos, y no penséis que le valen menos los judíos del tributo que le dan que los cristianos, que antes es más; porque aunque creo que son más los cristianos, los tributos de los judíos son mayores mucho. Cuando tiene de ir en campo, todos los Bajás y beglerbais y santjaques y los demás oficiales principales a porfía le hacen cada uno un presente, el mejor que puede. Yo vi uno que Zinán Bajá le hizo que valía cient mill ducados, de plata y oro y sedas.

JUAN.—Un mal orden veo en el pagar del tributo de los cristianos que decís.

PEDRO.—¿Qué es?

JUAN.—Que paga uno de catorce años arriba un ducado; ¡qué barbarería es tratar a los pobres y a los ricos de una mesma forma!

PEDRO.—No tocáis mal punto, y por eso os tengo dicho que preguntándome me haréis acordar muchas cosas. El pobre y el rico, en tocando los años catorce, es empadronado en el libro que llaman del "aracho", y si es pobre paga un escudo, y el rico tres.

JUAN.—Eso bien.

PEDRO.—Y aun hay algunos, particularmente privilegiados, que no pagan nada, mas son obligados de hacer un presente que valga treinta ásperos.

MATA.—¿De artillería es bien proveído?

PEDRO.—No lo solía ser, ni tenía maestros que los enseñasen, principalmente el encabalgar las

piezas en carretones, hasta que echaron los judíos de España, los cuales se lo han mostrado, y el tirar d'escopetas, y hacer de fuertes y trincheras y todos cuantos ardides y cautelas hay en la guerra, que no eran antes más que unas bestias. Hanse en el campo desta manera, que si se quema la tienda de alguno, so pena de la vida no puede gritar ni hacer alboroto, sino matarlo si puede buenamente, por no desasosegar el campo, y aunque vengan a matar algunos a otro, no puede aquel tal gritar, sino defenderse y callar, so la mesma pena, y aunque se le suelte el caballo no puede ir tras él gritando, sino bonicamente si le puede coger, y si no, que se pierda.

JUAN.—¿Qué maceros lleva el Gran Señor? Porque otros reyes llevan los que hagan lugar para pasar.

PEDRO.—Llámase el "chauz baxi", un capitán que sirve como de sargento, de poner la gente en orden, y tiene debajo de sí, que tengan el mesmo oficio, trecientos "chauzes", que van haciendo lugar por donde ha de pasar.

MATA.—¿Hay allá postas como acá?

PEDRO.—Donde quiera que va el Gran Señor le siguen los correos de a caballo; pero no hay caballos deputados para eso, porque son tan celosos que les podrían dar avisos a los cristianos por donde urdiesen alguna traición.

MATA.—¿Pues corren sin caballos?

PEDRO.—Cada uno es menester que lleve una cédula del Gran Turco para que le den caballos por

donde fuere, con la cual hacen dos mill bellaquerías, tomando cuantos topan por el camino sin que se les pueda decir de no, y algunos rescatan por dineros. Verdad sea que no corren allá de noche; los mejores correos son de a pie, que van siempre donde quiera que va el Gran Señor junto a él cient persianos, que llaman "peics", los cuales dicen por muy averiguado que no tienen bazo. Yo no lo creo; pero ellos mismos me dicían que era verdad, y no querían decir el secreto como se le sacaban. Estos van cantando y saltando siempre delante el caballo del señor, sin calzas, vestidos de unas ropas de seda verdes y cortas hasta las espinillas; en la cabeza una mitra como pan de azúcar de terciopelo colorado, llena de muchas plumas y muy galanas, y colgadas de la cinta unas campanillas como de buhonero, de plata, que cuando caminan van sonando; en la una mano un pedazo de azúcar cande, y en la otra, una redomica de agua rosada, con que van rociando la gente, y en el puncto que algo quiere el señor, despachan uno de aquellos.

JUAN.—¿Qué tanto caminan cada día?

PEDRO.—Veinticinco leguas y treinta si fuere menester. Zinán Bajá tenía uno que de Constantinopla a Andrinopoli iba en un día y venía en otro, que son treinta leguas.

MATA.—Mucho es; no camina más la posta. ¿Es verdad que cuando el Gran Señor sale fuera siempre lleva diez mill caballos que le acompañan?

PEDRO.—Más lleva de ochenta mill cuando va a la guerra.

MATA.—No digo yo sino a pasear por la cibdad o a su oración.

PEDRO.—Eso es una gran mentira; porque si tiene de ir a pasear, por la mayor parte va en un bergantín por mar; si tiene de ir a la oración, saber que lo que esos dicen en su vida vieron do- cientos caballos juntos, porque de otra manera no dirían tan grande necedad; desde el palacio a Sancta Sofía, donde se le dice el oficio, habrá cua- trocientos o quinientos pasos. Pues metedme en quinientos pasos diez mill caballos. Aina me ha- réis decir que diez mill mosquitos no cabrán por el aire, cuanto más caballos. La realidad de la verdad es que cuando sale, así sale como nues- tro emperador, con obra de trescientos de a caba- llo y otros tantos de a pie, y no creáis otra cosa aunque os lo juren; lo que podrán afirmar es que son gente muy lucida todos aquellos, porque traen ropas de brocado y sedas de mill colores, hasta en pies, y muy lucidos caballos, y aquellos “sola- ques”, con sus penachos, campean mucho y abul- tan, yendo como van ellos y los genízaros en gran- de ordenanza.

JUAN.—¿Sancta Sofía tienen los turcos como nosotros?

SANTA SOFIA

PEDRO.—Justiniano Magno, duodécimo empera- dor de Constantinopla, edificó el templo de Sancta

Sofía, el más magnífico, sumptuoso y soberbio edificio que pienso haber en Asia, Africa ni Europa; y cuando soltán Mahameto tomó a Constantino-
pla, hízole hacer, quitando todas las imágenes y figuras, mezquita suya, adonde el Gran Señor va todos los viernes a su oración, y quedóle el nombre de Santa Sofía. Toda la han derribado, que no ha quedado más de la capilla principal y dos claustras, para edificar allí casas.

JUAN.—¿Qué más había de tener de dos claustras?

PEDRO.—Más de cuatro villas hay en España menores que solía ser la iglesia; tenía trecientas puertas de metal y una legua pequeña de cerco.

JUAN.—¿Qué obra tiene? ¿De qué está hecha?

PEDRO.—Yo quería pintárosla cuando hablase de Constantinopla; pero, pues viene a propósito, dicho se estará; no puedo decir con verdad cómo estaba primero, porque yo no la vi, sino de oídas; mas viendo los cimientos por donde iba y lo que agora hay, se puede sacar lo que estonces era. Las dos claustras son todas de mármol blanco, suelo y paredes, y la techumbre, de obra mosaica; tienen diez y ocho puertas de metal. El mármol no está asentado como acá, sino muy pulido, a manera de tablero de ajedrez.

MATA.—Eso me dad a entender que las paredes se hagan de aquella hechura.

PEDRO.—Los mármoles sierran allá como acá los maderos, y hacen tan lindas y tan delgadas

tablas dél como de box, lo cual es uno de los más grandes trabajos que a los cristianos les dan.

MATA.—La sierra debe de ser de requesón, porque otra cosa no bastar a hender ni cortar los mármoles, como nos queréis hacer en creer.

PEDRO.—La sierra, porque hagáis milagros, corta sin dientes ni aguzarla, y porque me habéis detenido mucho en esto, os lo quiero presto dar a entender. Con aquellas sierras, en la señal que hacen, echando arena y agua se corta con la misma arena, y es menester que uno esté de contino echando arena.

JUAN.—Donde sacan el jaspe, en Sancto Domingo de Silos, me han dicho que se hace eso.

PEDRO.—Créolo; de manera que primero hacen de obra gruesa la pared; después asientan encima aquellas losas, no más ni menos que los escaques en un tablero de ajedrez, o como acá ladrillos. La capilla principal no tiene en toda ella mármol ninguno, sino todo es jaspe y pórfido.

MATA.—¿El suelo también?

PEDRO.—Todo.

MATA.—¿No será muy grande desa manera?

PEDRO.—Cabrán dentro diez y siete mill ánimas, las cuales cada día de viernes se ven salir, porque sólo aquel día se dice el oficio con solemnidad, de que el rey o quien está en su lugar se tiene de hallar presente.

MATA.—¡Ay, ojo! ¡Ay, que me ha caído no sé qué! ¿En una capilla de jaspe y pórfido diez y siete mill ánimas? Vos, que estáis más cerca, ti-

radle del hábito, y paso, porque se le romperéis todo.

PEDRO.—El contar a bobos como vos cosas tales es causa del admirar. ¿Habéis nunca estado en Salamanca?

MATA.—¡Pues no! ¿Por qué lo preguntáis?

PEDRO.—Que boquiabierto debíais estar cuando visteis el reloj, porque para tales entendimientos como el vuestro y otros tales, aquello es una sutil invención y grande artificio. Pues más os hago saber, que con ser cuán grande es, que bien terná un tiro de arcabuz de parte a parte, en medio no tiene pilar ninguno, sino el crucero de obra mosaica, que parece que llega al cielo; alderredor todo es corredores de columnas de pórfido y jaspé, sobre que se sustenta la capilla, uno sobre otro. Estoy por decir que en solas las ventanas pueden estar más de doce mill ánimas, y es así.

JUAN.—¿Cómo están esos corredores? ¿Todos alderredor de la capilla?

PEDRO.—Sí, y unos sobre otros, hasta que llega a lo más alto.

JUAN.—Admirable cosa es esa. ¿Y dejan entrar a cuantos quieren dentro a verlo?

PEDRO.—Si no son turcos, no puede otro ninguno entrar, so pena que le harán turco, salvo si no es privado, como yo era. Siempre tiene su guarda de genízaros a las puertas, los cuales por dos reales que les den dejarán entrar a los que quisieren, sin pena; pero si entran sin licencia, castíganlos como dicho tengo. La capilla tiene nueve puertas de me-

tal que salen a la claustra, todas por orden en un paño de pared, cuatro de una parte y otras tantas de la otra; tienen la mayor en medio y todas son menester, según la gente carga, y son bien grandes; tienen unas antepuertas de fieltro colorado; la cubierta de arriba, en lugar de tejas, es toda plomo, como dije de la casa de Ibrahim Bajá.

MATA.—Yo callo. Dios lo puede hacer todo.

PEDRO.—Bien podéis, que ello es como yo digo, que no me va a mí nada en que sea grande ni pequeña; mas digo aquello que muchas veces he visto y palpado.

COSTUMBRES CIUDADANAS

JUAN.—Los galanes, ¿como por acá van a mula y a caballo a ese templo?

PEDRO.—Todos los que las tienen. Verdad es que más se usa cabalgar a caballo que a mula, aunque muchos señores van a mula y los judíos médicos también; tienen por gran deshonestidad cortarles la cola, y por eso no lo hacen, sino trézensela y átansela a la correa del estribo que la lleve de lado.

JUAN.—¿Traen gualdrapas?

PEDRO.—Todos; pero pequeñas, de brocado o de carmesí; las sillas son pequeñas y muy pulidas, pintadas o de plata, y sobrellas no les echan gualdrapa ni otra cubierta, porque son ansí más galanas labradas. El mozo despuelas o paje lleva un caparazón de paño muy repicado, y en apeándose

el amo luego, le echa aquél encima a la silla porque no se ensucie.

MATA.—¿Cabalgan bien? ¿Son buena gente de caballo?

PEDRO.—Los turcos no, sino muy ruin; los estribos son anchos como los de la jineta, y cabalgan largo a la estradiota. Si corren, harto piensan que hacen en tenerse que no los derribe el caballo, sin otra policía, dando mill culadas. Los caballos todos son capados y mejor curados que ninguna nación, sino es aquellos que quieren para casta, y de aquí viene que están en una caballeriza muchos muy juntos sin rifar. Por la mayor parte traen todos los galanes el freno de plata y las riendas también. Llevan todos colgada del arzón una maza de hierro y una caja de latón que cabrá dentro un azumbre de vino.

MATA.—¿De qué les sirve aquella?

PEDRO.—Cuando pasean por la cibdad llevan en ella una esponja con que se limpian los vestidos en apeándose, como nosotros con escobetas, y cuando van en campo les sirve como a nosotros una barretera o barjuleta de llevar un poco de carne o higos o pan.

LAS ARMAS

MATA.—¿No hay allí escobetas?

PEDRO.—Sí, hartas; pero mucho mejor limpia el paño la esponja, y el cuero para las guarniciones del caballo; que en apeándose, entre tanto que negocia, se las tienen de limpiar los mozos; tanto

son de pulidos y limpios. Para los pies del caballo lleva el mozo despuelas otra en la cinta.

MATA.—No hemos dicho de las armas con que pélean.

PEDRO.—Ellos no usan arneses como nosotros; camisas de malla los que las pueden alcanzar las traen, y unos morriones guarnescidos de plata, muy bien hechos, y éstos son pocos los que se los ponen, porque el tocado que ellos traen cada día en lugar de caperuza es tan fuerte como un almete y no le pasará un arcabuz; la gente de caballo también lleva cada uno una lanza medio jineta, con una veleta de tafetán, y como cada caballo tenga una destas en la mano, parece lo mejor del mundo, y de muy lejos campea.

MATA.—No podrá dejar de ser cosa muy de vercient mill caballos que cada uno tenga su lanza con bandereta; pues ¿no usan lanza en cuja, como éstas de nuestros hombres darmas?

PEDRO.—¿Para qué las quieren, no usando arneses? La gente de a pie son buenos escopeteros, y traen unas gentiles escopetas, que acá son muy presciadas, y con razón, partesanas y sus cimitarras.

JUAN.—Muchas veces he oído que cuando tiene de llevar la artillería, que la hace desbaratar toda, y a cada uno da tantas libras que lleve y adonde se tiene de asentar la hace hundir.

PEDRO.—Asiéntese con las otras fábulas que por acá cuentan, y no nos detengamos en eso, que él trae la mejor artillería que príncipe del mundo, y

mejor encabalgada en sus carretones y con todo el artificio necesario. Teniendo tantos renegados, por nuestros pecados, que son muchos más que los turcos naturales, ¿queríais que ignorase todos los ardides de la guerra? Aina me haréis decir que es más y mejor la artillería que tiene sobrada en Constantinopla, sin servirse della, que la que por acá tenemos, aunque sea mucha. El Sofi es el que no trae artillería ni escopetería, que si la tuviese, más belicosa gente son que los turcos.

JUAN.—El Sofi ¿es turco o qué es?

PEDRO.—Rey de Persia, donde fué el fin de Mahoma; todos son moros.

JUAN.—¿Pues a qué fin es la guerra entre él y el Gran Turco?

PEDRO.—Pretende el Sofi que él es el legítimo emperador de Constantinopla, Cairo y Trapisonada, y a él compete la conquista y defensión de Mahoma, como a más antiguos moros, y que el Gran Turco es medio cristiano, y descende dellos, y todos sus renegados son hijos de cristianos y malos turcos, como el emperador solía traer contra los alemanes luteranos la guerra.

JUAN.—¿Qué gente trae en campo ese?

PEDRO.—Sesenta mill caballos, todos de pelea, y tan acostumbrados al mal pasar que se estarán dos años si es menester sin meter la cabeza debajo de poblado.

JUAN.—¿Y a pie?

PEDRO.—Ninguno, ni un tan sólo hombre, y por eso es más fuerte que el turco, y las más veces

le vence, porque hoy están aquí, mañana amanesce aculla, y toma de sobresalto al Gran Señor muchas veces. Por donde quiera que va todo lo asuela: lo poblado no deja casa ni cimiento; los panes por donde pasa todos los quema; la gente toda la pasa a cuchillo; porque cuando va el Gran Turco por allí no hallen qué comer ni dónde se acoger para hacerse fuerte.

MATA.—¿Llevando el Gran Turco mucha más gente que él no le vence? ¿Y más con tanta artillería como decís que tiene y el otro no nada, y la gente de pie que es más?

PEDRO.—Si el Sofi quisiese esperar batalla campal, no hay dubda, sino que le vencería cada vez, porque la gente de a pie mucha cosa es para desjarretarles los caballos.

JUAN.—Más es la artillería.

PEDRO.—No os engañéis en eso, que en batalla campal las manos y arcabucería hacen la guerra y en la mar también, que la artillería poco estrago puede hacer. Contra una cibdad es buena, porque derriba un lienzo de una cerca o una torre, o un fuerte de donde les hacen mal, y hace lugar por donde pueda entrar el ejército; pero en lo demás todo es llevar una hila de gente, que en un ejército no es nada y da muchos cincos, unos de corto, otros de largo y otros de calles. Líbrea Dios de las pelotillas pequeñas cuando juega la arcabucería, que parece enjambre de abejas, y si una no os acierta, viene otra y otra que no puede errar. Los persianos cabalgan excelentísi-

mamente, y sesenta mill caballos que el Sofi trae sin dubda valen más que un millón del Gran Turco.

JUAN.—¿Pues cómo no le quiere esperar la batalla?

PEDRO.—De miedo de la artillería y gente de a pie, que hacen luego fuertes y trincheas donde se mete la gente de a pie, y los de caballo no pueden entrar allí ni ofenderles.

JUAN.—Desa manera, ¿cómo decís que por la mayor parte es victorioso el Sofi?

PEDRO.—Yo lo diré. El Gran Turco le va siempre rogando que le espere la batalla campal, y el Sofi va huyendo y no quiere. Al cabo, concédesele y señalan el lugar donde tiene de ser, y allí cada uno asienta su real, y el Gran Turco planta su artillería y ordena su campo, y el otro pone sus tiendas y comienzan luego de escaramuzar, en las cuales escaramuzas siempre el Sofi gana, porque son lejos de la artillería, y tienen ventaja en la caballería. Vienen luego a la batalla, y al mejor tiempo, como se ven ir de vencida, vuelve las espaldas y alza su real y húyese. El Gran Turco va siguiendo la victoria, y acójele a cualquier montaña, y al mejor tiempo revuelve de noche sobre la rectaguarda del túrco, que resta a guardar la artillería, y tomándola sobre salto desbarátala y destrúyela.

JUAN.—Por manera que cuando quiere vencer huye.

PEDRO.—No puede, si eso no hace, ganar sino

perder; la mejor cosa que él trae es venir así a la ligera. Si tuviese este Sofi arcabucería, sin duda ninguna podría conquistarle cuanta tierra tiene, y si nuestros príncipes cristianos fuesen contra el turco, había de ser cuando tuviese guerra con éste, que entonces no tiene fortaleza ninguna.

MATA.—Mejor sería hacer del ojo al Sofi, como quien dice: dad vos por allá y yo por acá; tomarle hemos en medio; mas poco veo que ganamos con todas sus discordias, como ellos han hecho con las nuestras.

PEDRO.—Ganaremos si Dios fuere servido, y si no se tiene de servir no lo queremos.

LAS MUJÉRES

MATA.—Las bodas turquescas hicimos sin acordársenos del novio, y toda la plática de ayer y hoy hemos hecho sin acordársenos dellas. ¿Hay mujeres en Turquía?

PEDRO.—No, que los hombres se nascen en el campo como hongos.

MATA.—Dígolo porque no hemos sabido la vida que tienen ni la manera del vestir y afeitarse.

JUAN.—Media hora ha que vi a Mátalas Callando que estaba reventando por esta pregunta.

MATA.—¿Son las mujeres turcas muy negras?

PEDRO.—Ni aun las griegas ni judías, sino todas muy blancas y muy hermosas.

JUAN.—¿Cayendo tan allá al Oriente son blancas? Yo pensaba que fuesen como indias.

PEDRO.—¿Qué hace al caso caer al Oriente la tierra para ser caliente, si participa del Setemptrion? Constantinopla tiene 55 grados de longitud y 43 de latitud, y no menos frío hay en ella que en Burgos y Valladolid.

MATA.—¿Afeitanse como acá?

PEDRO.—Eso, por la gracia de Dios, de Oriente a Poniente y de Mediodía a Setemptrion se usa tanto, que no creo haber ninguna que no lo haga. ¿Quién de vosotros vió jamás vieja de ochenta años que no diga que entre en cuarenta y ocho y no le pese si le decís que no es hermosa? En sola una cosa viven los turcos en razón y es ésta: que no estiman las mujeres ni hacen más caso dellas que de los asadores, cuchares y cazos que tienen colgados de la espetera; en ninguna cosa tienen voto, ni admiten consejo suyo. Destos ruidos, cuchilladas y muertes que por ellas hay acá cada día están bien seguros. ¡Pues cartas de favor me decid! Más querría el favor del mozo de cocina que el de cuantas turcas hay, sacada la soltana que yo curé, que ésta tiene hechizado al Gran Turco y hace lo que le manda; pero las otras, aunque sean mujeres del Gran Turco, no tienen para qué rogar, pues no se tiene de hacer.

MATA.—Ruín sea yo si no tienen la razón mayor que en otra cosa ninguna; y si acá usásemos eso, si no viviésemos en paz perpetua y fuésemos en poco tiempo señores de todo el mundo de más de que seríamos buenos cristianos y serviríamos a

Dios, y le terníamos ganado para que nos ayudase en cuanto emprendiésemos de hacer.

JUAN.—¿Qué nos estorban ellas para eso? A la fe nosotros somos ruines y por nosotros queda.

MATA.—¿No os parece que andaría recta toda la justicia de la cristiandad si no se hiciese caso del favor de las mujeres? Que en siendo uno ladrón, y salteador de caminos, procura una carta de la señora abadesa y otra de la hermana del conde, para que no le hagan mal ninguno, diciendo que el que la presente lleva es hijo de un criado suyo; de tal manera que, siendo ladrón y traidor, con una carta de favor de una mujer deja de serlo. La otra escribe que en el pleito que sobre cierta hacienda se trata, entre Fulano y un su criado, le ruega mucho que mire que aquél es su criado y rescibirá dello servicio. El juez, como no hay quien no pretenda que le suban a mayor cargo, hace una de dos cosas: o quita la justicia al otro pobre que la tenía, o dilátale la sentencia hasta tomarle por hambre a que venga a partir con el otro de lo que de derecho era suyo propio, sin que nadie tuviese parte.

JUAN.—Esos serán cual y cual que alcanzan aquel favor; pero no todos tienen entrada en casa de las damas y señoras para cobrar cartas de favor.

PEDRO.—Engañaisos, aunque me perdonéis, en eso, y no habláis como cortesano. ¿Quién no quiere cartas de favor, desde la reina a la más baja de todas las mujeres, no la alcanza? Como el hi-

jo de la que vende las berzas y rábanos quiera el favor, no ha menester más de buscar a la comadre o portera con quien pare aquella señora de quien quiere el favor, y encomiéndase a ella, y alcanzarle ha una alforja de cartas.

JUAN.—Y si es monja, ¿qué cuenta tiene con la partera?

PEDRO.—El padre vicario os hará dar firmado cuanto vos pudierdes notar, aunque no conozcan aquel a quien escriben. Una mujer de un corregidor vi un día, no muy lejos de Madrid, que porque estaba preñada y no se le alborotase la criatura rogó a su marido que no ahorcasen un hombre que ya estaba sobre la escalera, y en el mismo punto le hizo quitar y soltáronle como si no hubiera hecho pecado venial en su vida.

MATA.—¿Andan tan galanas como acá y con tanta pompa?

PEDRO.—Y con más mucha; pero no se pueden conocer fuera de casa ninguna quién sea.

MATA.—¿Por qué?

PEDRO.—Porque no puede ir ninguna descubierta sino tan tapadas que es imposible que el marido ni el padre ni hermano la conozca fuera de su casa.

JUAN.—¿Tan poca cuenta tiene con ella en casa que no la conoce fuera?

PEDRO.—Aunque tenga toda la que quisiéredes, porque no son amigas de trajes nuevos, sino todas visten de una misma manera, como hábitos de monjas. ¿Conoceríais en un convento a

vuestra hermana ni mujer si todas se os pusiesen delante con sus velos?

MATA.—¿Quién las ha de conocer?

PEDRO.—Menos os hago saber que podréis estar; porque todas van de una manera rebozadas, y los vestidos de una hechura, aunque unas vayan deste color, otras de aquel, unas de brocado, otras de seda y otras de paño. Notad cuanto quisiéredes el vestido y rebozo que vuestra mujer e hija se pone para salir de casa, que como salgáis el umbral de vuestra puerta toparéis cien mujeres entre las cuales las medias llevan el vestido mesmo y rebozo que vuestra mujer.

MATA.—¿Son celosos los turcos?

PEDRO.—La más celosa gente son de cuanta hay, y con gran razón, porque como por la mayor parte todos son bujarrones, ellas buscan su remedio.

JUAN.—¿Y sábenlo ellas que lo son?

PEDRO.—Tan grandes bellacos hay entrellos que tienen los muchachos entrellas, y por hacerles alguna vez despecho en una mesma cama hacen que se acueste la mujer y el muchacho, y estase con él toda la noche sin tocar a ella.

MATA.—Sobrales desa manera la razón a ellas.

PEDRO.—Tampoco fiaran que el hermano ni el pariente entre dentro do están las mujeres, como uno que nunca vieron. Cuando yo curaba la hija del Gran Turco, me preguntaba Zinán Bajá, y no se hartaba, cómo era, y cómo estaba, y cómo era posible que yo le tomase el pulso; y siendo

mujer de su propio hermano, y estando dentro de una ciudad, me decía que diera un millón de buena gana por verla, y no en mala parte, sino por servirla como a cuñada y a persona que lo merecía. Pero no aprovecha, que se tiene de ir con la costumbre.

MATA.—Desa manera ¿para qué las dejan salir fuera de sus casas?

PEDRO.—Los que las dejan no pueden menos, porque, como dije atrás, su confesión dellos es lavarse todos, y los jueves, por ser víspera de la fiesta, van todas al baño, aunque sea invierno, y allí se bañan, y de camino hace cada una lo que quiere, pues no es conocida, buscando su aventura; en esto exceden los señores y muy ricos a los otros, que tienen dentro de casa sus baños y no tienen a qué salir en todo el año de casa ni en toda su vida de como allí entran, más que monjas de las más encerradas que hay en Sancta Clara.

MATA.—¿Cómo pueden estar solas en tanto encerramiento?

PEDRO.—Antes están más acompañadas de lo que querrían. Mi amo Zinán Bajá tenía sesenta y tres mujeres. Mirad si hay monesterio de más monjas.

JUAN.—¿Qué quería hacer de tantas mujeres? ¿No le bastaba una, siendo bujarrones como decís?

PEDRO.—Habiéndose de ir de una manera y de otra al infierno, con el diablo que los lleve, pro-

curan de gozar este mundo lo mejor que pueden. Habéis de saber que los señores ni reyes no se casan, porque no hay con quién, como no tengan linajes ni mayorazgos que se pierdan, sino compran alguna esclava que les parezca hermosa y duermen con ella, o si no alguna que les presentan, y si tiene hijos, aquélla queda por su mujer, y hace juntamente, cuando edifica casa para sí, una otra apartada si tiene posibilidad para ello, y si no un cuarto en la suya, sin ventana ninguna a la calle, con muchas cámaras como celdas de monjas, donde las mete cuantas tenga, y aun si puede hacer una legua de su cerraje el de las mujeres es cosa de más majestad. Puede tener, según su ley, cuatro legítimas, y esclavas compradas y empresentadas cuantas quisiere. Y lo que os digo de Zinán Bajá, mi amo, entenderéis de todos los otros señores de Turquía; y no estiméis en poco que yo os diga esto, que no hay nacido hombre turco ni cristiano que haya pasado acá que pueda con verdad decir que lo vió, sino hablar de oídas. En aquella casa tenía sesenta y tres mujeres; en cuatro dellas tenía hijos. La mayor era la madre del hijo mayor, y todas estaban debajo desta, como de abadesa. Este cerraje tenía tres puertas fuertes, y en cada una dos negros eunucos que las guardaban y llaman los "agas" El mayoral destos tenía la puerta de más adentro, y allí su aposento.

JUAN.—¿Y capados eran los porteros?

PEDRO.—No entendáis, a fuer de acá quitadas

las turmas, sino a raíz de la tripa cortado miembro y cuanto tienen, que si de este otro modo fuese, no se fiarían; y destos no todos son negros, que algunos hay blancos. Cuando tienen algún muchacho que quieren mucho, luego le cortan desta manera, porque no le nazca barba, y cuando ya es viejo, sirve de guardar las mujeres o los pajes, que no menos están encerrados. El mayor presente que se puede dar a los príncipes en aquella tierra es destos eunucos, y por eso los que toman por acá cristianos, luego toman algunos muchachos y los hacen cortar, y muchos mueren dello. Habiendo yo de entrar en el cerraje de las mujeres a visitar, llamaba en la primera puerta de hierro como los encantamientos de Amadis, y salíame a responder el eunuco, y visto que yo era, mandábame esperar allí, y él iba a dar la nueva en la segunda puerta, que el médico estaba allí. El segundo portero iba al tercero, que era el mayoral; éste tomaba luego un bastón en las manos y a todas las mujeres hacía retirar a sus aposentos y que se escondiesen, y no quedase más de la enferma; y si alguna, por males de sus pecados, quisiera no se esconder por verme, con aquel bastón le daba en aquella cabeza, que la derribaba, aunque fuera la principal.

JUAN.—¿Superior a todas es ese negro?

PEDRO.—Más que el mismo señor. En manos deste, si quiere, está hacer matar a cualquier turco que él dijere que miró por entre la puerta o

que quiso entrar allá; tiene de ser creído. Dejadas todas encerradas, venía por mí y llevábame a la cámara donde había de mirar la enferma; y no calia ir mirando las musarañas, sino los ojos bajos como fraire, y cuando veía el pulso tenía las manos revueltas con unos tafetanes para que no se las viese, y la manga de la camisa justa mucho, de manera que no veía otra cosa sino dos dedos de muñeca. Todo el rostro tapado, hasta que me quejé al Bajá y le dije: "Señor, de mí bien sabe vuestra excelencia que se puede fiar; este mal negro usa conmigo esto y esto, y por no le ver el rostro pierdo lo más de la cura." El Bajá luego mandó que para mí no se cubriesen ni dejasen destar allí las otras, que yo las viese. De allí adelante, por despecho del negro, le tomaba el pulso encima el codo y les hacía descubrir entrambos brazos, para ver en cuál parescería mejor la vena, si fuese menester sangrar, y quedamos muy amigos el eunuco y yo, y la mejor amistad en casa de aquellos señores es de aquél, porque es el de más crédito de todos, y no hay quien más mercedes alcance con el señor que él. Yo os prometo que el que guarda a la soltana, que se llama Mahamut Aga, que es mayor señor y más rico que duque de cuantos hay en España, y cuando sale a pasearse por la cibdad lleva cient criados vestidos de seda y brocado.

MATA.—¿No tienen grandes envidias entre sí sobre con cuál duerme el señor y se mesan?

PEDRO.—Tenía un aposento para sí en aquel

cerraje, y cuando se le antojaba ir a dormir con alguna, luego llamaba el negro eunuco y le decía: traeme aquí a la tal; y traíasela, y dormía con ella aquella noche, y tornábase a su palacio, sin ver otra ninguna de cuantas estaban allí, y aun por ventura se pasaba el mes que no volvía más allá.

JUAN.—¡Oh, vida bestial y digna de quienes ellos son! ¿Y con sesenta y tres tenía cuenta?

PEDRO.—No se entiende que todas eran sus mujeres, que no dormía sino con siete dellas; las otras tenía como acá quien tiene esclavas: las que le caían de su parte, las que le empresentaban, luego las metían allí como quien las cuelga de la espetera, en donde la señora principal le hacía deprender un oficio de sus manos como ganase de comer, como es asentar oro, labrar y coser; otras sirven de lavar la ropa y otras de barrer, y cuando el señor quiere hacer merced a algún esclavo, dale una de aquéllas por mujer, y hácele primero la cata él mesmo, como a melón, y ansí como ser esclavo de un señor es peor que de un particular y pobre, es también en las esclavas; que el día que de allí las sacan, aunque sea para venderlas, se tienen por libres.

MATA.—Parésceme que esos señores estarán muy seguros de ser cornudos.

PEDRO.—No hay señor allá que lo sea, ni particular que no lo sea, por la grande libertad que las mujeres tienen de irse arrebozadas al baño y a bodas y otras fiestas.

JUAN.—Por manera que esas que están muy encerradas no sirven a sus maridos.

PEDRO.—¿Cuál servir? Yos prometo que en siete meses que Zinán Bajá estuvo malo no le vió mujer, ni él a ella más que le veis agora vosotros, y más que estaban en un cuarto de la casa del jardín donde estaba malo; sino cada día venía el negro mayoral a mí, que decían las señoras que cómo estaba, y llevaba la ropa que había sucia para hacerla lavar, y era también y mejor servido de los pajes y camareros como si estuvieran allí las mujeres.

MATA.—Los particulares, como no puedan mantener tantas casas, ¿estarse han juntos con ellas como acá?

PEDRO.—Es así en una casa; pero de aquella terná una cámara donde se recogen las mujeres, que por más pobre que sea no tiene una sola. ¿Queréis ver cuán estimadas son las mujeres? Que cada día que queráis comprar alguna hallaréis una casa donde, en un gran portal della, se venden dos mill de todas naciones y la más hermosa y más de estofa que entre todas haya costará cincuenta escudos, y si llegase a setenta era menester que fuese otra Elena.

MATA.—Un asno con jáquima y albarda se vale tanto.

PEDRO.—Y aun así no hay quien compre ninguna, que cada día sobran dos mill dellas. Un paje valdrá docientos escudos.

JUAN.—En casa de los particulares ¿comen juntos marido y mujer?

PEDRO.—Todos, y guisan ellas de comer como es entre nosotros, y mandan, algunas hay, aunque pocas, más que los maridos, cuando ven que está pobre y que aunque se quiera apartar no tiene con qué le pagar el dote que tiene de llevar consigo. Todas las calles están llenas de mujeres por donde quiera que vais, muy galanas; y señora hay que lleva tras sí una docena desclavas bien adrezadas, como es mujeres de arraeces y capitanes y otros cortesanos.

MATA.—Dicen por acá que son muy amigas de los cristianos.

PEDRO.—Como sean los maridos de la manera que os he contado, eran ellas amigas de los negros, cuanto más de los cristianos. Cuando van por la calle, si les decís amores, os responden, y a dos por tres os preguntarán si tenéis casa, y si decís que no, os dirán mill palabras injuriosas; si decís que sí, dirán os que se la mostréis disimuladamente, y métense allí, y veces hay que serán mujeres de arraeces; otras tomaréis lo que viniere, y si os parece tomaréis de allí amistad para adelante, y si no no querrá deciros quién es.

MATA.—Desa manera no hay que preguntar si hay putas.

PEDRO.—No penséis que tiene de haber pueblo en el mundo sin putas y alcahuetas, y en los mayores pueblos más. Burdeles públicos hay mu-

chos de cíngaras, que son las que acá llaman gitanas, cantoneras muchas, cristianas, judías y turcas, y muchas que ni están en el burdel ni son cantoneras y son desas mismas.

JUAN.—¿No van algunas señoras a caballo?

PEDRO.—Las más van en unos carros cerrados, a manera de litera; otras van a caballo, no en mulas, sino en buenos caballos, ni sentadas tampoco, sino caballeras, como hombres, y por mozos despuelas llevan una manada de esclavas; y sabed que allá no se usa que las mujeres vayan sentadas en las bestias, sino todas horcajadas como hombres.

MATA.—No me parece buena postura y honesta para mujeres.

PEDRO.—En toda Levante, digo, en cuanto manda el turco, no hay mujer de condición ni estado ninguno que no traiga zaragüelles y se acueste con ellos, y no se le da nada que las veais en camisa.

JUAN.—Ese es buen uso. ¿Traen chapines?

PEDRO.—No saben qué cosa es.

LOS TRAJES

MATA.—¿Qué hábito traen? ¿Cómo visten?

PEDRO.—Ya os tengo dicho que si no es en el tocado, todo lo demás es una misma cosa el vestido de los hombres y de las mujeres, y esto se acostumbra desde el principio que vinieron al mundo hasta hoy, sin andar mudando como

nosotros hacemos. En todas las cosas que pueden hacer al revés de nosotros piensan que ganan mérito de hacerlo, diciendo que cuanto más huyere uno de ser cristiano y de sus cosas, más grados de gloria terná y mejor cumplirá la secta de Mahoma, y por eso traen las camisas redondas sin collar ninguno, y las calzas cuantas más arrugas hacen son más galanas, y las mangas del sayo también y las ropas largas y estrechas, y si pudiesen caminar hacia tras lo harían, por no nos parecer en nada, lo cual acostumbran algunos de aquellos sus ermitaños que tienen por santos; cuando van por la calle el pedazo que pueden le caminan hacia tras. La camisa, como digo, es sin cabezón, bien delgada, de algodón porque no usan otras telas, y sobre la camisa traen un jubón largo hasta las rodillas, estofado, y las mangas hasta el codo.

JUAN.—¿Por qué tan cortas?

PEDRO.—Porque se tienen de lavar cada paso para la oración, y es menester arremangar los brazos.

MATA.—Mal se podrán atacar siendo tan largo el jubón, que más me parece a mí sayo.

PEDRO.—No traen esta burlería de calzas con agujetas que parecen tamboriles, como nosotros, sino zaragüelles muy delicados como la camisa.

JUAN.—¿No han frío con ellos?

PEDRO.—El invierno buen zaragüelles traen de paño fino encima del otro delgado, por más limpieza; cuasi es a manera de calzas enteras

nuestras, sino que arriba se ata como zaragüelles; las medias calzas de los tobillos abajo son de un sutil cordobán amarillo o colorado.

MATA.—¿A qué propósito?

PEDRO.—Porque tienen necesidad de traer contino los pies más limpios que las manos, y en el verano todos traen unos borceguís muy delgados, cortos hasta la rodilla, morados, colorados o amarillos, y dan al cuero este color allá tan fino como acá a los paños; en lugar de sayo traen una sotana hasta en pies, que llaman “dola-man”, y por capa una ropa que llaman “ferxa” o “caftan” larga como digo; de qué sean estas ropas, ya veis que cada uno procurará de traerlas de lo mejor que pudiere. Hácense por aquellas partes unos brocados bajos que son más vistosos y galanes que los de cuatro altos; unos de raso pardo, todos llenos de alcachofas de oro o de granadas; otros terciopelo carmesí con flores y hojas de parra de oro; otros de damasco, y que todos aquellos corazones sean de oro. También los señores las tienen de cuatro altos y muy costosas, pero por no ser más galanas no las traen.

JUAN.—¿Qué tanto cuesta una ropa desas?

PEDRO.—Dejando aparte los muchos altos destas otras, de veinticinco ducados a cuarenta.

MATA.—¿No más? Antes me vistiría deso que de paño ni otra seda.

PEDRO.—Cuasi es tan barato, y son tan primos los sastres de allá, que perspuntan de arriba aba-

jo toda una ropa, como parece mejor, y dura doblado.

MATA.—¡Ansí costará caro!

PEDRO.—Un ducado cuesta el perspuntar no más; porque no penséis tampoco que es como perspunte de jubón, tan menudo, sino tienen unas agujas damasquinas largas un gеме y delgadas; como un cabello y con ellas en dos días lo hace un oficial, y aunque sea de bocaci de color, si está perspuntada desta manera, parece bien; las mangas del dolamán son hasta el codo, como las del jubón; pero las de la ropa de encima son largas y estrechas cuan larga es la ropa, y por estar el jubón y sayo sin mangas traen unas postizas y muy largas para que hagan muchas arrugas, como linterna desta, que se cogen y sueltas sin prender con botón ni agujeta, y cuando se quieren lavar tiran de arriba y sale al ruedo pelo y después de lavado de sólo un tirón la viste.

JUAN.—Deben de ser muy amigos de andarse a su placer sin andar engarrotados como estos nuestros cortesanos.

PEDRO.—El borceguí y la calza es tan ancho por bajo como por arriba; agujeta no la busquéis en el turco, que no hallaréis ninguna en Turquía. Las ropas todas traen botones con alamares y andan holgadas; los zapatos son tan puntiagudos como las albarcas que usan los de la sierra, pero pulidos por todo extremo, y se calzan como pantuflos y se descalzan, porque el talón está tieso como si fuese de palo, y todo el zapato ansí

mesmo, y bruñido, no está menos duro y tieso ni aun pulido que si fuese de vidrio y desta manera se lava en la fuente como vidrio sin mojarse; ansi los de los señores como particulares están debajo herrados el calcañar con una herradura pulida, y arriba, debajo de los dedos donde hace fuerza el pie, tienen dos o tres docenas de clavillos.

JUAN.—¿De hierro?

PEDRO.—Pensé que de palo.

JUAN.—¿Y esa llamáis policia?

PEDRO.—Eslo y más por donde están los hierros puestos con tanto primor.

MATA.—¿No van sonando por las calles desta manera?

PEDRO.—Si van, pero ¿qué se les da a ellos? Si acá se usase que todos sonasen por las calles como se usa el no sonar, nadie se maravillaría. Este es el hábito dellos y dellas; de tal manera que si el marido se levanta primero se puede vestir los vestidos de su mujer, y si ella los dél, y cuando le dan al sastre que haga una ropa no penséis que le están examinando hacelda hasta aquí, gandujalda desta manera, guarnecelda destotra; allá no hay guarnición ninguna, salvo que todas las ropas son aforradas en telas delgadas como muy finos bocacis, y no toma el sastre más medida de sacarla por otra ropa, que no ve la persona para quien es, sino tomad esa ropa y haced a medida della otra de aquí.

JUAN.—Seglares y eclesiásticos, oficiales y soldados, ¿todos visten ropa hasta en pies?

PEDRO.—Todos, que no queda ninguno, y griegos y judíos, húngaros y venecianos, y en fin, toda Levante.

MATA.—¿Y no les estorba algo para la guerra?

PEDRO.—¿Qué les tiene destorbar la cosa que desde que nascen acostumbra y cuando es menester ponen haldas en cinta? La más común merced que los señores hacen es dar una ropa de brocado cuando le viene una buena nueva o cuando quieren gratificar una buena obra. Y para esto tienen una multitud en sus casas de sastres esclavos suyos, que están siempre haciendo ropas, y el señor se pone cada día una y luego la da. Cuando yo era camarero tenía Zinán Bajá una rima de más de quinientas de brocado, y cuando quería hacer alguna merced mandaba que le vistiesen aquel tal una ropa de aquéllas, y dábale yo a uno de los pajes que se la vistiese, porque era obligado a darle alguna cosa después que con ella le había besado la mano al señor. Si el Gran Señor envía un capitán proveído en algún cargo, también les da su ropa, con la cual le van a besar la mano por la merced, y de aquí viene una gran mentira que antes que fuese esclavo oía decir por acá, que ninguno podía besar la mano al Gran Señor ni hablarle si no fuese vestido de graná.

MATA.—Y agora se dice y se tiene por así.

PEDRO.—Pues es mentira, que cada uno que tiene que negociar con él le habla con los vestidos que lleva, si no es como dicho tengo, que las

más veces él hace mercedes destas ropas, y después le van a besar las manos con ellas vestidas. Cuando Zinán Bajá estaba por Virrey en Constantinopla y el Gran Turco en Persia, le enviaba desde allá con un correo de mes a mes o de dos en dos la espada que trae aquel día ceñida y el panecillo que le tienen puesto delante para comer. Y este es el mayor favor que le podía dar; la espada dándole a entender que guardase justicia, y el pan, por familiaridad que con él tenía, significando cuán en gracia suya estaba. El día que lo rescibía estaba tan contento que era día de pedirle mercedes.

JUAN.—Aforros de martas y zorras y estas cosas ¿no lo ternán tan en uso como nosotros?

PEDRO.—Más comunes son allá las cebellinas y martas que acá las corderunas. Por maravilla hay en toda Turquía hombre, judío, ni cristiano, ni turco, que no traigan cuando hace frío ropa aforrada lo mejor que su posibilidad sufre. A comprar hallaréis cuantos géneros hay en el mundo de aforros, y en buen precio: martas muy finas cuestan veinte escudos y treinta; cebollinas, ciento, y aun a cincuenta hallaréis las que quisiéredes; turones, a siete escudos, que parecen martas; conejos, ratas, que son como felpa parda, a cuatro ducados; raposos, a tres; corderunas, a dos; zacaes, que son como raposos, a ducado, y por ser tan bueno el precio, pocos hay o ninguno que no los traya; para de camino tiene cada turco una ropa aforrada de barrigas

de lobos que le sirve de cama, y es muy preciada; cuesta diez escudos y no es menos vistosa que martas; hay una cosa en ello, que para aforrar una ropa de las nuestras es menester tanto y medio aforro, porque son más anchas.

JUAN.—¿No traen gorras ni caperuzas?

PEDRO.—En eso el tocado, como dije denantes, difieren los hombres y mujeres del hábito. Caballeros y gente de guerra y seglares, todos se raen la barba dos veces cada mes, dejando los bigotes; los eclesiásticos traen barba; cada semana se rapan las cabezas a navaja y dejan en la corona los cabellos crecidos cuanto un ducado de a diez despacio.

JUAN.—¿Para qué?

PEDRO.—Porque si los mataren en la guerra y el enemigo le cortare la cabeza no le meta el dedo en la boca, que es vergüenza, sino tenga donde la asir.

JUAN.—¿Y todos están en esa necesidad?

PEDRO.—Y en otras muy mayores. En la cabeza lo primero traen un bonetico delgado y colchado, de los que se hacen en galera, y sobre aquél uno de seda grueso dos dedos, y lleno de algodón y colchado, para que esté duro y tieso, en el cual revuelven la toca que llaman turbante, y en su lengua "chalma", y éste unos le traen grande, otros menor. El común de los gentiles hombres lleva cuarenta varas de toca de algodón delgada; los que andan en la mar le traen de veinticinco; el Bajá, cuando va en Consejo, llé-

vale de otra manera que cuando va por la cibdad: todavía terná sus ochenta varas; ansí mesmo le traen el “mufti”, el “cadilesquier” y los otros “cadis”. No es poca sciencia saberle hacer, y hay hombres que no viven de otro. Blanco y limpio le traen como la nieve, y si sola una mota hay sobre él, luego le deshacen y le lavan.

JUAN.—¿Cómo pueden traer acuestas esa albardería?

PEDRO.—El uso hace maestros; enseña hablar las picazas; cava las piedras con el uso la gotera; súfrelo la tierra por ser muy húmeda, y sírveles en la guerra de guardarles las cabezas, que no es más cortar allí que en una saca de lana. Quien nunca vió turcos, si los ve de aparte, pensará que son mujeres, con las ropas largas y los tocados blancos.

MATA.—El tocado de las mujeres ¿de qué manera es?

PEDRO.—Los cabellos por detrás son largos y derramados por las espaldas; por delante los cercenan un poco a manera de los clérigos de acá. La primera cosa que sobre ellos se ponen es un barretín a manera de copa de sombrero, cuadrado, de brocado, y la que más galano puede, más; tieso también es menester, y sobre él, de la media cabeza atrás, un paño delicado, que viene a dar un nudo debajo de la barba, y luego otro encima más delicado, labrado de oro, y una venda de tafetán por la frente a manera de co-

rona, que le da dos o tres vueltas y no se tarda nada en tocar.

MATA.—No me deja de contentar el tocado.

PEDRO.—Parésceles muy bien.

JUAN.—No lo sepan eso las de acá, si no luego dejarán los tocados que tienen y tomarán esos.

PEDRO.—Ahorrarán los alfileres, que no han menester ninguno. Collares de oro, llenos de pedrería, ajorcas y arracadas, por pobre que sea, lo tiene, porque las piedras valen baratas. El día que van al baño he visto muchas señoras mujeres de principales, y cuando van a bodas, que llevan dos mil ducados acuestas de sólo oro y pedrería.

MATA.—¿Debíais de ser ya vos allá un Pedro entrellas?

PEDRO.—Maldita la cosa de mí se guardaba ninguna, sino que me iba a las bodas donde estaban destapadas y no se cubrían de mí, y también cuando visitaba alguna señora venían muchas damas a verla, y hacían un corrillo y metíanme en medio; unas me hablaban turquesco, otras griego, otras italiano, y aun algunas fino español, de las moriscas que de Aragón y Valencia se huyen cada día con sus maridos y haciendas de miedo de la Inquisición. ¡Pues judíos me decid que se huyen pocos! No había más que yo no supiese nuevas de toda la cristiandad de muchos que se iban desta manera a ser judíos o moros, entre los cuales fué un día una señora portuguesa que se llamaba doña Beatriz Méndez, muy rica, y entró en Constantinopla con cuaren-

ta caballos y cuatro carros triunfales llenos de damas y criadas españolas. No menor casa llevaba que un duque de España, y podíañlo hacer, que es muy rica, y se hacía hacer la salva; destajó con el Gran Turco desde Venecia, que no quería que le diese otra cosa en sus tierras sino que todos sus criados no trajesen tocados como los otros judíos, sino gorras y vestidos a la veneciana. El se lo otorgó, y más si más quisiera, por tener tal tributaria.

JUAN.—¿Qué ganaba ella en eso?

PEDRO.—Mucho; porque son los judíos allá muy abatidos, y los cristianos no; y no les harían mal con el hábito de cristianos, pensando que lo fuesen.

JUAN.—¿No tienen allá todos los judíos gorras?

PEDRO.—No, sino tocados como los turcos, aunque no tan grandes, azafranados, para que sean conocidos, y los griegos cristianos, los traen azules. Cuando menos me caté viérais a la señora doña Beatriz mudar el nombre y llamarse doña Gracia de Luna "et tota Hierosolima cum illa". Desde a un año vino un sobrino suyo en Constantinopla, que era año de 1554, que en corte traía gran fausto, ansí del Emperador como del Rey de Francia, y merecíalo todo porque era gentil hombre y diestro en armas y bien leído y amigo de amigos; y hay pocos hombres de cuenta en España, Italia y Flandes que no le conociesen, al cual el Emperador había hecho caballero, y llamábase don Juan Micas; y porque aquella señora no tenía más de una hija, a la cual daba trescientos

mill ducados en dote, engañóle el diablo y circuncidóse y desposóse con ella; llámase agora Iozef Nasi. Los gentiles hombres suyos, uno se ponía don Samuel, otro don Abraham y otro Salomón. Los primeros días que el Juan Micas estuvo allí cristiano, yo le iba cada día a predicar que no hiciese tal cosa por el interese de cuatro reales, que se los llevaría un día el diablo, y hallábale tan firme, que cierto yo volvía consolado, y decía que no iba más de a ver su tía y se quería luego volver. Cuando menos me caté supe que ya era hecho miembro del diablo. Preguntado que por qué había hecho aquello, respondió que no por más de no estar sujeto a las Inquisiciones d'España; a lo cual yo le dije: "Pues hagos saber que mucho mayor la ternéis aquí si vivís, lo cual no penséis que será mucho tiempo, y aquel malo y arrepentido." Y no pasaron dos meses que le vi llorar su pecado; pero consolábale el diablo con el dinero.

JUAN.—¿Qué fiestas y regocijos usan los turcos? ¿Juegan cañas?, ¿justan?, ¿tornean?, ¿corren sortija?

PEDRO.—Ninguna de todas esas: no justan ni tornean porque no usan arneses; no corren cañas, porque no saben cabalgar a la jineta; ni sortija, porque no usan lanza en cuja.

FIESTAS

JUAN.—¿En qué se ejercitan, ¿Qué fiestas tienen solenes demás de las Pascuas?

PEDRO.—Ninguna.

MATA.—El día de Sant Juan dicen que hacen grandes fiestas.

PEDRO.—Los que dicen esa mentira, solamente la fundan por el cantar que dice:

La mañana de Sant Juan,
al tiempo que alboreaba;

pero la verdad es que ninguna fiesta hacen a ninguno de cuantos sanctos tenemos, porque lo tenían por pecado festejarlos, aunque los tienen por sanctos; como son Sant Pedro, Sant Pablo, Sant Juan y otros muchos, cierto los tienen por sanctos, y buenos; mas de ninguno guardan el día, si de solo Sant Jorge, al cual festejan, sin comparación ninguna, más que su propia Pascua, y le guardan el mismo día que nosotros, que pienso que cae a 23 de abril.

JUAN.—¿Por qué a Sant Jorge?

PEDRO.—Porque fué caballero turco y es sancto turco, y nosotros dicen que se le usurpamos a ellos.

JUAN.—¿Y en su lengua mesma le llaman Sant Jorge?

PEDRO.—No, sino Hedrelez, y mucho más le venera la gente de guerra que la plebeya. Si el Gran Señor tiene de ir con su campo a Hungría o contra el Sofi, por dos meses de más a menos no dejara desperar a partirse aquel día señaladamente, teniendo por averiguado que por sólo aquello tiene de haber la victoria. Los otros turcos y turcas le da cada una una escudilla de su sangre, no sa-

biendo qué otra cosa le dar, y ansí, pocos hay que no se sangren aquella mañana, como usan algunos idiotas acá la mañana de Sant Juan hacer otro tanto. De camisas y pañizuelos era muy bien proveído yo aquel día para todo el año, que me daban las mujeres del cerraje de Zinán Bajá porque tuviese cargo de sangrarlas. Tomaba aquella mañana un par de barberos y metíalos dentro, y venían todas tapadas dos a dos, y sin escudilla ni cerimonia, en aquel suelo, o en una medio artesa, caía la sangre a discreción; yo las ataba a todas y les fregaba los brazos, y los barberos no tenían más que hacer de herir, y cada una me ofrescía camisa, zaragüelles o pañizuelos, según lo que podía.

MATA.—Pues ¡válame Dios!, si no hacen fiestas, ¿en qué se les pasa el tiempo? ¿Todo ha de ser jugar?

PEDRO.—La cosa que menos en el mundo hacen es eso. Ningún género de juego saben que sea; con cuatro barajas de naipes hay harto para cuantos hay debajo la bandera de Mahoma, si no es algún bellaco renegado que era tahur cuando cristiano, que este tal busca a los judíos o venecianos con quien lo hacer; pero una golondrina no hace verano. Algunos hombres de la mar juegan ajedrez, no como nosotros, sino otro juego más claro, y esto por pasatiempo, sin dineros. En un lienzo traen pintados los escaques, y en mill días uno que está más sosegada la mar juegan por su pasatiempo, como los niños acá con piedras.

JUAN.—¿Qué causa dan para no jugar?

PEDRO.—La que yo os decía el otro día: ser gran vileza y deservicio de Dios, y tiempo malgastado y daño del prójimo, y homicidio de sí mismo.

MATA.—Luego, ¡par Dios!, a esa cuenta todo el tiempo se les va en comer, que es tan bellaco vicio como jugar y peor y más dañoso.

PEDRO.—En todas las naciones que hoy viven no hay gente que menos tarde en comer, ni que menos guste dello, ni que menos se le dé por el comer. Príncipe, ni rey, ni señor hay en Turquía que en dos o tres veces que come gaste hora entera en todas tres.

MATA.—Si eso es así, repartidme vos el tiempo en qué le gastan, que por fuerza ha de ser todo dormir.

PEDRO.—Eso es lo que menos hacen, que a nadie le toma el sol en la cama; pero soy contento de repartírosles el tiempo en qué lo gastan, como quien se le ayudó cuatro años a gastar. Los oficiales mecánicos todos tienen que hacer en sus oficios toda la vida.

MATA.—¿Y las fiestas?

PEDRO.—Oye el oficio solene en Sancta Sofía, o en otras mezquitas; visita sus amigos; siéntase con ellos; parlan, hacen colación; vanse a pasear, negocian lo que el día de labor los puede estorbar. Los eclesiásticos son como acá los fraires, que no juegan; lo que les sobra de tiempo de sus oficios escriben libros, porque allá no hay emprentas; leen, estudian. Los que administran la justicia, si

cada día fuese un año, ternían negocios que despachar, y no les vaga comer. La gente toda de guerra se está ejercitando en las armas; vase a la escuela donde se tira el arco, y allí procura de saber dar en el fiel si puede, teniendo en poco dar en el blanco; procura también saber algún oficio con que ganar de comer el rato que no está en la guerra. Los caballeros todos pasean a caballo por las calles, y van a tener palacio a los bajás y santjaques, pretendiendo que les aumenten las pagas y les hagan mercedes. Pues el rey, y los bajás, en tan grande imperio bien ternán que despachar sin que les sobre tiempo para jugar.

JUAN.—Gran virtud de gente es esa y muy grande confusión nuestra.

PEDRO.—No os quebréis la cabeza sobre eso ni creáis a esos farsantes que vienen de allá, y porque los trataban mal en galera dicen que son unos tales por cuales, como los ruines soldados comúnmente dicen mal de sus capitanes, y les echan la culpa de todo, que pocos esclavos destos pueden informar de lo que por allá pasa, pues no los dejan entrar en casa, sino en la prisión se están. En lo que yo he andado, que es bien la tercera parte del mundo, no he visto gente más virtuosa y pienso que tampoco la hay en Indias, ni en lo que no he andado, dejado aparte el creer en Mahoma, que ya sé que se van todos al infierno, pero hablo de la ley de natura. Donosa cosa es que porque no jueguen no haya en qué pasar el tiempo.

JUAN.—¿A qué hora se acuestan?

PEDRO.—Invierno y verano tienen por costumbre acostarse dos horas después de anochecido; hacen la oración postrera, que llaman “iat nama-zi”, y todos se van a dormir, y levántanse al rayar del alba a la otra oración; ni penséis que unos madrugan y otros no, sino hombres y mujeres, grandes y chicos, todos se levantan aquella hora.

LOS MUEBLES

MATA.—¿Qué tales camas tienen, porque he oído decir que duermen en suelo?

PEDRO.—Razón tienen los que eso dicen, pero más vale la cama suya que la nuestra. No tienen camas de campo, sino sobre unas alombras tienden unos colchones sin colchar ni bastear, que se llama duquejes, de damasco, y éstos están llenos de una pluma sutil que tienen los gansos, como fueco, y sobre éste ponen una colcha gruesa doblada, porque todas las camas usan estrechas como para uno no más, y hablo de la cama de un hombre de bien y rico; luego viene una sábana delgada, y la sábana de arriba está cosida con la colcha de encima y sirve de aforro de la misma colcha, y cuando se ensucia quitan aquella y cosen otra. Si hace mucho frío tienen unas mantas con un pelo largo, que llaman esclavinas, azules y coloradas; a muy poca costa es la colcha de brocado, porque como la sábana toma la mayor parte, que vuelve afuera por todos cua-

tro lados, lo que se parece que tiene menester de ser brocado o seda es muy poco.

MATA.—¿Usan tapicerías por las paredes?

PEDRO.—Si no es rey o hijo suyo, no; y éstos las tienen de brocado desto mesmo de que hacen las ropas; mas la otra gente, como siempre procuran de hacer todas las cosas al revés de nosotros, la tapicería es en suelo y las paredes blancas.

JUAN.—¿De qué son los tapices?

PEDRO.—Finísimas alombras. Ansí como nosotros tenemos por majestad tener muchos aposentos colgados, tienen ellos de tenerlos de muy buenas alombras; y esta es la causa porque agora poco ha os dije que traían muy limpios los pies, porque a ningún aposento podéis entrar sino descalzos, no porque sea cerimonia sino porque no se ensucien las alombras; y como se tiene de calzar y descalzar a cada paso, es menester que los zapatos entren como pantuflos.

MATA.—¿Dónde se descalzan?

PEDRO.—A la entrada de cada aposento, y dejan los zapatos a la puerta; y para que mejor lo entendáis, sabed otro secreto, y es que no se sientan como nosotros en sillas, sino en estrados, de la mesma manera que acá las señoras, con alombras y cojines.

MATA.—¿Dónde se sientan?

PEDRO.—Sobre las almohadas.

MATA.—¿Ansí bajos?

PEDRO.—En el mesmo suelo.

MATA.—¿De qué manera?

PEDRO.—Puestas las piernas como sastres cuando están en los tableros, y por mucha crianza, si están delante un superior y los manda sentar se hincan de rodillas y cargan las nalgas sobre los alcañares, que los que no lo tienen mucho en uso querrían más estar en pie.

MATA.—¿Y desotra manera no se cansan de estar sentados?

PEDRO.—Yo, por la poca costumbre que dello tengo, estaré sin cansarme un día, ¿qué harán ellos que lo mamaron con la leche?

JUAN.—¿Luego no tienen sillas los señores?

PEDRO.—Sí tienen, para cuando los vā a visitar algún señor cristiano, como son los embajadores de Francia, Hungría, Venecia, Florencia. A éstos, porque saben su costumbre, luego les ponen una silla muy galana de caderas a nuestra usanza, muy bien guarnescida, y algunas veces ellos mismos se sientan en ella, que no es pecado sentarse, sino solamente costumbre.

LOS EMBAJADORES

JUAN.—¿Tantos embajadores hay en Constantinopla?

PEDRO.—Del rey de Francia, por la amistad que por el turco tiene, hay siempre uno, que se llamaba Mos de Ramundo, y el de agora, Mos de Codoñat; del rey de Hungría hay otro, que se llamaba Juan María, y deciros he, porque viene

a propósito deste, lo que vi en Constantinopla, por lo cual podréis juzgar cuán cautelosos son los turcos en el Consejo de guerra y qué avisados. Este Juan María había estado muchos años por embajador, y rompióse la guerra el año de 52 con el turco, el cual mandó prender y poner en una torre al Juan María. Anduvo un año la guerra, y al cabo vinieron a tratar de conciertos, y el Gran Señor envió al Juan María que fuese a tratar la paz, porque tenía necesidad de ir contra el Sofi. Como el Juan María fué en Hungría, trató los capítulos todos que cumplían a la paz y suplicó al rey que, atento que él le había servido muchos años en aquel cargo y estaba enfermo de la orina, que aun yo mesmo le había curado en la prisión, le diese de comer en otro cargo, porque aquel no le aceptaba. El rey lo tuvo por bien y envió con los capítulos al obispo de Viena, y como llegó y hizo su embajada al Gran Turco, luego preguntó por Juan María. El obispo le respondió que estaba enfermo y empedido y por eso venía él. Dijo el Gran Turco: "Pues yo no firmaré capítulos de todos esos, y así se lo escribid a vuestro rey, si no viene el Juan María por embajador." El obispo lo escribió así al rey, el cual tornó a responder que no había lugar; pero que él enviaba un embajador muy principal en el obispo y a quien su majestad holgaría conocer y tratar. Tornó a decir que por ninguna manera aceptaría nada si él no venía; por eso, que bien se podía volver. Los bajás le reprendieron dicen-

do: “¿Cómo, señor, por una cosa que tan poco importa como que venga aquel o no venga quiere vuestra majestad dejar de hacer la paz que por el presente tanto le importa, principalmente viniendo un tan cabal hombre como éste, que pocos de tal suerte debe de tener el rey de Hungría en su corte?” a lo cual, medio airado, respondió el Gran Turco: “Pésame que tenga yo en mi Consejo gente tan necia como vosotros y que ignore una cosa semejante y que tanto me va. ¿Parésceos, decid, que es bien que en el Consejo de mi enemigo haya un hombre tan plático en ruestros negocios que ha estado tanto tiempo entre nosotros y sabe mejor todos los negocios de acá que nosotros mismos, y de allá guiará hágase la cosa desta manera y desta, por tal y tal inconveniente, porque los turcos son desta suerte y tienen esta costumbre? No me habléis más, que no firmaré capítulo ninguno si no viene Juan María muerto o vivo.” Lo que con él se pudo acabar fué que firmase con esta condición, que dentro de un cierto tiempo viniese en Constantinopla por embajador, donde **no quedaban las paces por ríngunas.**

MATA.—Y aun con eso ganan cada día y jamás pierden. El más alto consejo me paresce que fué el del Gran Turco en eso, que de cabeza de ningún príncipe podía salir. Sin más oír del Gran Turco, yo para mí tengo que es hombre de buen juicio y de tal consejo se debe de servir; cosa es esa que no se mira acá ni se hace caso, sino que

por favor hay muchos que alcanzan a ser capitanes y consejeros en la guerra no habiendo en toda su vida oído atambor ni pífano, sino tamboril, guitarra y salterio. ¡Mirad qué consejo puede aquel dar en la guerra!

JUAN.—Cuando los ciegos guían, ¡guay de los que van detrás!, de mi voto gente ternía yo de experiencia y no se me daría nada de toda su sciencia.

PEDRO.—¿No sabéis qué respondió el príncipe Aníbal cuando en Atenas le llevaron andando a ver las escuelas, a oír un filósofo, el de mayor fama que allí tenían y más docto?

JUAN.—No me acuerdo.

PEDRO.—Estando leyendo aquel filósofo entró el príncipe Aníbal a oír un hombre de tanta fama, y como le avisaron quién era el que le entraba a oír, dejó la plática que tenía entre manos y comenzó de hablar de cosas de la guerra; cómo se habían de haber los reyes, los generales; el modo de ordenar los escuadrones, el arremeter y el retirar; en fin, leyó una lección tan bien leída que todos quedaron muy contentos y satisfechos. Salidos de allí preguntaron al príncipe que le parecía de un tan eminente varón. Respondió: “Hábisme engañado, que me dijistes que tenía de oír un gran filósofo, lo cual no es éste, sino grande nescio y idiota, que aquella lección el príncipe Aníbal la tenía de leer, que ha vencido tantas batallas, y no un viejo que en toda su vida vió hombre armado, cuanto más ejércitos ni escua-

drones." A todos pareció bien la respuesta, como le vieron algo airado y la razón que tenía.

MATA.—Y a mí también me satisface, que bien hay entre cristianos algunos que hablan mucho de la guerra y en su vida vieron armados sino el jueves de la cena o en alguna justa.

PEDRO.—Y aun muchos que justan, y puestos en el escuadrón se les olvida con cuál mano han de tomar la lanza.

JUAN.—Remédielo Dios, que puede. ¿También los venecianos y florentines tienen su embajador?

PEDRO.—Todos los reyes, príncipes y señorías que tienen paz con el turco los tienen allá. El de Venecia y Florencia se llaman "bailos"; éstos son como priores de los mercaderes que están en Galata y allí viven.

MATA.—¿Hay muchos mercaderes desos?

PEDRO.—Bien creo que de florentines y venecianos habrá más de mill casas.

MATA.—¿Hacen algún bien a los cautivos?

PEDRO.—Más mal les hacen que bien, y aun a nuestro rey también; en viendo el hombre con cadena huyen dél y no le hablarán palabra, y si de acá les invían dineros para que los rescaten, tómanlos y tratan con ellos sin darles las cartas ni cosa ninguna, y deste a dos o tres años torna a enviar los dineros diciendo que es muerto o que no le quieren dar por tan poco. No penséis que hablo en esto de oídas, que más de cuatro negocios destes averigüé yo, y si más allá estuviera yo los hiciera andar derechos. De tres en tres

años estas señorías envían nuevo “baile”, y siendo yo intérprete con Zinán Bajá, y teniendo la familiaridad tan grande con él, vi dos cosas, las cuales os quiero contar: la una es el orden que la señoría de Venecia tiene en prover un cargo. El “baile” de nuevo que fué llevaba en pergamino la provisión, que decía desta manera: “*Marcus Antonius Trvisano, Dei gratia venetiãrum dux, etc. Magnífico Illmo. ac potenti domino Zinãnan baxa potentissimi otomanorum imperatoris beglerbai maris nec non eiusdem locum tenenti Constantinopoli, salutem ac sincere felicitatis affectum. Mandamo bailo lo serenissimo gran signore el dilecto nobil nostro Antonio Herizo in luogo de Dominico Trivissano, il qual fará residentia de lui, si como conviene a la bona amicitia que con la sua imperial magestate habiamo, a le parole dil quale pregamo la magnificẽtia et excellentia vostra sia contenta prestar fede non altrimenti que ela faria a noaitri medesimi. Et li sui ani siano molti et felichi. Datis in hoc ducali palatio anno a Christo nato 1554 mensis aprilis die 16 indictione 12.*” Veis aquí cuán brevemente negocia la señoría de Venecia.

MATA.—Yo no veo nada ni entiendo esa gerigonza si no habláis más claro.

PEDRO.—Decid a Juan de Voto a Dios que os lo declare.

MATA.—No pasó por Venetia cuando fué a Jerusalem, como el pintor del duque de Medinaceli.

PEDRO.—Dice ansí: “Marco Antonio Tribisano,

por la gracia de Dios, duque de Venetia, etc. Al magnífico, ilustrísimo y poderoso señor Zinán Bajá, almirante de la mar del poderósimo emperador de turcos, y su lugarteniente en Constantinopla, salud y deseada felicidad. Inviamos "baile" al serenísimo gran señor, nuestro querido Antonio Herizo, en lugar de Domingo Tribissano, y residirá en su lugar, ansí como conviene a la buena amistad que tenemos con su imperial majestad, a las palabras del cual suplicamos a vuestra magnificencia y excelencia dé crédito, no de otra manera que haría a nosotros mismos; y sus años sean muchos y felices. Dada en este ducal palacio a diez y seis de abril, año del nascimiento de Christo de 1554 y en la indicción duodécima."

MATA.—Harto es breve y compendiosa. No había más que decir.

PEDRO.—Más pensé que había de llevar, como nosotros usamos, un proceso este "baile", y estadme atentos que no lo saben ni lo alcanzan acá: es obligado cada mes de enviar mensajeros que van por mar y por tierra a Venecia, como acá correos, y en fin del mes, en rescibiendo cartas de Venecia, va el bajá que está en lugar del Gran Señor cuando no está ahí, y estando a él mesmo, y lleva un papel en el cual dice: "El rey d'España está en tal parte, con tanta gente; quiere hacer esto y esto. El de Francia está con tanta en tal parte; han habido tal refriega; venció Fulano. El papa hace esto y trata estotro, y tal príncipe se ha revelado", de tal manera, que ninguna cosa pasa en to-

dos los consejos de acá, secretos y públicos, de que no tenga el Gran Señor aviso, y si me preguntáis cómo lo sé, pensaréis que de oídas. Yo mesmo, cuando el Gran Turco estaba en Persia, se los leía en italiano y lo convertía en turquesco para ir en Persia.

JUAN.—Grande maldad y poca cristiandad y menos temor de Dios usan si ansí lo hacen.

MATA.—También deben nuestros reyes tener otros tantos avisos del turco por los mesmos venecianos.

PEDRO.—Eso no; más recatados son que tanto los turcos; no hayáis miedo que pueda saber el veneciano lo que se determina en consejo real; tanto se guardan de los mesmos turcos como de los cristianos, y otra no menor delicadeza suya os quiero decir que las pasadas, todo de vista. El mesmo capitán general de la armada y almirante de toda la mar, habiendo de salir con galeras fuera, no sabe cuántas tiene de sacar hasta el día que sale, ni adónde tiene de ir hasta que ya está allá.

MATA.—¿Cómo se parte sin saber adónde?

EL CORSARIO DRAGUT

PEDRO.—Eso es el saber. Viste el Gran Turco una ropa de brocado y dícele cuando está de partida: "Toma esta armada y vete a tal parte, y allí abrirás esta carta sellada de mi mano, con tu consejo, y harás lo que en ella se contiene"; y con esto se parte. El ejemplo os doy de Zinán Bajá

cuando tomó a Tripol, que le mandó venir hasta Sicilia, y que sobre una cibdadeta que se llama Rigoles hiciese alto, y hasta allí a ninguno hiciese mal; y allí abriese la comisión, la cual decía así: "Enviarás un embajador a Juan de Vega, virrey de Sicilia, y dile que te den la cibdad de África que me han tomado mal tomada y contra la tregua que teníamos; donde no, haz el mal que pudieres." El Juan de Vega respondió que aquella cibdad no era suya, sino de Dargute, al cual se la habían tomado, y muy bien, y en lo demás él no podía hacer nada; que él escribiría al Emperador y haría en ello lo que le mandase. Llevaba así mismo comisión de si topase a Dargute, que era un cosario el cual no estaba sujeto a nadie, que le prendiese y hiciese dél lo que le pareciese. Tardósele la respuesta al Zinán Bajá y determinó de hacer cuanto mal pudiese, y lo primero tomó lo que pudo de Rigoles y Calabria, y entre tanto llegó el Dargute, y juntóse con él, y rescibióle bien porque traía doce galeras y fustas, y a un creio que diez y seis; y como el bellaco es tan buen piloto, le dijo que se fuese con él y le porría donde ganase honra y provecho, y llevóle sobre la isla del Gozo, junto a Malta, y tomáronla, de donde llevó seis mill ánimas, y de allí fueron a Tripol de Berbería, y el gobernador era francés, el cual hizo traición y se dió a pacto con que dejasen salir todos los caballeros de Sant Juan. Guardóselos, aunque no todos. Llamábase Chambarin el gobernador. De allí perdonó al Dargute y le dijo que se

fuese con el a Constantinopla y le pornía en gracia del Gran Turco. Vino en ello el Dargute y fuéronse con mucho triunfo, y fué bien rescibido el Dargute del Gran Señor, y dióle ciento y cincuenta mill ásperos de renta, que serán tres mill escudos, y grande crédito de allí adelante. Este bellaco luego se le alzó a mayores a Zinán Bajá, y dijo al Gran Turco que haría él más con sesenta galeras que Zinán Bajá con docientas, y tuvo razón, porque el año de 53 lo probó a hacer, y con sesenta galeras y las de Francia de compañía tomó a Bonifacio y en Sicilia la Alicata y la Pantanalea, y el año de 54, con otras tantas que salió, tomó la cibdad de Bestia, en Apulla. El año de 55 salió con otro nuevo general que suscedió a Zinán Bajá, y no tomó nada y quedóse en Trípoli; antes perdió, y por eso mandó el Gran Turco que saliese a ser gobernador de Tripol y tener allí siete galeras.

JUAN.—¿Conocistes vos a Guterraez?

PEDRO.—Este mesmo es, y fuimos muy amigos y comí muchas veces con él. Nunca se hartaba de contar de las cosas de cristianos.

JUAN.—¿Qué sabía él? ¿Había sido cristiano?

PEDRO.—No era sino turco natural, y había sido esclavo de Andrea Doria, el cual le rescató por tres mill ducados.

JUAN.—¿Un hombre tan nombrado y que tantos males había hecho en este mundo y hacía rescataban? ¿Tanto le hacían a un príncipe tan gran-

de como Andrea Doria tres mill ducados, que dejaba ir un tan grande bellaco por ellos?

PEDRO.—Y deso se reía muchas veces conmigo el mesmo Dargute, diciendo cómo se había bien esquitado, porque por cada millar de ducados había tomado un millón después que le soltó, y aun más.

JUAN.—Igual fuera haberle luego cortado la cabeza.

PEDRO.—O tenérsele en prisión toda la vida, tratándole razonablemente, como hace el Gran Señor, que jamás dará capitán ni hombre ninguno de cuenta, aunque le den por él unas Indias, porque hace esta cuenta: yo soy muy poderoso y no me hace al caso mill ni diez mill ducados que éste me dé, el cual en su tierra debe de ser hombre de consejo y valeroso, pues tenía cargo; y rescatado, luego tiene de procurar de esquitarse, y por cien ducados que me da me tomará cient mill; y mándale poner en la torre con los otros cristianos, y darle cada día dos ásperos de que se mantenga y que no le lleven a trabajar. Allí fenescce míseramente sus días, que es mejor que sean pocos.

MATA.—Tan buen ardid de guerra es ese como esos otros: hombre de guerra cudicioso, me parece que nunca valdrá un cuarto.

PEDRO.—Vos estáis en lo cierto, y el día de hoy no veréis en todo el ejército de los cristianos sino cudicia y poca victoria.

JUAN.—¿Cómo queréis que se compadezcan dos contrarios en un sujeto? Yo creo que son muy

pocos los que van a la guerra si no es por ganar, y siempre ganan más los que pelean menos.

PEDRO.—¿Sabéis qué otra cosa hace el turco con los capitanes que tiene prisioneros?

MATA.—¿Qué?

PEDRO.—Si ve que vive mucho, hácele dar un bocadillo, con que nadie se atreve a importunarle de allí adelante, y por justicia no los quiere matar, porque no hagan acá otro tanto de los que tienen presos de los turcos.

LAS COMIDAS

MATA.—¡Cuán poco nos hemos acordado del comer de los turcos, habiendo pasado por tantas cosas que acostumbran!

PEDRO.—No penséis que hay menos que decir deso que de lo que está dicho.

JUAN.—¿Sírvense con aquella majestad en el comer que nuestros cortesanos, al menos el Gran Turco?

PEDRO.—Deciros he cómo comía Zinán Bajá, y así entenderéis qué usan todos los príncipes; y con otro ejemplo particular sabréis de la gente común; y sabido acá cómo come un príncipe, podréis pensar que así hace el rey, añadiendo más fausto. Así como es su usanza sentarse en bajo, acostumbran también comer en suelo, y ponen por manteles, para que las alfombras no se ensucien, un cuero colorado y grueso, como de guadameci de caballo, y por panizuelos de mesa, una toalla lar-

ga alderredor de todos, como hacen en nuestras iglesias cuando comulgan. El cuero del caballo se llama "zofra"; fruta, ni cuchillo, ni sal, ni plato pequeño no se pone en la mesa de ningún señor en aquella tierra.

MATA.—¿No comen fruta?

PEDRO.—Sí comen harta, pero no a las comidas ni de principio ni postre.

JUAN.—¿Con qué cortan?

PEDRO.—El pan son unas tortas que llaman "pitas". A cada una dan tres cuchilladas en la botillería antes que la lleven a la mesa, y éstas sirven de platos pequeños, porque cada uno toma su pedazo de carne y le pone encima; la sal es impertinente, porque tienen tan buenos cocineros, que a todo lo que guisan dan tan buen temple, que ni tiene más ni menos sal de la que tiene menester. Tenía Zinán Bajá cuarenta gentiles hombres que llaman "chesineres", y el principal destos se llama "chesiner baxa"; sirve de mastre sala, y éstos tienen de paga real y medio cada día, los cuales de ninguna otra cosa servían sino de llevar el plato a la comida del Bajá. Vestíanse de pontifical todos para solo llevar el plato, con ropas de sedas y brocados, las cuales el Bajá les daba cada año una de seda y otra de grana fina, y en la cabeza se ponían unas escofias de fieltro, como aquellas de los genízaros, con sus cuernos, salvo que son coloradas.

MATA.—¿Qué tanto valdrá cada una desas?

PEDRO.—Cincuenta escudos, si no lleva alguna pedrería en el cuerno de plata.

MATA.—¿Y para sólo llevar la comida se le ponen?

PEDRO.—Y para ir algunas veces con el Bajá cuando va fuera; llevan demás de todo esto unas cintas que llaman “cuxacas”, de plata, anchas de un palmo, y todas de costillas o columnicas de plata, a manera de corazas; la que menos destas pesa son cincuenta ducados.

JUAN.—¿Parescen bien desá manera?

PEDRO.—Aunque sea una albarda, si es de oro o de plata, parece mucho bien; éstos todos iban con su capitán a la cocina y tomaban la comida en unas fuentes.

MATA.—¿De plata?

PEDRO.—Antes quiero que sepáis que ningún turco, por su ley, puede comer ni beber en plata ni tener salero, ni cuchar dello, ni el Gran Turco, ni príncipe, ni grande, ni chico en toda su secta, cuan grande es.

MATA.—¿Qué decís? ¿Estáis en vuestro seso? ¿El Gran Turco no tiene vajilla de plata?

PEDRO.—Si tiene, y muy rica y caudalosa, y candeleros bien grandes, no que la haya hecho él, sino que se la empresentan de Venecia, Francia y Hungría, y aun de Esclabonia; pero tiénela en la cámara del tesoro, sin aprovecharse della. Otro tanto tenía Zimán Bajá de muchos presentes que le habían hecho, mas tampoco se servía della ni podía aunque quisiese.

MATA.—¿Quién se lo estorbaba?

PEDRO.—Su ley, que otro no.

MATA.—¿En qué se funda para eso?

PEDRO.—No en más de que si en este mundo comiese en plata, en el otro no comería en ella, y no cale pedirles la razón más adelante desto.

MATA.—Pues ¿en qué comen? ¿De qué son aquellas fuentes?

PEDRO.—En cobre, que como ellos lo labran es más lindo que el peltre de Ingalaterra; así como nosotros el boj o cualquier otro palo labramos al torno, haciendo dello cuanto queremos, labran los turcos el cobre, y después lo estañan y queda como plata y las piezas todas hechas de la misma manera que quieren, y en las mesas del Gran Turco y los príncipes cuanto se sirve es en estas fistas de cobre estañado con sus cobertores, y en envejeciéndose un poco, tórnalo a poca costa a estañar, y parece cada vez nuevo.

MATA.—¿Cómo lo estañan? ¿Cómo acá los cazos y sartenes?

PEDRO.—Es una porquería eso; no, sino con muy fino estaño y con sal armoniaco, en cuatro horas estañará un oficial toda la vajilla del gran señor. Como van a la cocina, cada uno de aquellos gentiles hombres tomaba su fuente con su cobertor y con la mayor orden que podían iban todos, unos a una parte y otros a otra, de manera que hacían dos hileras; cada uno iba por su antigüedad, y llegados los primeros, todos se paraban, quedando la misma ordenanza, y el “chesiner ba-

xi" ponía su fuente en la mesa y tomaba la del que estaba junto a él, para ponerla, y aquél tomaba la del otro y el otro la del otro; de modo que sin menearse nadie de su lugar pasaban las fuentes todas de mano en mano hasta la mesa del Bajá, y, dada la comida, se volvían, entretanto que era hora de quitar la mesa.

MATA.—¿Qué llevaban en aquellos platos? ¿Qué es lo que más acostumbran comer?

PEDRO.—Asado, por la mayor parte comen muy poco o nada; todo es cocido y hecho "miniestras", que dicen en Italia, y ellos las llaman "sorbas"; es como acá diríamos potajes, de tal manera que se pueden comer con cuchar.

MATA.—¿De qué era tanto plato?

PEDRO.—Los manjares que usaban llevarle cada día era arroz hecho con caldo de carnero y manteca de vacas, no nada humido, sino seco, que llaman ellos "pilao", o mezcladas con ello pasas negras de Alexandría, que son muy pequeñas y no tienen simiente ninguna dentro; para con esto, en lugar del polvoraduque o miel, hacían otro potaje de pedazos de carnero gordo, y pasas y ciruelas pasas, con algunas almendras; otro modo de arroz guisaban que llevaba al cuocer gran cantidad de miel y estaba tieso y amarillo, que se llama "zerde". Tercero plato de arroz es de "tauc sorba", gallina hecha pedazos y guisado el arroz con ella, con pimienta y su manteca. De una cosa os quiero advertir: que ningún guisado hay que hagan sin manteca de vacas; ni asar, ni cocer, ni adobado,

ni lentejas y garbanzos, ni otra cosa de cuantas comen, hasta en el pan. El mejor de todos los platos que a la mesa del Bajá se ponía era de carnero hecho pedazos de a libra y guisado con hinojo, garbanzos y cebollas; y otro plato había bueno despinacas, cosa muy usada entrellos; otro es de trigo, quitados los hollejos, con su carnero y manteca, y otro de lentejas con zumo de limón y guisadas con el caldo de carne, a las cuales le meten dentro unos que llaman acá fideos, que son hechos de masa. Al tiempo de las hojas de parras, usan otro potaje de picar muy menudo el carnero y meterlo dentro la hoja de la parra y hacerlo a modo de albóndiga, y cuando hay berenjenas o calabazas, sácanles lo de dentro y rellénanlas de aquel carnero picado y hácenlas como morcillas; cuando no hay hojas, ni calabazas, hacen de masa una torta delgada como papel, y en ella envuelven el mismo bocadillo del carnero muy picado, y hacen un potaje a modo de cuescos de duraznos. Salsas no se las pidáis, que no las usan; antes por el comer son tan poco viciosos, que más creo que comen para sólo vivir que por deleite que dello tengan; como se les parece en el comer que cada uno toma su cuchar y come con tanta prisa, que parece que el diablo va tras él; y tienen muy buena crianza en el comer, que sin hablar palabra, como esté uno satisfecho, se levanta y entra alguno otro en su lugar. Cuando mucho, dice: "Gracias a Dios", y son comunes entrellos los bienes, al menos del comer, porque, aunque no conozca a nadie, si ven

comer, les es lícito descalzarse y, tomando su cuchar, ayudarles; no son habladores cuando comen; acabado de comer, el Bajá daba gracias a Dios y mandaba quitar la mesa.

MATA.—¿También dan ellos gracias como nosotros?

PEDRO.—Bien que como nosotros. ¿Cuándo las damos nosotros ni nos acordamos de Dios una vez en el año?

JUAN.—¿Qué decían en las gracias?

PEDRO.—“Helamdurila choc jucur iarabi, Alat, Ala padixa bir guiun bin eilesen.” “Bendito sea Dios; mejor lo hace conmigo de lo que merezco. Dios prospere nuestro rey de manera que por cada día le haga mill.”

JUAN.—Muy buena oración en verdad, y que todos nosotros la teníamos de usar, y nos habían de forzar a ello por justicia o por excomunión.

PEDRO.—Creed que no hay turco que no haga a cada vez que coma esta misma, aunque sean cuatro veces.

MATA.—¿Puede cada uno llevar un plato a cuestas o llévanle de cinco en cinco?

PEDRO.—Nos entiendo. ¿Cinco tienen de llevar un plato?

MATA.—Dígolo porque dijistes al principio que los gentiles hombres eran cuarenta, y no habéis contado más de siete o nueve platos.

PEDRO.—Cuanto habláis siempre tiene de ir fundado sobre malicia. Mirad, por amor de Dios, que estaba aguardando. No se tiene de entender que to-

cios cuarenta se hallen presentes a cada comida, aunque lleven el salario basta la mayor parte; pero del pilao no se pone una fuente sola, sino dos o tres, y del cerde así mesmo, y del carnero otro tanto. Comen a la flamenca, en dejar primero poner toda la comida en la mesa que ellos se sienten.

MATA.—¿Qué gente comía con Zinán Bajá?

PEDRO.—Todos cuantos querían, si no fuesen esclavos suyos, aunque tenía muchos honrados gobernadores de provincias; pero por ser esclavos suyos no lo permiten; si son de fuera de casa, aunque sean los mozos de cocina, se sientan con él.

JUAN.—¿Y nadie de su casa lo hace, siquiera el contador o tesorero o la gente más de lustre?

PEDRO.—El mayordomo mayor y el cocinero mayor tienen esta preminencia de comer cuando el señor de lo mesmo que él; mas no a su mesa, sino aparte. Tenía veinte y cuatro criados turcos naturales, que no eran sus esclavos, con cada dos reales de paga al día para que remasen en un bergantín cuando él iba por la mar, los de mayores fuerzas que hallaba, y llamábanlos “caiclar”, y solos éstos comían de sus criados con él.

MATA.—¿Para remar no fueran mejor esclavos?

PEDRO.—No se osa nadie fiar de esclavos en aquellos bergantines, porque cuando le tienen dentro pueden hacer dél lo que quisieren, y ha miedo que le traerán a tierra de cristianos. Alzada la mesa, los mesmos gentiles hombres toman los platos por la mesma orden que los pusieron, y casi

tan llenos como se estaban, y llévanlos a la mesa del tesorero, camarero, que era yo, y pajes de cámara y eunucos, que los guardaban, que en todos seríamos cincuenta, y allí comíamos y dábamos las fuentes, que aun no eran a mediadas fuera a los gentiles hombres, y comían ellos; y levantados de la mesa, sentábanse los oficiales de casa, como sastres, zapateros, herreros, armeros, plateros y otros así, los cuales ya no hallaban de lo mejor nada, como aves ni buen carnero, habiendo pasado por tantas manos. El plato del mayordomo mayor andaba también, después de él comido, por otra parte las estaciones, y el del cocinero mayor.

MATA.—¿Qué tanto cabría cada fuente desas?

PEDRO.—Un celemín de arroz. ¿Decíslo porque sobraba tanto en todas las mesas?

MATA.—No lo digo por otro.

PEDRO.—Sabed, pues, que de cada comida andado lo que se guisa de comer por toda la casa, a no dejar hombre, es menester que sobre algo que derramar para los perros y gatos y aves del cielo, lo cual ternían por gran pecado y agüero si no sobraba.

MATA.—¿Son grandes las ollas en que adrezan de comer?

PEDRO.—Tan grandes como baste a cumplir con la casa. Son a manera de caldero sin asas, un poco más estrecha la boca, y llámanse “tenger”, de cobre gruesa y labrada al torno, como las fuentes, que llaman “tepzi”.

JUAN.—¿No beben vino?

PEDRO.—Ni agua cuando comen, sino, como los bueyes, se van después de comer a la fuente o donde tienen el agua. En lugar del vino tenía Zinán Bajá muchas sorbetas, que ellos llaman, que son aguas confeccionadas de cocimientos de guindas y albaricoques pasados como ciruelas pasas, y ciruelas pasas, agua con azúcar o con miel, y éstas cada día las hacían, porque no se corrompiesen. Cuando hay algún banquete no dejan ir la gente sin beber agua con azúcar o miel.

MATA.—¿Acostumbran hacer banquetes?

PEDRO.—Dos hizo Zinán Bajá a Dargute que no se hicieran mejor entre nosotros, donde hubo toda la volatería que se pudo haber y frutas de sartén, cabritos, conejos y corderos.

MATA.—¿Saben hacer manjar blanco?

PEDRO.—Y aun una fruta de sartén a manera de buñuelos llenos dello, salvo que no lo hacen tan duro como nosotros, sino quede tan líquido que se coma con cuchar, y por comer ellos todas las cosas así líquidas no tienen tanta sed como los señores d'España, que por solamente beber más comen asado, y los potajes llenos despecias que asa las entrañas, y por esto, si miráis en ello, viven poco.

JUAN.—En ninguna comida ni banquete os he oído nombrar perdices; no las debe de haber.

PEDRO.—Muchas hay, sino que están lejos y no hay quien las cace, porque en Constantinopla

sólo el Gran Señor lo puede hacer. Fuera de aquellas islas del arcipiélago hay más que acá gorriones; donde yo estuve, en el Schiatho, veían como manadas de gallinas a comer las migajas de bizcocho que se nos caían de la mesa; en la isla del Chio las tienen tan domésticas como las palomas mansas que se van todo el día al campo y a la noche se recogen a casa. Los griegos en estas islas no las matan, porque para sí más quieren un poco de cabiari, y si las quieren vender no hay a quién.

MATA.—¿Qué llamáis cabiari?

PEDRO.—Una mixtura que hacen en la mar Negra de los sesos de los pescados grandes y de la grosura, y gástase en todo Levante para comer, tanto como acá aceite y más. Es de manera de un jabón si habéis visto ralo.

JUAN.—Harto hay por acá deso.

MATA.—¿Y cómo los comen?

PEDRO.—Con un áspero comerá toda una casa dello. Los griegos son los que lo comen; sabe con ello muy bien el beber, a manera de sardina ahumada fiambre y puesta entre pan. En la mar el mejor mantenimiento que pueden llevar es éste, porque se puede comer todos los días sin fuego, aunque sea Cuaresma ni Carnal. Díjele un día a Zinán Bajá que hiciese traer para sí algunas perdices; y como era general de la mar, todas estas islas donde las hay eran suyas, y avisó a sus gobernadores que se las enviasen; y os prometo que comenzaron cada día de venir tantas, que las

teníamos más comunes que pollos; llámanse en turquesco "checlie", y el capón "iblic", y más de cien turcos no os lo sabrán decir.

MATA.—¿No mudan comida, sino todos los días eso mesmo que habéis dicho?

PEDRO.—Muchas veces comen asado y otras adobados, pero lo más continuo es lo que os tengo dicho.

JUAN.—¿Ningún día dejan de comer carne, habiendo tan buenos pescados frescos, aunque su ley lo permita?

PEDRO.—Muy enemigos son del pescado. No lo vi comer dos veces en casa del Bajá.

MATA.—¿Por qué?

PEDRO.—Como no pueden beber vino, dicen que reviviría en el cuerpo con el agua, y tiénelo por tan averiguado que todos lo creen. Tampoco son amigos de huevos.

MATA.—¿Por qué comen tanto arroz?

PEDRO.—Dicen que los hace fuertes, ansí como ello y el trigo lo es. Tabernas públicas muchas hay de turcos donde venden todas aquellas sorbetas para beber los que quieren gastar y bien barato; por un maravedí os hartarán.

JUAN.—¿En qué bebía Zinán Bajá, que se nos había olvidado?

PEDRO.—Lo que más usan los señores es porcelanas, por la seguridad que les hacen entender de no poder sufrir el veneno, y vale diez escudos cada una. También hacen de cobre estañado unas como escudillas sin orejas, con su pie de taza, y

cabrán medio azumbre, y destas usan todos los que no pueden alcanzar las porcelanas y aun los que pueden.

JUAN.—¿Y vidros no?

PEDRO.—Haylos muy finos de los venecianos; mas por no nos parecer en nada si pudiesen, no los quieren para beber en ellos, y también, quien no tiene de beber vino, ¿para qué quiere vidrio? No los dejan de tener para conservas y otras delicadezas.

MATA.—¿Es verdad eso de las porcelanas, que por acá por tal se tiene?

PEPPO.—A esa hucia no querría que me diesen ninguna cosa que me pudiese hacer mal en ellas a beber; los que las venden que digan eso no me maravillo, por sacar dinero; mas ¿quién no terná por grandes bestias a los que dan crédito a cosas que tan poco camino llevan? Eso me parece como las sortijas de uña para mal de corazón, y piedras preciosas y oro molido que nos hacen los ruines físicos en creer ser cosa de mucho provecho.

JUAN.—¿Las sortijas de uña de la gran bestia me decís? La más probada cosa que en la gota coral se hace son, como sean verdaderas; por mi verdad os juro que tenía un corregidor una que yo mismo la vi más de cincuenta veces hacer la experiencia.

PEDRO.—¿De qué manera?

JUAN.—Estando caído un pobre dándose de cabezadas, llegó el corregidor y metióse la en el dedo, y tan presto se levantó.

PEDRO.—Otro tanto se hiciera si le tocara con sus propias uñas el corregidor.

JUAN.—¿Cómo había de levantarse por eso? ¿Qué virtud tenían para eso sus uñas?

PEDRO.—¿No acabáis de decir que tiene de ser la uña de la gran bestia?

JUAN.—Sí.

PEDRO.—Pues ¿qué mayor bestia que vos y el corregidor, y cuantos lo creyeren? No creo yo que esa gran bestia que decís sea tan grande como ellos. ¿Qué hombre hay de tan poco juicio en el mundo que crea haber cosa tan eficaz y de tanta virtud que por tocarla a los artejos de los dedos haga su efecto? Vemos que el fuego, con cuanto fuerte es, no podrá quemar un leño seco, ni un copo destopa, si no le dan tiempo y se lo ponen cerca, y queréis que una uña de asno haga, puesta por de fuera, lo que no bastan todas las medicinas del mundo.

JUAN.—¿También es recio caso que me queráis contradecir lo que yo mismo me he visto!

PEDRO.—Puédolo hacer dándoos la causa dello.

MATA.—Desa manera sí.

PEDRO.—Habréis de saber que aquel paroxismo le viene de cuando en cuando, como a otros una terciana, y es burla que venga del corazón ni de aquella gota sobre él, que dicen las viejas, sino es un humor que ocupa el cerebro y priva de todos los sentidos, sino es del movimiento, hasta que le expelle fuera, que es aquella espuma que al cabo le veis echar por la boca, y no hay más diferencia

entre el esternudar y eso que llamáis gota coral, de que para el esternudo hay poca materia de aquel humor y para esto otro hay mucho, lo cual veréis si miráis en ello claramente en algunos que con dificultad esternudan, que hacen aquellos mismos gestos que a los que le toma la gota coral, que es mal de luna.

MATA.—Es tan clara filosofía esa, que la tengo entendida yo muy bien.

PEDRO.—Como aquel accidente dura, según su curso, un cuarto de hora y media a lo más largo, acierta a pasar el corregidor ya que comienza a echar la espuma por la boca, y en poniéndole la sortija, señor, luego se levantó de allí a media hora. El probar della era que el mismo paciente la trajese de contino y vernía el mal así como así. ¿Vosotros, señores, pensáis que yo no he visto uñas y la misma bestia de que son? Un caballero de Sant Juan, bailío de Santa Femia, conozco, que trae unas manoplas desas sortijas y otras monedas que dicen que aprovechan, y piedras muy exquisitas, que le han costado mucho dinero; mas al pobre señor ninguna cosa le alivia su mal más que si no lo trajese; y si os queréis informar desto, sabed que se llama don Fabricio Piñatelo, hermano del conde de Monte León, en Calabria.

JUAN.—¿No es cierto que están las virtudes en piedras y en yerbas y palabras?

PEDRO.—No mucho, que ese refrán es de viejas y de los más mentirosos; porque a los que dicen

que están en palabras y salen de las cosas comunes del Evangelio, y de lo que nuestra Iglesia tiene aprobado, ya podéis ver cuáles los para la Inquisición, la cual no castiga lo que es bueno, sino lo que no lo es, y pues pone pena a los que curan por palabras, señal es que no es bueno "latet amus in esca", aunque las veis buenas palabras; "sepe angelus Sathane transfiguratur se in angelum lucis", dice la Escritura. A los que creen en piedras, mirad cómo los castigan los lapidarios y alchimistas en las bolsas, haciéndoles dar por un diamante o esmeralda ocho mill escudos, y treinta mill, y a las veces es falso; y que sea verdadero, maldita la virtud tiene, más de que costó tanto y no hay otro tal en esta tierra. Dadme uno que por piedras haya sido inmortal, o que estando malo haya por ellas escapado de un dolor de costado, o que por llevar piedras consigo entrando en la batalla no le hayan herido, o que por tener piedras no coma, o que las piedras le excusen de llegarse al fuego el invierno y buscar nieve y salitre el verano para beber frío, o que se excuse de ir al infierno, adonde estaba condenado, por tener piedras. A la fe haced en piedras vivas, si queréis andar camino derecho, y si los otros quieren ser necios, no lo seáis vos.

JUAN.—Decid cuanto quisiéredes, que yo la he visto echar en medicinas y usarlas a médicos tan buenos como vos debéis de ser y mejores, y las loan mucho.

PEDRO.—Hartos médicos debe de haber mejo-

res que yo; pero en verdad que de los que usan esas cosas ninguno lo es, ni merecen nombre de tales; esos se llaman charlatanes en Italia, porque si leen cient veces los autores todos que hay de medicina, no hallarán recepta donde entien esas piedras, y si dicen que sí, serán algunos cartapacios y trapacetas, pero no autores. Corales y guijas son los más usados, y éstos son buenos, y algún poco de aljofar para cuando hay necesidad de desecar algunas humidades; por parecer que hacen algo, siendo un señor, le ordenan esas borracherías, pensando que si no son preciosas cosas las que tiene de tomar no podrá haber efecto la medicina, como si el señor y el albañero ni fuesen dos animales compuestos de todos cuatro elementos. Los metales y elementos ningún nutrimento dan al cuerpo, y si coméis una onza de oro, otra echaréis por bajo cuando hagáis cámara, que el cuerpo no toma nada para sí.

JUAN.—¿El oro no alegra el corazón? Decid también que no.

PEDRO.—Digo que no, sino la posesión dél. Yo, si paso por donde están contando dinero, más me entristezco que alegrarme por verme que no tenga yo otros tantos; y comido o bebido el oro, ¿cómo queréis que lo vea? ¿el corazón tiene ojos, por dicha? Cuando les echan en el caldo destilado, los médicos bárbaros, doblones, ¿para qué pensáis que lo hacen? Pensando que el señor tiene de decir: dad esos doblones al señor doctor;

que si los pesan, tan de peso salen como los echaron, no dejando otra cosa en el caldo sino la mugre que tenían. Si tenéis piedras preciosas, credme y trocaldas a piedras de molino, que son más finas y de más provecho, y dejaos de burlas.

MATA.—Tal sea mi vida como tiene razón en eso.

PEDRO.—Cuanto más que un hombre para lo del mundo, más luce con un buen vestido de seda o fino paño que con un anillo en el dedo que valga diez mill ducados. Todas estas cosas que estos médicos bárbaros hacen, ¿dónde pensáis que las sacan? ¿de los autores? No, sino de las viejas, que se lo dicen, como aquello de que el oro alegra el corazón, y que esté la virtud en piedras y yerbas y palabras. Muy ruinmente estaría la virtud aposentada si no tuviese otra mejor casa que las piedras, hierbas y palabras.

MATA.—¿Sabéis qué digo yo, Juan de Voto a Dios?

JUAN.—¿Y es?

MATA.—Que no nos demos a filosofar con Pedro de Urdimalas, que ninguna honra con él ganaremos, por más que hagamos, porque viene hábil como el diablo. Volvamos a rebuscar si hay algo que preguntar que ya no se qué. ¿Deleítanse de truhanes y músicos los turcos?

PEDRO.—Algunas guitarras tienen sin trastes, en que tañen a su modo canciones turquescas, y los “levantes” traen unas como cucharones de

palo con tres cuérdas, y tienen por gala andarse por las calles de día tañendo.

JUAN.—¿Qué llaman “leventes”?

PEDRO.—Gente de la mar, los que nosotros decimos corsarios; truhanes también tienen, que los llaman mazcara, aunque lo que dijo soltán Mahameto, el que ganó a Constantinopla, bisabuelo deste que agora es, es lo mejor destes para haber placer.

JUAN.—¿Qué decía?

PEDRO.—Dijéronle un día que por qué no usaba truhanes, como otros señores, y él preguntó que de qué sirvían. Dijéronle que para alegrarle y darle placer. Dice: “Pues para eso traedme un moro o cristiano que comience a hablar la lengua nuestra, que aquél es más para reir que todos los truhanes de la tierra; y tuvo grande razón, porque ciertamente, como la lengua es algo oscura y tiene palabras que se parecen unas a otras, no hay vizcaíno en Castilla más gracioso que uno que allá quiere hablar la lengua, lo cual juzgo por mí, que tenían más cuentos entre sí que conmigo habían pasado, que nunca los acababan de reir; entre los cuales os quiero contar dos: Curaba un día una señora muy hermosa y rica, y estaban con ella muchas otras que la habían ido a visitar, y estaba ya mejor, sin calentura. Preguntóme qué cenaría. Yo, de puro agudo, pensando saber la lengua, no quise esperar a que el intérprete hablase por mí, y digo: “Ya, señora, vuestra merced está

buena, y comerá esta noche unas lechugas cocidas y echarles ha encima un poco de aceite y vinagre, y sobre todo esto “pirpara zequier”.

MATA.—¿Qué es “zequier”?

PEDRO.—El azúcar se llama “gequier”, y el aceso que el hombre tiene a la mujer, “zequier”; como no difieren en más de una letra, yo le quería decir que echase encima azúcar a la ensalada, y díjele que se echase un hombre auestas. Como el intérprete vió la deshonestidad que había dicho, comenzóme a dar del codo, y yo tanto más hablaba cuanto más me daba. Las damas, muertas de risa, nunca hacían sino preguntarme: “¿ne?”, que quiere decir “¿qué?” Yo replicar: “Señora, “sequier”; hasta que el intérprete les dijo: “Señoras, vuestras mercedes perdonen, que él quiere decir azúcar, y no sabe lo que se dice. En buena fe, dijeron ellas, mejor habla que no vos. Y cuando de allí adelante iba, luego se reían y me preguntaban si quería “zequier”.

MATA.—El mejor alcahuete que hay para con camas es no saber su lengua; porque es lícito decir cuanto quisiéredes, y tiene de ser perdonado.

PEDRO.—Iba otro día con aquel cirujano viejo mi compañero y entró a curar un turco de una llaga que tenía en la pierna; y teniéndole descubierta la llaga, díjome, porque no sabía la lengua, que le dijese que había necesidad de una aguja para coser una venda. Yo le dije: “Inchir ye-

rec" (el higo se llama "in chir" y la aguja "icne"). Yo quise decir "icne", y dije "in chir"; el pobre del turco levantóse y fué con su llaga descubierta medio arrastrando por la calle abajo a buscar sus higos que pensó que serían menester para su mal, y cuando menos me cato hele adonde viene desde a media hora con una haldada de higos, y diómelos. Yo comencé de comer, y como vió la prisa que me daba, dijo: "¿Pues para eso te los trayo?" El cirujano nunca hacía sino por señas pedir la aguja, y yo comer de mis higos sin caer en la malicia; al cabo, ya que lo entendió, quedó él más confuso que podía ser, no sabiendo si se enojar o reír de la burla, hasta que pasó un judío y le hizo que me preguntase a qué propósito le había hecho ir por los higos estando cojo, que sí algo quería podía pedirle dineros. Yo negué que nunca tal había dicho, hasta que me preguntaron cómo se llama la aguja en su lengua, y dije que "hinchir", "higos"; y estonces se reyeron mucho y me tuvieron por borrico, y con gran razón. Otros muchos cuentos pasaba cada día al tono, y yo mesmo se los ayudaba a reir, y me holgaba que se reyesen de mí, porque siempre me daban para vino.

JUAN.—¿Alúmbranse de noche con hachas?

PEDRO.—Muy poco salen fuera, y lo que salen no saben qué cosa es hacha, sino unas lenternas de hierro de seis columnas, y vestida una funda encima, de muy delgada tela de algodón,

como lo que traen en las tocas; da más resplandor que dos hachas, y llámanla "fener".

JUAN.—Decíais denantes la oración que todos hacen después de comer, mas no la que hacen al principio; ¿o no la hacen?

PEDRO.—No sólo al principio de la comida, sino cuando quieren hacer cualquier cosa dicen estas palabras: "Bismillair rehemair rehim": "en nombre de Aquél que crió el cielo y la tierra y todas las cosas". Y a propósito desto os quiero contar otra cosa que tienen en la mar; no me certifico si también lo hacen en tierra. Todas las veces que tienen propósito de ir algún cabo echan el libro, que dicen, a modo del libro de las suertes de acá, y si les dice que vayan, por vía ninguna dejarán de ir, aunque vean que tienen la mitad menos galeras y gente que los enemigos, y si les dice que no vayan, no irán si pensasen ganar la cristiandad de aquel viaje.

JUAN.—¿Qué es la causa por que no beben vino?

PEDRO.—Pocos hallaréis que os la sepan decir como yo, que la procuré saber de muchos letrados, y es que pasando Mahoma por un jardín un día, vió muchos mancebos que estaban dentro regocijándose y saltando, y estúvoselos mirando un rato, holgándose de verlos, y fuése a la mezquita, y cuando volvió tornó por allí a la tarde y viólos que estaban todos borrachos y dándose muy cruelmente unos con otros tantas heridas, que cuasi todos estaban de modo que no podrían

escapar, sin haber precedido entrellos enemistad ninguna antes que se emborrachasen. Entonces Mahoma lo primero les echó su maldición, y tras esto hizo ley que ninguno bebiese vino, pues bastaba hacer los hombres bestias. Solamente lo pueden beber de tres días sacado de las uvas, mas no de cuatro, porque lo primero es zumo de uvas y lo otro comienza de ser vino.

MATA.—¿Déjanles labrar viñas a los turcos?

PEDRO.—Alguna labran para pasas y para comer en uvas; mas el viñedo para hacer el vino, los cristianos mismos se lo labran.

MATA.—¿Y el pan?

PEDRO.—Eso ellos labran gran parte en la Notolia, y tienen mucho ganado.

MATA.—¿Son amigos de leche?

PEDRO.—Dulce comen muy poca, pero agra comen tanta que no se hartan.

MATA.—¿Qué llamáis agra?

PEDRO.—Esta que acá tenéis por viñagrada estiman ellos en más que nuestras más dulces natas, y llámanla “yagurt”; hay gran provisión della todo el año; cuájase con la misma como cuajo, y la primera es cuajada con leche de higos o con levadura.

MATA.—¿Qué tan agra es?

PEDRO.—Poco menos que zumo de limones, y cómense las manos tras ella en toda Levante.

MATA.—Pues mal hayan las bestias; ¿no es mejor dulce?

PEDRO.—Aquello es mejor que sabe mejor; a

él le sabe bien lo agro, y a vos lo dulce. Toman en una taleguilla la cuajada, y cuélganla hasta que destila todo el suero y queda tieso como queso y duro, y cuando quieren comer dello o beber, desatan un poco como azúcar en media escudilla de agua y de aquello beben.

MATA.—Ello es una gran porquería.

PEDRO.—No les faltan las natas nuestras dulces, que llaman “caimac”; mas no las estiman como esto, y cierto os digo que cuando hace calor que es una buena comida, y aun desto hacen salsas. Algo parece que están los señores atajadillos, y que sabe más un sabio responder que dos necios preguntar; a la oreja os me estáis hablando.

MATA.—Yo digo mi pecado, que no sé más qué preguntar, si no pasamos a cómo es Constantinopla.

PEDRO.—¿Qué, también se tiene de decir eso?

MATA.—Y aun había de ser dicho lo primero.

JUAN.—Primero quiero yo saber si se hacen por allá los chamelotes y si los visten los turcos.

PEDRO.—No muy lejos de Constantinopla se hacen, en una cibdad que se llama Angora.

JUAN.—¿De qué son? ¿Llevan seda?

PEDRO.—Chamelotes hay de seda, que se hacen en Venecia.

JUAN.—No digo sino destes comunes.

PEDRO.—No llevan hebra dello, mas antes son de lana grosera, que acá llamáis, como de cabra, la cual se cría en aquella tierra, y no en toda, sino

como la almástica, que en este término paciendo trae lana buena para chamelote y en el otro no.

JUAN.—¿Cómo está con aquel lustre que parece seda?

PEDRO.—Si tomáis un pellejo de aquellas ovejas, diréis, aunque es grosera lana, que no es posible sino que son madejas de seda cruda; y los tienen los turcos en sus camas.

JUAN.—¿Valen allá baratos?

PEDRO.—Vale una pieza doble de color docientos ásperos, que son cuatro escudos, y negra, tres.

JUAN.—¿Doble?

PEDRO.—Sí.

JUAN.—Quemado sea el tal barato; no la hallaréis acá por doce.

PEDRO.—Hay también uno que llaman mocayari, que es como chamelotes sin aguas, y es vistoso y muy barato.

JUAN.—Por tan vencido me doy ya yo como Má-talas Callando; por eso bien podéis comenzar a decir de Constantinopla.

PEDRO.—Muy en breve os daré toda la traza della y cosas memorables, si no me estorbáis.

JUAN.—Estad deso seguro.

DESCRIPCION DE CONSTANTINOPLA

PEDRO.—En la ribera del Hellesponto—que es una canal de mar, la cual corre desde el mar Grande, que es el Euxino, hasta el mar Egeo—

está la cibdad de Constantinopla, y podriase aislar, porque la mesma canal hace un seno, que es el puerto de la cibdad, y dura de largo dos grandes leguas. Podéis estar seguros que en todo el mar Mediterráneo no hay tal puerto, que podrán caber dentro todas las naos y galeras y barcas que hoy hay en el mundo, y se puede cargar y descargar en la escala cualquier nave sin barca ni nada, sino allegándose a tierra. La excelencia mayor que este puerto tiene es que a la una parte tiene a Constantinopla y a la otra a Galata. De ancho terná un tiro de arcabuz grande. No se puede ir por tierra de la una cibdad a la otra si no es rodeando cuatro leguas; mas hay gran multitud de barquillas para pasar por una blanca o maravedí cada y cuando que tuvierdes a qué. Cuasi toda la gente de mar, como son los arraeces y marineros, viven en Galata, por respecto del tarazanal, que está allí, y ya tengo dicho ser el lugar donde se hacen las galeras, y por el mesmo caso todos los cautivos están allá; los del Gran Turco en la torre grande una parte, y otra en Sant Pablo que agora es mezquita; los del capitán de la mar, en otra torre; cada arraez tiene los suyos en sus casas. El tarazanal tiene hechos unos arcos donde puede en cada uno estar una galera sin mojarse. Muchas veces los conté y no llegan a ciento, mas son pocos menos. También me acuerdo haber dicho que será una ciudad de cuatro mil casas, en la cual viven todos los mercaderes venecianos y florentines, que

serán mil casas; hay tres monesterios de fraires de la Iglesia nuestra latina, Sant Francisco, Sant Pedro y Sant Benito; en éste no hay más de un fraire viejo, pero es la iglesia mejor que del tamaño hay en toda Levante, toda de obra musaica y las figuras muy perfectas. Sant Pedro es de fraires dominicos, y terná doce fraires. Sant Francisco bien terná veinticuatro. Hallaréis en estos dos monesterios misa cada día, a cualquier hora que llegardes, como en uno de los mejores monesterios de España, rezadas y cantadas; órgano ni campana ya sabéis que no le hay, pero con trompetas la dicen solene los días de grande fiesta, y para que no se atreva ningún turco a hacer algún desacato en la iglesia, a la puerta de cada monesterio destos hay dos genízaros con sendas porras, que el Gran Señor tiene puestos que guarden, los cuales cuando algún turco, curioso de saber, quiere entrar le dan licencia y dícenle: "Entra y mira y calla, si no con estas porras te machacaremos esa cabeza." Ningún judío tiene casa en Galata, sino tienen sus tiendas y estánse allí toda el día, y a la noche cierran sus tiendas y vanse a dormir a Constantinopla. Griegos y armenos hay muchos, y los forasteros marineros todos posan allí. Hay de los griegos muchos panaderos, y el pan que allá se hace tiene ventaja cierto a todo lo del mundo, porque el pan común es como lo regalado que comen por acá los señores; pues lo floreado, como ellos lo hacen echándole encima una simiente de alegría, o negrilla romana, que

los griegos llaman "melanthio", no hay a qué lo comparar.

MATA.—¿Tabernas pocas habrá, pues los turcos no beben vino?

PEDRO.—¿Qué hace al caso si los cristianos y judíos lo beben? Mucho hay, y en muy buen precio, y muy bueno. Un examen os harán cuando vais por vino en la taberna. Si queréis blanco o tinto. Si decís blanco preguntan si malvasía o moscatel de Candía, o blanco de Gallipol. Cualquiera destes que pidáis es tercera pregunta: ¿De cuántos años?

MATA.—No hay tanta cosa en la corte.

PEDRO.—¿Queréis comparar las provisiones y mantenimientos d'España con Grecia ni Italia?

JUAN.—¿Y es al cabo caro el vino?

PEDRO.—El moscatel y malvasía mejor de todo es; a cuatro áspero el golondrino, que será un azumbre; haced cuenta que a real si es de cuatro años; si de uno o dos a tres ásperos, y tenedlo por tan bueno como de Sant Martín y mejor.

MATA.—¿El tinto?

PEDRO.—El mejor del tinto es el "tópico", que dicen los griegos; quiere decir el de la misma tierra. Es muy vivo, que salta y raspa, y medio clarete. Viene otro más cerrado como acá de Toro, de Metellin, junto al Chio. Lo primero vale a dos ásperos el golondrino, y lo segundo a uno y medio. De Trapisonda carga mucho clarete y de la isla de Mármara. Todos éstos, con lo de Negroponto, haced cuenta que valen a siete ma-

ravedís, de lo cual los cautivos cargan por junto, yéndose por él a las barcas que lo traen. La principal calle de Galata es la de Sant Pedro, que llaman la Lonja, donde los mercaderes tienen sus tratos y ayuntamientos. El tarazanal está a la puerta que mira a Occidente, y otra puerta, que está hacia donde sale el sol, que va la canal de mar arriba, se llama El Topana, que quiere decir donde se hunde la artillería. "Top", en turquesco, se dice el tiro. En medio de aquel campo están tantas piezas sobradas, sin carretones ni nada, que algún rey las tomaría por principal artillería para todo su ejército: culebrinas muy grandes, y buenas de las que tomaron en Ródas y de las de Buda y Belgrado, y cañones muy gruesos, que se metera por ellos un hombre, hay muchos.

JUAN.—¿Qué hace allí aquello?

PEDRO.—Está sobrado, para no menester, que no sabe qué hacer dello. Cuando falta un buen cañón en alguna parte, luego le van a buscar allí.

MATA.—¿Es de hierro todo aquello?

PEDRO.—No, sino de muy fino metal de campanas.

MATA.—¿Qué tantos terná desos gruesos allí sobrados?

PEDRO.—Más de cuatrocientos, aunque yo no los he contado.

MATA.—Mucho es cuatrocientos tiros de artillería.

PEDRO.—Más es el estar sobrados, que es señal que tiene muchos y no ha menester aquellos. Mezquitas y estufas, que llaman baños, no hay pocas por toda la cibdad, y Constantinopla también, y iglesias de griegos, que son más de dos mil; y la realeza de aquellos baños de la una y de la otra parte es muy de notar; parecen por de fuera palacios muy principales y tienen unas capillas redondas a manera de media naranja, cubiertas de plomo. Por dentro todos son mármol, jaspe y pórvido. La ganancia lo sufre, que no hay ninguno de todos que no rinda cada día cincuenta escudos.

MATA.—¿Cuánto para cada uno?

PEDRO.—Lo que quiere y como es; unos medio real, y otros uno, y otros dos; los pobres un áspero.

JUAN.—¿Cuántos se pueden bañar juntos de una vez?

MATA.—Eso quería yo preguntar.

PEDRO.—En seis capillas que tiene el que menos, cabrán juntos bañándose ochenta hombres.

MATA.—¿Cómo se bañan? ¿Métense dentro algunas pilas?

PEDRO.—Danle a cada uno una toalla azul, que se pone por la cintura y llega a la rodilla; y metido dentro la estufa hallará dos o tres pilicas en cada una, en las cuales caen dos canillās de agua, una muy caliente y otra fría. Está en vuestra mano templar como quisiéredes, y allí están muchas tazas destaño con las cuales cogéis

el agua y os la echais acuestas, sin tener a qué entrar en pila. El suelo, como es todo de mármol, está tan limpio como una taza de plata, que no habría pila tan limpia. Los mismos que sirven el baño os lavarán muy a vuestro placer, y esto no solamente los turcos lo usan, sino judíos y cristianos, y cuantos hay en Levante. Yo mismo lo hacía cada quince días, y hallábame muy bien de salud y limpieza, que acá hay gran falta. Una de las cosas que más nos motejan los turcos, y con razón, es de sucios, que no hay hombre ni mujer en España que se lave dos veces de como nasce hasta que muere.

JUAN.—Es cosa dañosa y a muchos se ha visto hacerles mal.

PEDRO.—Eso es por no tener costumbre; mas decidles que lo usen, y veréis que no les ofenderá. Ningún hombre principal ni mujer se va a bañar, que lo hacen todos los jueves por la mayor parte, que no deje un escudo en el baño por sus criados y por sí.

JUAN.—¿No se bañan juntos los hombres y las mujeres?

PEDRO.—¿Eso habían de consentir los turcos siendo tan honestos? Cada baño es por sí, el de los hombres y de las mujeres.

MATA.—Mucha agua se gastará en esos baños.

PEDRO.—Cada uno tiene dentro su fuente, que ceso es bien proveída Constatntinopla y Galata, si hay cibdades en el mundo que lo sean, y aun muchos turcos tienen por limosna hacer arcas

de fuentes por las calles donde ven que esté lejos el agua, y cada día las hinchen a su costa, poniéndoles una canilla por fuera destas de tornillo, y el que se la dejare destapada para que se vaya el agua peca mortalmente. Digo que las arcas son artificiales, que no traen allí las fuentes; y esto de Galata baste. Constantinopla, que antes se llamaba Bizancio, tiene el mejor sitio de cibdad que el sol escalfa desde Oriente o Poniente, porque no puede padecer necesidad de bastimentos por vía ninguna, si en alguna parte del mundo los hay.

JUAN.—Eso me declarad, porque aunque tenga mar no hace al caso, que muchas otras cibdades están junto al mar y padescen muchas necesidades.

PEDRO.—Si tuviesen dos mares, como ésta, no podrían padecer. La canal de mar tiene de largo, desde el mar Eugino hasta Sexto y Abido, cincuenta y aun sesenta leguas. En la misma canal está Constantinopla, cinco leguas más acá de la mar Negra, que es el mar Eugino. De manera que a la mano izquierda tiene el mar Eugino, que tiene docientas leguas de largo y más de cuatrocientas de cerco; a la mano derecha está el mar Mediterráneo. Por no haber estado en la mar no creo que gustaréis nada desto. ¿Pensáis que es todo carretas de vino y recuas de garbanzos? Mas no se me da nada.

JUAN.—Demasiado lo entenderemos de bien, si no os escurescéis de aquí adelante.

PEDRO.—Antes iré más claro. O hace viento para que vayan los navíos con bastimento o no; si no hace ningún viento, caminan las galeras y barcas y bergantines con los remos a su placer; si hubiere vientos o son de las partes de Mediodía y Poniente, o de Setentrion y Oriente, porque no hay más vientos en el mundo, andando los primeros, caminan las naos y todos los navíos del Cairo y Alejandría, Suria, Chipre y Candía, y, en fin, todo el mar Mediterráneo desde el estrecho de Gibraltar allá; si los vientos que corren son de la otra parte, son prósperos para venir de la mar Negra, y ansí veréis venir la manada de navíos de Trapisonda y toda aquella ribera hasta Caía y el río Tanais, que parece una armada. Tres años estuve dentro que en todos ellos vi subir una blanca el pan, ni vino, ni carne, ni fruta, ni bastimento ninguno.

MATA.—¿Valen caras todas esas cosas?

PEDRO.—Dos panes, que llaman de “bazar”, como quien dice de mercado, que ternán dos cuartales, valen un áspero; por manera que saldrán a tres y medio el cuartal, y de lo otro muy blanco como nieve y regalado será haced cuenta a siete maravedís el cuartal, que creo llamáis dos libras y media. Carnero es tan bueno como el mejor de Castilla, y dan docientas dragmas al áspero, que son a cuatro maravedís la libra de doce onzas y media; ternera, al mesmo precio; vaca, a dos maravedís la libra destas. Más barato sale comprando el carnero todo vivo, que si

llegáis en un rebaño y escogiendo el mejor no cuesta sino medio escudo, y cuando más medio ducado, que son treinta ásperos, y tienen cinco cuartos, porque la cola es tan grande que vale por uno.

MATA.—¿Qué tanto pesará?

PEDRO.—Colá hay que pesará seis y siete libras.

JUAN.—¿De carnero?

PEDRO.—De carnero, y los más tienen cuatro cuernos.

MATA.—Nunca tal oí.

PEDRO.—Eso es cosa muy común, que todos los que han estado en Africa y Cerdeña os lo dirán. Cabeza y menudo todo lo echan a mal, que no hacen caso dello.

MATA.—¿De fruta bien proveídos serán?

PEDRO.—Cuanto es posible, principalmente de seca.

JUAN.—¿Qué llamáis fruta seca?

PEDRO.—Higo y pasa, almendra, nuez, avellana, castaña y piñón. Uvas en grande abundancia hay, y muchas diversidades dellas, sino es moscatel.

JUAN.—¿Esa fruta es de la misma tierra o de acarreo?

PEDRO.—Gran parte es de la misma tierra, porque en sí es fertilísima, principalmente las uvas; pero lo más viene de fuera. Cereza hay en cantidad; guindas, pocas, y aquéllas no las comen, sino pásanlas como uvas, y entre año

beben del cocimiento dellas, que no es de mal sabor; y en Italia hay también muy pocas guindas, si no es en Bolonia, y las llaman "marascas", y en otra parte de Italia "bignas". Salido de Castilla, no hallaréis camuesa ni ciruela regañada, en parte de las que hay hasta Jerusalem; pero hay unas manzanas pequeñas en Constantinopla, que llaman moscateles, que son tan buenas como las camueas; pera, manzana y melón grande es la cantidad que hay allá, y todo ello sin comparación más barato que acá. Estando Zinán Bajá por virrey teníamos muchos presentes de frutas, entre los cuales trajeron un día ocho melones de los que al Gran Señor suelen traer de veinte jornadas grandes de Constantinopla por tierra, y aunque os quiera decir el sabor que tenían no sabré: eran como la maná que Dios envió, que sabían lo que querían que supiese. Lo podrido y cortezas que echaban a mal tenía mejor sabor que los mejores de Fuente del Sauco. La simiente era como almen dras peladas, y como vi tan celestial cosa pregunté al que los traía dónde y cómo se hacían, y díjome que junto a Babilonia, en la ribera de un río no sé cómo se le llama. No hacían sino escarbar en la arena y luego salía agua y se hinchía aquel hoyo, y metían allí dos o tres pepitas y tornábanlo a cubrir y de allí se hacían.

JUAN.—Cosa de maravilla es ésa. ¿En la misma agua echaban la simiente?

PEDRO.—Sí.

MATA.—¿Qué vecindad terná Constantinopla?
¿Es mayor que Valladolid?

PEDRO.—Nunca yo los conté para saberlo uno más o menos; mas lo que pude alcanzar por las matrícula que a Zinán Bajá mostraban y de las personas que tenían cuenta con ello, de solos cristianos habrá cuarenta mill casas, y de judíos diez mill; de turcos bien serán más de sesenta mill; de manera que, para no poner sino quitar de nuestra casa, hacedla de cient mill, y creed que no hay quien mejor lo sepa ni lo haya procurado saber; y aun otra cosa más os digo: que no cuento los arrabales, que están dentro de dos leguas de la cibdad, que son más de otros diez mill. Fuera de la cerca, en la orilla del puerto, sobre la mesma mar, hay más de diez mill casas de griegos y ruines edificios; todo es casillas de pescadores, de madera.

JUAN.—¿Estando dentro de la mar hacen ruines edificios?

PEDRO.—Como es puerto aquello, es mar muerta, y están tan dentro que en habiendo fortuna se mete por las ventanas. En cada casa tienen una pesquera de red, y porque se la dejen tener son obligados a pagar cada un año un ducado, pero en sola una noche toman pescado que lo vale.

JUAN.—¿Cuánto tiene de cerco Constantinopla?

PEDRO.—Terná cinco leguas.

MATA.—¿Todo poblado?

PEDRO.—Todo lo está; mas en unas partes no

tanto como en otras. De largo tiene desde el cerraje del Gran Turco hasta la puerta de Andrinópolis, donde están los palacios del emperador Constantino, dos leguas y media.

MATA.—Bien se cansará quien tiene que negociar.

PEDRO.—No hace, porque le llevarán por mar por cuatro ásperos, y le traerán con toda la carga que quisiere llevar o traer. Está la cibdad hecha un triángulo: lo más ancho es a la parte de la canal, donde está el Gran Turco, y lo que que está a la puerta de Andrinópolis es una punta muy estrecha.

JUAN.—¿Qué cosas tiene memorables?

PEDRO.—Pocas, porque los turcos, con no ser amigos dellas, las han gastado y derribado todas; muy pocas casas ni edificios hay buenos, sino todo muy común, sacando las cuatro mezquitas principales y los palacios y algunas casas de los bajás. El mejor edificio y la casa que más hay que ver en toda la cibdad es el Baziztan, que es una claustra hecha debajo de tierra, toda de cal y canto, por miedo del fuego; muy espaciosa, en la cual están todos los joyeros que hay en la cibdad y se hacen todas las mercancías de cosas delicadas, como sedas, brocados, cro, plata, pedrerías.

MATA.—¿Todos los que venden eso tienen allí dentro sus casas?

PEDRO.—Menester sería para eso hacer dentro una cibdad. Ninguno tiene otro que la tienda, y

este Baziztan tiene cuatro puertas, a las cuales van a dar cuatro calles muy largas y anchas, en las cuales consiste todo el trato, no digo de Constantinopla, sino de todo el imperio; a cualquier hora que quisiérades pasar os será tan dificultoso romper como un ejército; cuanto por allí camináredes tiene de ser de lado; no tengáis miedo aunque nieve de haber frío.

MATA.—¿Qué buen cortar de bolsas será ahí!

PEDRO.—Hartas se cortan; pero a los turcos no hay que cortar sino meterles la mano en la fratiguera, que todos la traen, y sacar lo que hay. Las joyas y riquezas que allí dentro hay ¿quién lo podrá decir? Tiendas muchas de pedrería fina veréis, que a fe de buen cristiano las podréis medir a celemines y aun a hanegas. Hilo de oro y cosas dello labradas, vale muy barato. Aquella joyería que veis en la plaza de Medina del Campo verlo heis todo en una sola tienda. Platería mejor y más caudalosa que la de nuestra corte, aunque no comen en plata. En fin, no sé qué os decir, sino que es todo oro y plata y seda más seda, y no querrá nadie imaginar cosa de comprar que no la halle dentro. Cosa de paños y telas y armería, y especiería, se vende en las otras cuatro calles. A cada puerta deste Baziztan hay dos genízaros de guarda, que tienen cuenta con los que entran y salen.

JUAN.—¿Es grande?

PEDRO.—Terná de cerco media legua.

JUAN.—Harto es.

PEDRO.—La mayor grandeza de Constantino-
pla es que después de vista toda hay otro tanto
que ver debajo.

JUAN.—¿En qué?

PEDRO.—Las bóvedas, que cuasi toda se puede
andar cuan grande es, con columnas de mármol
y piedra y ladrillo dentro, y no ternéis necesidad
de abajaros para andar debajo, que bien tiene de
alto cada una treinta y cuarenta pies, y hay mu-
chas destas bóvedas que tienen una legua le largo
y ancho y las columnas hacen dentro calles es-
trechas.

JUAN.—Cierto que no sé qué haría si pensase
que lo decíais de veras.

PEDRO.—No curéis de más, sino haced cuenta
que lo veis todo como os digo.

JUAN.—¿A qué propósito se hizo eso?

PEDRO.—Allí se tuerce la seda y hilo que es
menester para el servicio de la cibdad, y tienen
sus lumbreras que de trecho en trecho salen a la
calle.

MATA.—En mi vida tal cosa oí.

PEDRO.—Oidlo agora. Dos puertas principales sé
yo por donde muchas veces entré a verlo, como
si fuesen unos palacios.

JUAN.—¿Qué calles tiene la más principales?

PEDRO.—No hay turco allá que lo sepa. Todos
van poco más o menos como en las horas del re-
loj. Lo que más cuentan es por las cuatro mez-
quitas principales. "¿A dónde vive fulano Bajá?"
Responderos han: "En Soltán Mahameto", por

lo cual se entiende media legua de más a menos; o “en Soltán Bayazete”, que es otra mezquita. Si queréis para comprar o vender saber calles, todas las cosas tienen su orden donde las hay: Taucbazar, donde se venden las gallinas; Balucbazar, la pescadería; Coinbazar, donde se venden los carneros, y otras cosas desta manera.

MATA.—¿Valen caras las aves?

PEDRO.—Una gallina pelada y adrezada vale un real, y un capón, el mejor que hallen, real y medio. En las plazas de aquellas mezquitas hay muchos charlatanes que están con las culebras y lagartos a uso de Italia, herbolarios muchos, y gente que vende carne momia en tanta cantidad que podrán cargar naves de sólo ello, y muchas tiendas de viejas que no tienen otra cosa en ellas sino una docena de habas y ganan largo de comer.

JUAN.—¿A qué?

PEDRO.—A echar suertes con ellas, como las gitanas que dicen la buenaventura. Son tan supersticiosos los griegos y turcos, que creen cuanto aquéllas dicen. En Atmaidan, que es la plaza que está enfrente de las casas de Ibraim Bajá y Zinán Bajá, hay una aguja como la de Roma; pero es más alta y está mejor asentada, la cual puso el emperador Teodosio, según dicen unos versos que en ella están griegos y latinos. Junto a ésta está una sierpe de metal con tres cabezas, puesta derecha, tan alta como un hombre a caballo la toque con la mano. Hay a par destas otra aguja más alta, pero no de una

pieza, como la otra, sino de muchas piedras bien puestas. Lo primero que yendo de acá topamos de Constantinopla se llama Iedícula, las Siete Torres, donde están juntas siete torres fuertes y bien hechas. Dicen que solían estar llenas de dinero. Yo entré en dos dellas, y no vi sino heno. En aquella parte se mata la mayor parte de la carne que se gasta en la cibdad, y de allí se distribuye a las carnicerías, que me haréis decir que son tantas como casas tiene Burgos. Grande realeza es ver la nieve que se gasta todo el tiempo que no hace frío, y cuán barata vale, de lo cual no hay menos tiendas que carnicerías. Aquellos que tienen las tabernas de las sorbetas que beben los turcos, cada uno tiene un peñón dello en el tablero, y si queréis beber, por un maravedí os dará la sorbeta que pidiéredes, agra o dulce o agridulce, y con un cuchillo le echará la nieve que fuere menester para enfriarla; la cantidad de un gran pan de jabón de nieve darán por dos maravedís. Toda la que en una casa de señor se puede gastar darán por medio real. Esto dura hasta el mes de Septiembre; de allí adelante traen unos tablonnes de hielo, como lápidas, que venden al precio de la nieve.

JUAN.—¿Cómo la conservan?

PEDRO.—En Turquía hay grandes montañas, y allí tiene el Gran Señor unas cuevas todas cubiertas muy grandes; y cada año las inchen, y como lo traen por mar, y con poca prisa se

deshace, dánlo barato, y no se puede vender otro sino lo del Gran Turco, hasta que no haya más que vender dello. Bien le vale, con cuan barato es, cada año treinta mill ducados. Particulares lo cogen también en Galata y Constantinopla y ganan bien con ello; pero, aunque es tierra fría, no nieva todos los años. Los turcos son muy amigos de flores, como las damas de Génova, y darán por traer en los tocados una flor cuanto tienen, y a este respecto hay tiendas muchas de solas flores en el verano, que valdrán quinientos ducados. Mirad la magnificencia de Constantinopla: una columna está muy alta y gruesa, toda historiada al romano, en una parte de la cibdad que se llama Abratbazar, donde las mujeres tienen cada semana un mercado, que yo creo que costó cient mill ducados. Puede por dentro subirse por un caracol. En resolución, mirando todas las cualidades que una buena cibdad tiene de tener, digo que, hecha comparación a Roma, Venecia, Milán y Nápoles, París y León, no solamente es mala comparación compararla a éstas, pero parésceme, vistas por mí todas las que nombradas tengo, que juntas en valor y grandeza, sitio y hermosura, tratos y provisión, no son tanto juntas, hechas una pella, como sola Constantinopla; y no hablo con pasión ni informado de sola una parte, sino oídas todas dos digo lo que dicho tengo, y si las más particularidades os hubiese de decir, había necesidad de la vida de un hombre que

sólo en eso se gastase. Si algunas otras cosillas rezagadas se os quedan de preguntad, mirad, señores, que es largo el año, y a todas os responderé. Habed misericordia entretanto de mí. Contentáos de lo hablado, que ya no me cabe la lengua en la boca, y los oídos me zurrean de llena la cabeza de viento.

MATA.—Si más hay que preguntar no lo dejo sino por no saber qué, y desde aquí me aparto dando en rehenes que se me ha agotado la ciencia del preguntar, no me maravillando que estéis cansado de responder, pues yo lo estoy de preguntar.

JUAN.—En todo y por todo me remito a todo lo que Mátalas dice, que cierto yo me doy por satisfecho, sin ofrecerse otra cosa a que me poder responder.

PEDRO.—Agora que os tengo a entrambos rindidos, quiero de oficio, como hacen en Turquía, deciros algunas cosas de las que vuestros entendimientos no han alcanzado a preguntar, pasándoseles por alto y no para que haya en ellas demandas y respuestas, sino con suma brevedad, y lo primero sea de una manera de hermandad que usan, por la cual se llaman hermanos de sangre, y es que cuando entre dos hay grande amistad, para perpetuarla con mucha solemnidad se hieren cada uno un dedo de su mano cuanto salga alguna sangre, y chupa el uno la sangre de el otro, y desde aquel punto ya son hermanos y tales se llaman, y no menos obras

se hacen; y esto no sólo turco con turco, sino turco con cristiano y judío.

MATA.—¿Quién cree que no queda Pedro bien emparentado en Turquía, cuanto más si al tiempo del nuevo parentesco había banquetes?

JUAN.—Mas si sufría también ser hermano de las damas, cuántas debe de dejar, y aun plegue a Dios que no las haya engañado, que tan buen alcahuete me parece el chupar de la sangre como el no saber las lenguas.

PEDRO.—También quiero deciros del luto de los cerqueses, que es una gente cristiana tal cual dentro la mar Negra, no lejos del río Tanais, que se venden unos a otros a precio de cosas viles, como los negros, y aun padres hay que venden las hijas doncellas. Destos hay muchos en Constantinopla que facilísimamente se hacen turcos, y allí vi el luto; que cuando muere el padre se cortan una oreja, y cuando la madre y el hermano la otra, y ansí no es afrenta grande el estar desorejado.

MATA.—Bien queda estaba la liebre si no la levantara nadie; mas agora se ofresce la postre-ra pregunta: ¿Si es hacia esa parte el preste Juan de las Indias, de quien tantas cosas nos dicen por acá los peregrinos de Jerusalem, y más de su elección milagrosa con el dedo de Sancto Tomás?

PEDRO.—Ansí le ven todos esos como Juan nuestro compadre a Jerusalem, ni tiene qué hacer con el camino. Sabed en dos palabras que es

burla llamarle preste Juan, porque no es sacerdote ni trae hábitos dello, sino un rey que se llama el preto Juan, y los que le ponen, describiendo la Asia en las tablas della, no saben lo que se hacen; por una parte confina con el reino de Egipto y por otra del reino de Melinde; por la parte occidental confina con los etíopes interiores; por la de Oriente con la mar Bermeja, y desto da testimonio el rey Manuel de Portugal en la epístola al Papa León décimo. Difiere de la iglesia romana en algunas cerimonias, como la griega. El año de 1534 enviaron a Portugal doctores que aprendiesen la lengua española, los cuales declararon, cuando la supieron, el uso de sus sacramentos. Dicen lo primero que Sant Filipo les predicó el Evangelio, y que constituyeron los apóstoles que se pudiesen casar los sacerdotes, y si tomaren algún clérigo o obispo con hijo bastardo, pierde por el mesmo caso todos sus beneficios. Bautízanse cada año el día de la Epifanía, no porque lo tengan por necesario, sino por memoria y conmemoración del bautismo de Jesucristo: "Et quotidie accipiunt corpus Christi." Tienen su confesión y penitencia, aunque no extremaunción ni confirmación. En el punto que pecan van a los pies del confesor; no comulgan los enfermos, porque a nadie se puede dar el Sacramento fuera de la iglesia. Los sacerdotes viven de sus manos y sudor, porque no hay rentas, sino cosas de mortuorios. Dicen una sola misa; santifican el sábado como los judíos; eli-

gen un patriarca de la orden de Santo Antonio Eremita, cuyo oficio es ordenar; no tienen moneda propia, sino peregrina de otros reinos, sino oro y plata por peso.

JUAN.—Ya, ya comenzaba a hacer de mi oficio como vos del vuestro, y cerrar toda nuestra plática, cuando a propósito del preste Juan, o preto Juan, como decís, me vino a la memoria el arca de Noé. Deseo saber si cae a esa parte y qué cosa es, porque todos los que vienen nos la pintan cada cual de su manera.

PEDRO.—La misma pintura y retrato os pueden dar que los pintores de Dios padre y de Sant Miguel, a quien nunca vieron. En Armenia la alta, junto a una ciudad que se llama Agorre, hay unas altísimas montañas, dondesta; pero es imposible verse ni nadie la vió, tanta es la niebla que sobrella está perpetuamente, y nieve tiene sobre sí veinte picas en alto. Ella, en fin, no se puede ver ni sabemos si es arca, ni armario, ni nave; antes mi parecer es que debía de ser barca, y de allí vino la invención del navegar a los hombres, y es cosa que lleva camino serlo, pues había de andar sobre las aguas, y Beroso, escriptor antiguo, la llama así; y cierto yo tengo para mí que fué el primero Noé que enseñó navegar. Esta tierra cae debajo el señorío del Sofi, que es rey de Persia. Tiene este reino muy buenas cibdades, principalmente Hchmeazin, donde reside su patriarca, como acá Roma; Taurez, donde tiene su corte el Sofi, que se llama Alaziaquin. Año

de 1558 mató su hijo por reinar; Cara, Hemet, Bidliz tienen cada diez mill casas; Hazu, cinco mill; Urfa, cinco mill casas, y otras mill cibdades. No difiere la Iglesia de los armenios de la romana tanto como la griega, y ansí nuestro Papa les da licencia que puedan decir por acá misas cuando vienen a Santiago, porque sacrifican con hostia y no con pan levado, como los griegos. Cerca deste está el Gurgistan, que llaman el Gorgi, un rey muy poderoso, cristiano, sujeto a la iglesia griega, y tiene debajo de sí rueue reinos. En este reino ni en el de el Sofi no consienten vivir judíos. Tampoco me olvido yo de las cosas como Mátalas. Deseo saber que es lo que apuntastes de vuestro oficio, que yo ya tengo más deseo de escuchar que de hablar.

JUAN.—Por tema del sermón tomo el refrán del vulgo: que del predicador se ha de tomar lo que dice, y no lo que hace; y en recompensa de la buena obra que al principio me hicistes de apartarme de mi mala vida pasada, quiero, representando la venidera, que hagáis tal fin cuales principios habéis llevado, y todo se hará fácilmente menospreciando los regalos de acá, que son muy venenosos y inficionan más el alma que todas las prisiones y remos de infieles. Puédese colegir de toda la pasada vida la obligación en que estáis de servir a Dios, y que ningún pecado venial hay que no sea en vos mortal, pues para conoscerlos sólo vos bastáis por juez. Simónides, poeta, oyendo un día a Pausanias, rey de Lacedemonia, loarse cuán prós-

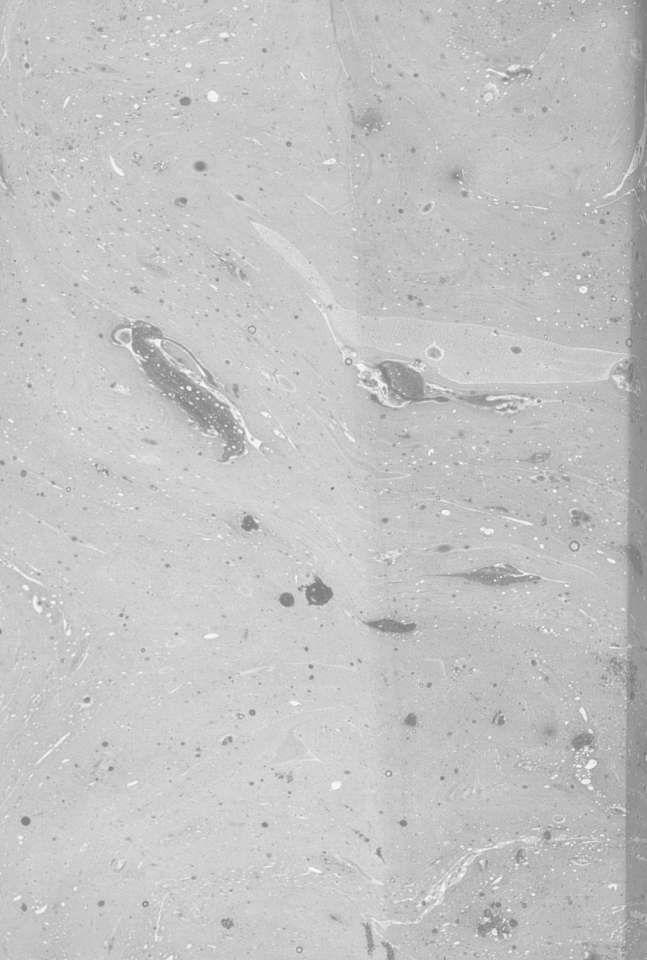
peramente le habían suscedido todas las cosas, y como burlándose pregunté alguna cosa dicha sabiamente, aconsejóle que no se olvidase de que era hombre. Esta respuesta doy yo sin demandármela. Filipo, rey de Macedonia, teniendo nueva de tres cosas que prósperamente le habían suscedido en un día, puestas las manos y mirando al cielo, dijo: “¡Oh, fortuna, págame tantas felicidades con alguna pequeña desventura!”, no ignorando la grande invidia que la fortuna tiene de los buenos sucesos. Teramenes, uno de los treinta tiranos, habiendo sólo escapado cuando se le hundió la casa con mucha gente, y teniéndole todos por beato, con gran clamor: “¡Oh. fortuna—dice—, ¿para cuándo me guardas?” No pasó mucho tiempo que no le matasen los otros tiranos. Grande ingratitud usaríais para con Dios si cada día no tuvieseis delante todas esas mercedes para darle gracias por ellas, y aun me parece que no hay más necesidad para quererle y amarle mucho de representarlas en la memoria, y será buena oración y meditación, haciendo deste mundo el caso que él merece, habiendo visto en tan pocos años por experiencia los galardones que a los que más le siguen y sirven da, y cómo a los que le aborrescen es de acero que no se acaba, y a los que no de vidro, que falta al mejor tiempo. Comparaba muy bien Platón la vida del hombre al dado, que siempre tiene destar deseando buena suerte, y con todo eso, se ha de contentar con la que cayere. Eurípides jugó del vocablo de la vida como merecía.

La vida, dice, tiene el nombre; mas el hecho es trabajo. ¿Habéis aprendido, como Sant Pablo, contentaros con lo que tenéis, como dice en la carta a los filipenses? Sé ser humilde y mandar, haber hambre y hartarme, tener necesidad y abundar de todas las cosas; todas las cosas puedo en virtud de Cristo, que me da fuerzas; ¿qué guerra ni paz, hambre o pestilencia bastará a privaros de una quieta y sosegada vida, y que no estiméis en poco todas las cosas de Dios abajo? Mas cómo hablando Sant Pablo con los romanos: ¿por ventura la angustia, la aflicción, la persecución, la hambre, el estar desnudo, el peligro? Persuadido estoy ya, dice, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados y potestades, ni lo presente ni por venir, ni lo alto ni lo bajo, ni criatura ninguna, nos podrá apartar del amor y afición que tengo a Dios.

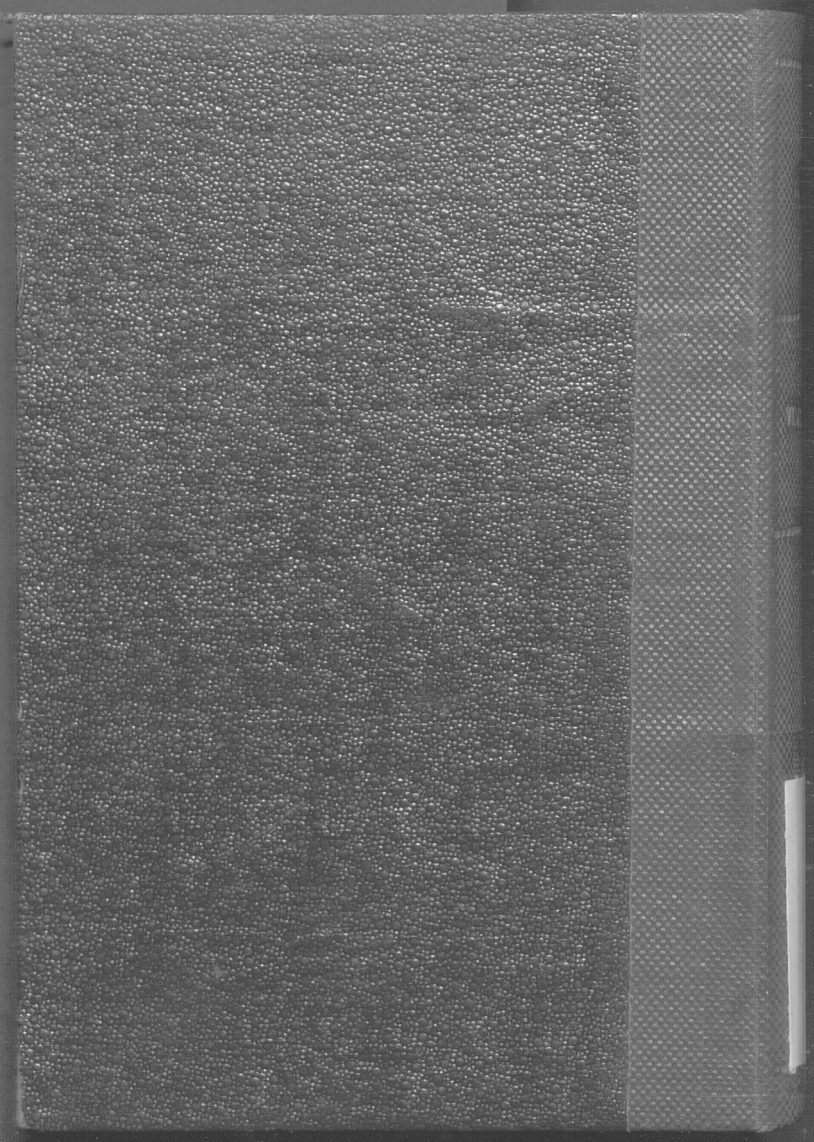
FIN

INDICE DEL TOMO II

	<u>Págs.</u>
El naufragio.....	5
Otra vez en la isla de Skiathos.....	10
En Lemnos.....	24
En Chios.....	31
Hacia Italia.....	41
En Mesina.....	56
El viaje por Italia.....	63
Hacia España.....	114
La vida en Turquía.—La religión.....	121
La peregrinación a la Meca.....	139
Las bodas.....	147
La justicia.....	152
El Sultán.....	158
El ejército.....	164
Santa Sofía.....	180
Costumbres ciudadanas.....	184
Las armas.....	185
Las mujeres.....	190
Los trajes.....	202
Fiestas	213
Los muebles.....	218
Los embajadores.....	220
El Corsario Dragut.....	227
Las comidas.....	231
Descripción de Constantinopla.....	255







G- 12961